

JOSSY LOES

È Ter
kannas
Julietar?



¿TE LLAMAS JULIETA?

Jossy Loes©2016

Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Primera Edición: Marzo 2016

Imagen de la portada: Shutterstock

Fotocomposición: Poppy Pots Design©

Título Original: ¿Te llamas Julieta?

Del texto: Jossy Loes©

Corrección morfosintáctica y de estilos: Tara Howell©

De esta edición: Red Apple Ediciones©

Jossy Loes © 2016

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

EPILOGO

AGRADECIMIENTOS

A mis chicos, que me hacen sonreír cada día.

*“El amor es invisible y entra y sale por donde quiere sin que nadie le pida
cuenta de sus hechos.”
Miguel de Cervantes.*

PRÓLOGO

Acababa de cambiarse para comenzar el día más largo de la semana, una guardia de veinticuatro horas. Cinco minutos atrás tuvo una conversación de despedida con su hermano, tenerlo en Navidad era el regalo que siempre esperaba a final del año, pero tenía que volver a su rutina.

Prometieron verse en cuanto tuvieran unos días libres, extrañaba esa parte de su vida que había dejado sin que ella hubiera tenido opción y a pesar de estar tan unidos, no faltaba la discusión de siempre.

Su hermano tenía varios propósitos en la vida y uno de ellos era entrometerse en la vida de Julieta, sugiriéndole una y otra vez que cambiara de aires. En ese instante, era cuando empezaba la discusión de siempre, ya que se le sumaba los múltiples nombres de viejos amigos que preguntaban por ella y también los nombres de viejos pretendientes.

Pidió infinidad de veces que dejara de emparejarla con viejos amigos para que de alguna manera ella volviera a sus raíces; aunque su hermano Lucas conocía el fondo de esas excusas.

En algún momento cuando pasó los veinte se plantó varias metas: la primera y más importante era cumplir su sueño, ser médico; la segunda no perder el contacto con su familia paterna. Cada año se alejaba un poco más, ya fuera por su trabajo o por aquellas llamadas de chantaje que le solía hacer su padre. Desde que sus padres decidieron separarse por el bien de todos, su vida cambió. Amaba a sus primos pero debido a esa decisión los encuentros se hicieron más esporádicos.

Mantecía su objetivo, aunque le hizo plantearse ciertas reglas, aquella a la que no quería darle la importancia que le dio en su momento, dejó de ser esencial tras enfocarse en su carrera.

Había llegado a la conclusión de que si el mundo no girara entorno al amor, como solían decir en un sin fin de películas románticas, sería un mundo mejor.

Según las estadísticas, que alguna vez leyó en las revistas que solía comprar su ayudante la eficiente Milagros, en los últimos años ocurrían más divorcios que casamientos, producto de continuas discusiones por el pan de cada día.

Y les daba la razón, su mayor ejemplo los tenía con sus padres, cuando alcanzaron sus segundas nupcias y no precisamente con otras personas, sino con sus profesiones.

Sin lugar a duda, tras años siendo espectadora y tal vez alguna vez protagonista, concluyó que era lo mejor. No tendría dolores de cabeza, ni nunca la duda que pudiera ser infiel y lo más importante, no estaría en tela de juicio su honestidad.

—Buenos días, doctora Cameron, ¿preparada?

—Buenos días Milagros, en veinte horas, te lo diré.

Ambas mujeres sonrieron, la eficiente cirujana Cameron ultimaba detalles: se recogía el pelo con un coiletero y se quitaba algunos anillos.

Una cosa era que se dedicara en cuerpo y alma a su carrera y otra que dejase a un lado su parte femenina y eso sí que no lo haría.

Había trabajado muy duro. Un año atrás, consiguió su plaza fija en el hospital y se sentía feliz. Todos los años de esfuerzo valieron la pena y sobre todo porque amaba su profesión y había trabajado duro para llegar a donde se encontraba.

Desde pequeña se veía cada serie o película que la medicina fuera tema principal, experimentó con su hermano mayor en alguna que otra herida o pequeña dolencia. Incluso el día que se fracturó la clavícula fue quien lo acompañó en todo el proceso, mientras Inés, su madre, lloraba a la sala de espera de urgencias.

Ese día supo a qué especialidad se dedicaría sin lugar a dudas. Fue gracias a ese esfuerzo, que hoy por hoy, se encontraba en eso que llamaban la dulce etapa del éxito.

Aunque el único pequeño inconveniente que mantendría de por vida era cuando la presentaban por primera vez. Siempre asociada con la historia eterna, durante toda su adolescencia sus padres se encargaron de que no le diera importancia.

Aprendió a base esfuerzo a ignorar las bromas, producto de algún que otro adolescente con una carrera de poeta frustrada.

Y todo sucedió en el minuto uno de su nacimiento cuando su padre la sostuvo en brazos y recordó el amor de esa desdichada pareja. Para James, su padre, fue un amor a primera vista y que mejor nombre para su hermosa niña. A pesar de que años después sus problemas de pareja terminaran con un distanciamiento. La

decisión de Inés de trasladarse a España, cambió la perspectiva de sus hijos sobre el amor y cuando creían que estaban establecidos, su madre anunciaba una nueva mudanza a la capital, volver a comenzar, no era tarea fácil.

Otros amigos, otro instituto, una edad nada agradable para cambios, pero sobrellevó esa difícil etapa gracias a su hermano y al mejor amigo de él, que en un momento de crucial importancia le dio su apoyo incondicional, aunque en la actualidad no tuvieran la misma comunicación.

¿Qué cuál es su nombre?

Julieta Fiammata Asto Cameron.

La primera vez que pisó el instituto en España le llovieron frases como: «¿Julieta, buscas a tu Romeo?» o «Julieta dónde estás que no te veo». Intentó mantenerse imperita, pero a medida que crecía y el nuevo cambio de ciudad, fue algo un poco más difícil. Lucas viendo como Julieta cambiaba, intervino y pasó a llamarla J. C.

Julieta era una chica que crea cierta envidia y no era por ser popular, era porque sin hacer nada, salían Romeos atraído por la silenciosa escocesa que con un simple saludo regalaba esa sonrisa gentil, que prefería escuchar música anglosajona y leer revistas médicas.

Sin embargo, para Julieta ninguno de esos Romeos se merecía su beso. Chicos que con unas cuantas palabras le demostraban que solo les interesaba conquistar y no la chica que era en realidad.

Julieta lo tenía más que claro, no era ninguna apuesta ni la moda del momento.

Ninguno cumplía sus expectativas y no es que pensara en un *Derek Sheeppers* o *Tom Welling*, incluso ni siquiera hoy día, cuando buscaba un *Chris Hemsworth*.

Su ideal era un chico sencillo que la hiciera reír y entendiera el valor de la honestidad. En ningún momento se opuso a dar una oportunidad, al contrario, pero por muchas citas o muchos chicos que le tiraran los tejos de la manera más inverosímil, hasta ese momento ninguno había ganado su corazón.

Exceptuando un muchacho que ella creyó que estuvo a punto, pero como todos los demás, no lo consiguió. Por ello, tiempo atrás, había renunciado a los sentimentalismos guardando en el fondo de su corazón a la chica soñadora, aquella que anhelaba estar en las nubes el día que por fin se enamorara.

Así que consideró que lo más acertado era mantener olvidada la premisa de amor por su propio bien y comodidad, para poder concentrarse en labrar a la chica que era ahora. El día que leyó las estadísticas sobre parejas, se dio palmaditas invisibles en el hombro por haber acertado con su decisión.

Esa pequeña afición que tenía con su hermano: viajar juntos, más que afición era una manera de estar juntos y no dejar que la distancia los separara aún más, desde que Lucas volvió a Edimburgo y se estableció ahí.

Julieta suspiró con fuerza y tomó su bata para comenzar su guardia, entre una y otra consulta, más las urgencias, el tiempo pasó volando y ese día por alguna extraña razón la gente había decidido caerse o resbalarse más de lo normal.

Fracturas de muñeca, tobillo, esguinces o algunas fisuras tuvo que intervenir. Cuando se disponía a tomar un descanso para comer, fue requerida para otra urgencia. Inhaló todo el aire que pudo y volvió a ponerse en marcha.

—¿Qué tenemos?

—Un hombro dislocado —dijo Milagros mientras revisaba el historial tras la revisión inicial del paciente—. El problema no es el hombro, es la forma en cómo ha llegado.

Julieta se imaginó a un pobre mendigo que había caído tras las heladas de días atrás, la enfermera le indicó el box y al abrir la cortina, un hombre joven arqueó su cuerpo y vomitó encima de ella, manchando su bata y mono.

El hombre era presa del dolor, con mucha dificultad se sentó, lentamente abrió los ojos y las primeras palabras que escaparon de sus labios fueron...

—Hoy es un día especial y me aferraré a eso porque acabo de conocer a la mujer que le entregaré mi corazón — prosiguió con desparpajo y una sonrisa—. *Estoy a tu merced.*

1

HABÍA TENIDO QUE atender muchos borrachos durante su carrera y ninguno le había dado tal bienvenida. Gritaban o soltaban tacos, pero que le vomitaran y luego le soltaran semejante frase, era algo que pasaría a los libros de las cosas más descabelladas que podían ocurrir en un hospital.

Estaba hecha un desastre y mientras buscaba algo de papel y jabón antiséptico para limpiarse un poco, se dirigió a su compañera para que la ayudara.

—Llama a que vengan a limpiar —pidió a Milagros—. Iré a cambiarme. En cuanto al paciente, ponle un suero para que pueda desintoxicar su organismo.

—¿Te vas, sin atenderme? —Preguntó el joven—. Pensé que Dios me había mandado un ángel. ¡Menudo tío! Me la pone en bandeja y me la arranca al segundo.

Julietta alzó una ceja sin saber si sonreír o pedir una prueba toxicológica para saber si solo estaba borracho, lo pensó dos segundos y optó por ser una profesional.

—Milagros hazle una radiografía para poder evaluar la lesión y en un rato vendré a poner todo en su sitio —la enfermera tragó saliva. Conocía el trasfondo de esas palabras: «*Poner todo en su sitio*», era que colocaría el hombro, nada más.

El joven no era un enclenque, al contrario, era musculoso y alto, pero Julieta era conocida por su profesionalidad y asintió sin rechistar.

—¡No te vayas! Juraría que salvarías mi vida, por eso me arrodillaría ante ti y te bajaría el cielo y las estrellas. ¿Sabía yo lo qué es amor? Os juro que no. Porque nunca había visto una belleza así.

La enfermera soltó una risita y Julieta se quedó pasmada, el hecho de que el paciente le recitara algo de *Shakespeare* le trajo recuerdos amargos.

Se recordó varias veces el juramento hipocrático intentado evitar mandarlo a comer uvas a la Rioja. Y tras tranquilizarse un poco salió sin decir nada más y

fue directa a las taquillas para cambiarse.

Mientras se cambiaba, meditó cómo había sido su día y como tristemente iba a terminar con un borracho ligón.

Tardó treinta minutos en volver a urgencias. Cenó con tranquilidad —nadie le quitaría las ganas de comer— y así daría tiempo a que el suero bajara algo la intoxicación etílica que traía el paciente. Pero lo más difícil de todo, fue enterrar malos recuerdos que asomaban en la superficie y que no era necesario desempolvar.

Volvió sin ninguna prisa y pidió las placas para emitir un diagnóstico, el cual, como había imaginado desde un principio, no era grave. Tras revisar el historial, pudo poner en claro varias cosas: el paciente no habría caído encima del hombro si no se le hubiera ocurrido beber, con un antiinflamatorio inyectado y hielo habría tenido suficiente, pero no, tenía que venir como una cuba. Julieta rogó que estuviera sobrio para poder darle su diagnóstico y terminar con todo ello cuanto antes.

—Doctora, hay familiares preguntando sobre el paciente del hombro dislocado —le avisó Milagros antes de que pudiera dirigirse de nuevo al box.

—Iré yo.

—¿Seguro?

—Sí, quiero saber cómo fue la caída y explicarles que hasta que no baje la intoxicación, no puedo darle el alta. ¿Le has puesto cabestrillo y compresas de hielo?

—Sí y soltó un impropio —Julieta sonrió, en gran parte se lo merecía por andar de ligón en urgencias.

Revisó de nuevo el historial para saber el nombre, asegurándose de que no la conocía. Tiempo atrás muchos buscaron la cita más extraña de *Shakespeare* para llamar su atención, hoy en día era extraño escuchar a alguien soltarle ese tipo de prosa.

Leyó el nombre, Pablo Olivas de treinta dos años, pensó durante varios minutos en algún Pablo y no recordó a nadie con ese nombre. «*Pablito, espero que para la próxima, te lo pienses mejor, el dolor que tendrás estos días, te hará soltar todo los impropios que nunca conoceré*», concluyó para sí misma y salió a la sala de espera.

—Familiares de Pablo Olivas —nadie respondió, volvió a repetir, sin tener ninguna respuesta y se giró para entrar cuando escucho el caminar apresurados de dos personas que se detuvieron frente a ella.

—Puede informarnos que sabe de Pablo —dijo un moreno con la respiración

agitada. Julieta alzó la ceja, estuvo a punto de decir que dentro de lo que cabía estaba muy bien, excepto su mono y su ropa interior que apestaban a vómito.

—¿Son familiares de Pablo Oliva?

—Soy su primo, Gerard Oliva —tendió su mano con sonrisa socarrona. A Julieta le costaba creer lo que pasaba, primero el paciente y ahora el primo. Ambos hombres iban de ligones sin importar donde, sin lugar a dudas, era algo que llevaban de serie en los genes.

—Señor Oliva, su primo está bien —se limitó a informar sin especificar muchos detalles sobre el estado de embriaguez del paciente—. Tiene el hombro izquierdo dislocado, van a ponerle un cabestrillo y compresas de hielo, no puedo darle el alta hasta que el suero pueda eliminar la intoxicación con que llegó.

—Eso podemos explicarlo —dijo Gerard intentando no reírse sin demasiado éxito, el otro joven se apresuró a responder viendo la inexpresión en el rostro de Julieta.

—Disculpe a mi amigo, Pablote se cayó está mañana entrenando y dijo que lo mejor para quitar el dolor era tomar una botella de *Barceló Imperial* —Julieta controló sus gestos, sus cejas querían llegar a la raíz de su pelo después de escuchar el estúpido argumento.

—¿Podrían decirme a qué hora ocurrió el accidente? —Preguntó tratando de no darle importancia a la locura que había cometido el hombre que estaba dentro del box.

—A las once y no fue un accidente, son cosas de entrenamiento, uno que otro empujón —Julieta inhaló todo el aire que pudo y los dos hombres se cruzaron de brazos de inmediato para hacerse los serios ante la recién tomada actitud de Julieta.

—¿Me están diciendo que lleva quince horas con el hombro en ese estado? — Los dos asintieron a la vez.

—La culpa es de Pablote, se negaba venir. He tenido que traerlo engañado después de ver que no podía ni levantar el brazo y necesitamos que esté bien, pronto tendremos un partido importante —Julieta negó con la cabeza incrédula ante la situación que estaba viviendo.

—Disculpen, ¿pero a que se supone que juegan?

—*Hockey* sobre hielo —incapaz de controlarse, una de sus cejas se alzó.

A sus veintinueve años desconocía que se practicara aquel deporte de invierno en España. Sabía de una pequeña liga, pero no pensaba que cada vez tuviera más seguidores.

—No estaba al tanto de que el *hockey* sobre hielo se había puesto moda.

—No lo está —señaló Gerard—. Somos un poco especiales, en realidad reemplazaba a un colega, Pablo es más de *rugby*.

Julieta se mantuvo inmutable. Quería reírse ante la actitud de aquellos hombres, pero pese a todo, tenía que mantener su máscara de profesionalidad ante todo.

—Relájese doctora, no competimos en primera división, somos aficionados, lo hacemos como hobby, un deporte más entre los que practicamos —dijo Gerard con una sonrisa en su rostro, Julieta decidió terminar con la conversación. Para su gusto, se estaban pavoneando demasiado.

—En cuanto su amigo esté en mejor estado retomaremos el procedimiento y podrá irse a casa bajo estrictas recomendaciones —se despidió con una pequeña sonrisa, para entrar de nuevo en urgencia y de esa manera podía quitarse de encima toda aquella estúpida situación.

—Hasta luego, *doctora* —se despidió con tono burlón Gerard, Julieta ladeó su cabeza y como mejor sabía respondió en un tono frío.

—Buenas noches.

—Fue un placer conocerla —siguió Gerard con cierta provocación, Julieta ni se inmutó prosiguió con su camino sin detenerse.

Tenía suficiente con el primo borracho que se auto medicaba alcohol para soportar dolor, como para tener que aguantar también a sus amigotes, así que volvió al box.

—Hola de nuevo, señor Oliva. ¿Está mejor? —Con un tono algo guasón lo provocó—. ¿Seguirá recitando sonetos de *Shakespeare*?

Pablo lanzó una mirada asesina. Julieta evitó reírse y se limitó a rellenar el historial.

—Señor Oliva, ¿puede indicarme cómo se lesionó?

—Jugando, hice un mal movimiento y olvidé ponerme la protección.

—Necesito que se siente, he visto la radiografía y no es nada grave.

—¿Cómo que no es nada grave? —Gritó—. No puedo moverlo ni siquiera para bajarme los pantalones —Julieta escuchó las quejas sin prestarle ninguna atención y prosiguió con el diagnóstico.

—No tiene fractura, eso es una buena noticia —le explicó—. Una dislocación de la articulación es dolorosa pero con antiinflamatorio, hielo y el brazo inmovilizado, en unos días estará mejor. Le recomiendo no quitarse el cabestrillo.

Pablo se sentó y Julieta se acercó tanteando la zona afectada, tras varios movimientos escucho el sonido del hueso y acto seguido el alarido del hombre

que casi le perfora el oído cuando lo movió para que la articulación volviera a su lugar.

—¡Me cago en todos mis...! —Gritó con fuerza seguido de más tacos. Julieta dudó que estuviera hablando en español

En cuanto le diera el alta, le preguntaría a Milagros si era algún dialecto utilizado en España, seguía pensando que la situación rozaba lo gracioso, Pablo se levantó iracundo y la miró con rabia.

—Si querías meterme mano podrías habérmelo dicho, te hubiera dejado con gusto —Julieta inspiró profundamente y volvió a recordarse el juramento hipocrático.

—Señor Oliva, le daré el alta.

—¿Cómo que el alta? No puedo moverme.

—No se preocupe, en breve podrá hacerlo. Tengo otras pacientes que atender.

—¡Claro! No es a ti a quien le duele el jodido hombro.

—Hasta luego, señor Oliva —Julieta se giró y buscó a su compañero Tomás para que terminará de atender a ese hombre maleducado.

Tenía claro que podía aguantar quejas, vómitos e insultos, pero que insinuaran que se aprovechaba de sus pacientes era inaceptable.

—Tomás, ¿puedes venir?

—¿Qué ocurre Ju?

—En el box diez, tenemos un paciente peculiar, si pudieras... —Julieta abanicó sus pestañas y Tomás sonrió.

—Con la condición de que irás a cenar con nosotros.

—Te aseguro que el próximo sábado iré.

Tomás entrecerró los ojos, sabiendo que la doctora mentía. Sin embargo, aceptó ayudarla. Julieta prosiguió revisando algunos documentos junto a Milagros, pensando en el tiempo que le restaba para alcanzar la libertad, y poder dormir y olvidarse de ese duro día. Una pequeña ráfaga de aliento en su cuello, le puso la piel de gallina.

—Tomás, tendré que decírselo a tu mujer si vuelves a hacer eso. ¿Ya le has dado el alta? —Preguntó terminando de firmar historiales médicos ignorando a su compañero.

—Tenía entendido que los médicos hacían un juramento y ese juramento incluía atender a los pacientes cuando pedían ayuda —Julieta se tensó, era la primera vez alguien ponía en duda su profesionalidad en el trabajo—. Buenas noches —añadió con ironía Pablo—. Dios me debe una, si ha hecho que nos conociéramos es porque eres la ideal para mí, preciosa.

Milagros abrió su boca a lo que acababa de presenciar, dudaba si reír, pues la cara de Julieta hizo que se contuviera. En los años que llevaba trabajando era la primera que un paciente piropeaba de esa forma a la joven doctora. La cara de vergüenza de Julieta la enterneció, agarró su brazo demostrando su apoyo y Julieta volvió en sí.

—Ya se ha marchado —le indicó Milagros acercándose a la joven. Julieta cerró los ojos y suspirando largamente, exclamó.

—¡Hipócrates! Debiste dejar espacio para que hiciéramos excepciones en ese juramento.

2

QUINCE DÍAS DESPUÉS, Julieta entraba en un supermercado a comprar una botella de vino para llevar a la cena en casa de su madre.

Pero no cualquier vino.

Su madre era exigente. Aunque había olvidado la cena debido a su trabajo, tenía que confiar en que la opción más rápida, un supermercado, le valdría para encontrar algo que su madre aprobara.

Estuvo un buen rato buscando, mientras cargaba algunas cosas que le faltaban en la despensa, por qué no tenía idea de cuándo podría volver a hacerlo con cierta tranquilidad.

Escuchó un niño gritar al otro lado del pasillo y su instinto hizo que se asomara. Lo vio llorar mientras una mujer le tocaba el tobillo con nerviosismo; dejó todo a un lado y se apresuró a ayudar.

—Buenas tardes, soy médico si me permite...—la mujer aceptó mientras el niño se quejaba y gritaba atrayendo más personas.

Pablo seguía de mal humor, al contrario que Gerard. Acababan de ganar un partido de *rugby*, un partido que Pablo había deseado jugar y por culpa de una doctora con un elevado ego, no pudo hacerlo ya que entre sus recomendaciones, exigió que se colocara un soporte para luxación, evitando mover el brazo y por supuesto el entrenador le había dejado en el banquillo.

Entraron al supermercado para comprar cervezas y algo para picar en la celebración tras el partido. Su amigo se fijó en el alboroto y la gente aglomerada.

—¿Qué estará pasando? —dijo con gran curiosidad alzando su cuello sobre la multitud.

—Algo gratis deben estar dando —respondió aburrido. Gerard lo ignoró y se acercó a la multitud, curioso por saber cuál era el motivo de tanto barullo. Poco

tiempo después, volvió con una sonrisa socarrona—. Si supieras quién está... — se carcajeó guasón. Pablo se asomó a saciar la curiosidad que nació en el instante que notó la sonrisa de su primo y vio a la mujer que lo tenía tan cabreado.

Julieta había pedido que trajeran alguna bolsa de comida congelada y toallas, cargaron al niño para que mantuviera la pierna algo elevada. Comprobó el estado del tobillo, era un esguince de tercer grado y comprendió el sentido de tanto llanto.

Sugirió que lo más conveniente sería llevarlo en una ambulancia, pero la madre que se había presentado como Elena, aseguró que su esposo estaba por llegar.

Julieta intentó calmar al niño, acariciándole la cabeza y contándole alguna historia sobre su infancia y alguna que otra que recordaba del hospital. Pablo sintió rabia. Con él fue fría, distante y borde, con ese muchacho se estaba desviviendo por consolarlo y hacerle sentir bien.

—¡Ahora si recuerdas el juramento hipocrático! —dijo Pablo con tal cinismo que todos se giraron hacia él.

—¡Ei tío! —Murmuró avergonzado Gerard—. No es para tanto.

Julieta ni en sus más remotos pensamientos había imaginado que volvería a ver a ese hombre. Madrid era inmenso y la probabilidad de que se encontrara con un paciente al que no pudo seguir atendiendo debía ser muy baja. Pero ahí estaba ahora, desafiando a las estadísticas viendo aquel hombre que tanto la había turbado.

El padre del niño llegó y agradeció la distracción, era mejor ignorar a su antiguo paciente y centrarse en aquel pobre niño. Les aconsejó que fuesen al hospital y que dijeran en urgencias que iban de parte de la doctora Cameron, el padre del niño lo agradeció y se llevaron al niño, mientras la gente elogiaba su intervención logrando que apareciera un ligero rubor en sus mejillas.

—Es mi trabajo —respondió con cierta vergüenza.

Pablo pudo ver una sonrisa en el rostro de esa mujer por primera vez, no podía negar que era atractiva, pero a pesar de eso, se sentía dolido porque lo había despreciado.

—No la aplaudáis, no trata igual a todos sus pacientes —sin importarle la impresión que estaba dando, le recriminó Pablo—. A mí me abandonó en un box con un dolor insoportable —Julieta abrió los ojos y arrugó su nariz molesta.

—En ningún momento lo abandoné, creo recordar quién es usted e hice mi trabajo, buenas tardes.

Sin decir nada más Julieta volvió a por su carrito de la compra. «*¡Qué se creía ese hombre!*» murmuró para sí misma «*Será... tratar de humillarme de esa manera a cuenta de qué*».

Gerard, que no había perdido ningún detalle de aquel duelo, estaba sorprendido: era la primera vez que Pablo actuaba de una manera tan estúpida con una mujer. La gente se dispersó a su alrededor murmurando algún que otro comentario desagradable contra Pablo. El interpelado los ignoró por completo, centrado en esa mujer que fue tan distante y fría con él.

—¿No crees que te has pasado? —Le reprendió su primo—. Esa mujer está muy buena para tratarla de esa manera —recalcó Gerard, mientras Pablo le miraba con mala cara.

—Ella me despreció en urgencia, le dijo a otro que me atendiera —refunfuñó Pablo.

—Me parece que lo que te molesta es que no te haya seguido el juego — Gerard sonrió socarronamente.

—Tienes razón... es lo que más me molesta —Gerard rio y le dio unas palmaditas en el hombro sano.

—También me parece que esa mujer te gustó más de la cuenta —y sin dejar que soltara alguna fanfarronada lo dejó pensativo para ir en busca de las ansiadas cervezas.

Pablo fijó su mirada en el pasillo por el que había desaparecido la doctora. Era cierto que esa mujer le gustó desde el primer instante en el que la vio al abrir los ojos. No pretendía un revolcón en algún rincón del hospital tras el alta, pero sí lograr que le diera su número de teléfono.

Se llevó la mano a la cabeza, estaba cabreado; no entendía su mal humor. No la volvería a ver, aquello había sido una coincidencia; las posibilidades que se repitiera eran escasas... muy escasas y la había cagado.

Dos meses después, el trabajo de Julieta se había triplicado. A pesar de estar cansada, era viernes y tras muchas excusas aceptó salir a tomar unas copas con sus compañeros.

Se soltó el pelo y, junto a un pantalón corto de color negro, una blusa brillante

y unos botines de vértigo, decidió olvidarse por una noche de su atareado trabajo y ser la chica joven que era.

Entre copas y bailes eran más de las tres de la madrugada cuando volvió a ser consciente del tiempo. Coqueteó un poco con un compañero que le propuso irse a otro lugar más tranquilo y como un ángel caído del cielo apareció su amiga, salvándola de algo que tal vez se hubiese arrepentido más adelante.

Entre las dos lograron zafarse del joven bastante pasado de copas y cuando volvía junto al resto, alguien llamó su atención.

—Doctora Cameron —«no es el mejor momento para recordar el trabajo». Se giró curiosa para ver quién la había reconocido.

—Buenas noches —dijo la voz, las luces del local giraban con fuerza y le impedían reconocer al hombre—. ¡Wow! ¡Pero qué guapa! —La elogió el hombre—. ¿No te acuerdas de mí?

En su estado actual, Julieta no estaba para recordar caras ni siquiera si eran guapas como la que veía. Se sentía bastante perjudicada para recordar el nombre de algún paciente y para cortar pensó en disculparse.

—Lamento decepcionarte, no tengo ni idea de quién eres —el chico sonrió.

—Gerard Oliva —el apellido enseguida le vino a la mente, su semblante cambió y el efecto de las tres copas que había bebido estaba a punto de desvanecerse.

Su amiga pasaba su vista del uno al otro y comprobando el rostro de Julieta, supo que estaba fuera de peligro, le susurró que se encargaría de traer más copas y la dejó a solas.

—Tienes muy buena memoria —fue lo primero que pudo decir—. ¿Su primo ha seguido las indicaciones?

—¡Cómo cambian las cosas! —Aguijoneó Gerard con sorna.

—¿Qué quieres decir?

—Primero me tuteaste y ahora me hablas como un extraño.

—¡Ah! Es automático de formación profesional.

Julieta quería darse una cachetada mental por la respuesta. Generalmente nunca consumía mucho alcohol y con tres copas no estaba para respuestas acertadas. Debía acabar cuanto antes esa conversación, no quería volver a decir otra tontería.

La cara de Gerard se curvó con una gran sonrisa y Julieta bufó para sí misma. «¿Por qué los hombres creen que les ha tocado la lotería cuando se acercan a una mujer con algunas copas de más?» Pensó cómo cortarles las alas, pero su amiga regresó, en ese momento, junto a otra copa que no necesitaba.

—No deberías cambiar —sugirió Gerard—. Al fin y al cabo, no fui tu paciente —curvó una sonrisa maliciosa y sin preámbulos fue directo al quid de la cuestión—. Tu paciente está por ahí.

Julieta se tensó, no quería volver a encontrarse con él en ningún sitio público. Le quitó la copa a su amiga y se la bebió de un solo trago.

Gerard captó el cambio inmediato de Julieta y sonrió para sus adentros, ese tipo de comportamientos le indicaba que a la doctora no le era indiferente su primo como aparentaba y decidió comprobar su teoría.

—Espera, lo buscaré.

—No hace falta —respondió Julieta—. Nos están esperando.

Julieta giró sobre sí misma y se sujetó del brazo de su amiga con fuerza, porque no captó la situación.

—Tranquila Ju, ya saben dónde estamos —Julieta miró sorprendida como la estaba dejando en la estacada y escuchó la voz de Pablo.

—*¡Ah! Soy el juguete de la fortuna.* Sabía que el destino nos volvería a unir —Julieta apretó sus labios con fuerza. El muy desvergonzado, citaba a Shakespeare de nuevo y esta vez con una frase de la archiconocida historia.

En definitiva, era alguna broma de algún conocido del instituto o universidad. Buscó por sus alrededores buscando reconocer quién era el artífice de aquella broma pesada. Su amiga en vez de ayudarla sonrió al escuchar a Pablo parafrasear, Julieta le lanzó una mirada advirtiéndole que se contuviera.

—Ju, debo volver, el cubata de Paco se calentará.

—Iremos las dos.

—Quédate y diviértete, estos chicos parecen majos —y sin dejarla buscar alguna otra excusa, se giró y se fue.

Julieta sonrió a los Oliva que la miraban esperando su próximo movimiento.

—¿Bailas? —Le preguntó Pablo—. Aunque, no me atrevería llevarte a la pista, no me imaginé que tras ese mono quirúrgico se escondiera semejante hermosura —Julieta respiró profundo, odiaba esa manera de intentar ligar.

—Por favor, no me trates de esa forma.

—¿Y cómo quieres que te trate preciosa? —Julieta fijó su mirada en Pablo cada vez más cabreada. Que le dijeran, preciosa, mami o cualquier apelativo de ese tipo la enfadaba de sobre manera, los calificaba como niños o ridículos.

—De ninguna manera —amonestó y cambió el tema para evitar explicaciones—. ¿Está mejor del hombro?

—Duele un poco, pero puedo bailar igual —la cogió del brazo y Julieta chocó contra su pecho. Pablo soltó una sonrisa socarrona y la apretó más.

—Está bien, no te diré preciosa —murmuró—. Pero no puedo negar lo evidente y esta vez hablo en serio —la mano de Pablo viajó hasta la cintura y Julieta se sintió hipnotizada por los ojos de él—. He conocido muchas mujeres y ninguna con ese aire dulce que mantienes, a pesar de lo hostil que intentas ser. Me gustas y mucho.

Julieta quiso reír, Pablo atraía con su cara de niño bueno y esa verborrea tan directa. Le había visto sin camiseta, sus músculos bien cuidados y definidos. Estaba muy bueno, no podía negarlo, podía tener a quien quisiera.

—No pensé que volvería a verte —volvió a murmurar con sinceridad Pablo—. Me gustaría disculparme por lo del otro día en el supermercado, fui grosero —sonrió incrédulo—. El azar tiene una manera extraña de hacer las cosas y aquí estamos, me da la oportunidad de arreglarlo —Julieta enmudeció, era otro Pablo que le hablaba. No aquel idiota presuntuoso que había encontrado en el box del hospital.

Pablo necesitaba ser honesto y pedirle disculpas. Tras el incidente, le costó comprender sus acciones a lo largo de las semanas siguientes, había pagado su idiotez con ella cuando solo estaba haciendo su trabajo.

Estaba preciosa, ya lo era de por sí vestida con el uniforme del hospital. Era muy guapa y esa noche lo dejó sin habla. Tuvo el impulso de besarla, pero se conformó con tenerla para él como la tenía en ese instante.

No tenía ni idea de cómo explicar lo que sentía en ese momento, pero quería que siguiera así. Pablo no era de relaciones duraderas. Durante los dos últimos años, mantuvo relaciones de una noche o dos como máximo, llegó a tomar esa opción tras el tercer intento fallido de una relación estable.

Las pocas mujeres a las que pudo llamar novia lo habían dejado, cansadas de que le prestara más atención a sus aficiones que a ellas mismas. La realidad era, que por mucho que intentara darles a entender el sentido del compromiso como lo entendía él, no lo hacían o no querían, empujando a Pablo a refugiarse en la pasión que tenía por su afición a los deportes con adrenalina y ellas pasaban a un segundo plano.

Julieta sentía la atracción innegable que había entre ellos. Había nacido un gran deseo y cada minuto que pasaba crecía con más fuerza. Quería ser besada por Pablo, por segundos intentó dejar de pensar en los contras de lo que ocurriría después y dejarse llevar. «*Sólo sería un beso y la probabilidad de volverlo a ver, son casi inexistentes*», dudó las probabilidades de un nuevo encuentro pese a que era la tercera ocasión en la que sus vidas se cruzaban en aquella enorme ciudad, el deseo pudo más que la razón y se dejó llevar.

Con decisión subió sus manos al cuello de Pablo, lo provocó con un movimiento de cadera. Pablo se acercó al oído y le susurró:

—No sigas, no estamos en condiciones y no voy a responder a mis actos — Julieta se acercó más y Pablo soltó una carcajada por lo sugerente de los movimientos de la doctora.

—Si hubieras sido así de receptiva el día que nos conocimos... —esas palabras le cayeron como un jarrón de agua fría a Julieta y despertó ante la locura que estaba a punto de cometer, apartándose y soltándose del agarre de Pablo.

—¿Así cómo? Así de: *¿aquí te pillo, aquí te mato?* Pues no, lo acabas de decir, no soy de esas —los amigos de Pablo se burlaron de la respuesta excesivamente alta de Julieta, metiendo cizaña entre ambos.

—No todas caemos señor Oliva. —Julieta escuchó a Gerard gritar. «*¡Toma, Pablo!*». Pablo se adelantó al ver las intenciones y la encaró.

—¿Qué coño te pasa? —Farfulló—. ¿Me dejarás así?

Julieta enarcó una ceja y lo miró de arriba abajo. Era evidente que el muchacho estaba excitado y su fiel compañero quería fiesta. Curvó la comisura de sus labios y levantó la mano, despidiéndose al estilo princesa y Pablo frunció su entrecejo.

—Te estás pasando...—advirtió. Hizo una pausa y el mal humor le invadió al darse cuenta que lo dejaría con ese calentón que estaba seguro, comenzaba a notarse en su entrepierna—. Eres como todas, te haces de rogar y luego te vas.

Julieta lo ignoró tratando de pasar por su lado, pero Pablo no estaba dispuesto a permitirlo y se interpuso en su camino.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—¿Para ti? Doctora —le respondió con sarcasmo.

—¡Eres muy graciosa! —le reprendió él con una carcajada.

—Nunca había pensado en dedicarme a ser cómica. Pero lo tomaré en cuenta por si me quedo sin trabajo —los amigos de Pablo volvieron a reírse, enfureciéndole aún más. Tenía la batalla perdida y odiaba perder.

—Sin más que decir, señores, buenas noches —Julieta retomó su camino evitando dar un traspiés.

Se sentía bastante mareada y tuvo que detenerse para recomponerse. Lo que le dio una estupenda acústica sobre las palabras hirientes que Pablo acababa de vociferar.

—Los príncipes azules no existen, métetelo en la cabeza, niñata engreída —el cuerpo de Julieta se tensó, había conseguido herir su ego, era la tercera vez que

veía a Pablo y era la tercera vez que terminaban como el perro y el gato.

Lo mejor era ignorarlo. Pero él no tenía pensado ponérselo tan fácil.

—En el caso que creas en ellos —volvió a vociferar él irónicamente—. No te preocupes, te esperaré toda la vida, me encantaría ser tu príncipe.

El cabreo que tenía Pablo era enorme, lo había ridiculizado de nuevo y delante de sus amigos. Julieta, que las copas de más le dieron una valentía que no tenía, se giró.

—Sí, eres un príncipe —gritó más adelante, puede que se arrepintiera de la escena que estaba montando. Pero en aquel momento, tenía claro que le daría su opinión—. ¡Un príncipe engreído, estúpido y borracho príncipe desteñido! Y antes de quedarme contigo, prefiero estar sola para siempre —Julieta le dio la espalda y se alejó, animada por las risas de los amigos de Pablo.

Esa noche, Pablo volvió a casa después del traspie con la doctora maldiciendo. No conseguía entender porque esa mujer se tomaba tan a pecho lo que le decía.

Se metió en la ducha para intentar relajarse y bajar su mal humor. Pero no lo hizo, en su mente se repetían las imágenes de aquella noche una y otra vez. Su movimiento de cadera, aquella vestimenta tan sensual, el movimiento de su pelo suelto... eso lo trastornaba y lo peor era que seguía siendo una autentica desconocida.

Julieta regresó a casa diez minutos después del desencuentro con Pablo. Se excusó con un gran dolor de cabeza y se juró no volver a beber jamás en la vida. Se recostó en su sillón favorito pensando y recriminándose cómo estuvo a punto de ser seducida por un hombre que no conocía absolutamente de nada.

Y tuvo que esforzarse en recordar la norma fundamental que tenía y regía su vida. No podía abandonar el buen camino a la primera de cambio. Tenía que seguir al pie de la letra el plan que había trazado. Sin embargo, el deseo de que Pablo la besara regresó al pensar en él y no le gustó para nada.

Las dos semanas siguientes, Julieta vio poco la luz del sol, trabajaba día y noche para poder tener sus merecidas vacaciones. Estaba ilusionada, en dos días estarían ahí. Volvería a sus raíces, vería a su hermano, sus primos y a su abuela Agnes. Les extrañaba horrores y también, a su padre que seguía dolido porque

no hubiera aceptado el puesto que le ofreció.

Cuando aún se encontraba en la facultad, su padre le había hecho prometer que si algún momento decidía regresar a Edimburgo, él se encargaría de ayudarla a conseguir una plaza. Pero Julieta había trabajado muy duro y lo que había conseguido hasta ahora, era por mérito propio. Si volvía a Edimburgo, ella sería quien buscara su plaza, pero su padre no quería aceptar las explicaciones que ella le daba.

Aquel día sustituía a Tomás y entre una consulta y otra, apareció de nuevo el apellido que causaba que naciera sentimientos contradictorios en ella. «¿*Por qué justo su último día?*» se preguntó una y otra vez mientras se preparaba para recibirle.

Se armó de paciencia y se mentalizó que era un paciente y debía tratarlo como tal, pidió a Milagros que lo hiciera pasar y al hacerlo cruzaron miradas.

—Buenos días, señor Oliva.

—¿El doctor Fernández? —Preguntó Pablo, ignorándola. Aquel idiota era igual de impertinente sobrio que ebrio, concluyó Julieta para sí misma.

—El doctor Fernández está de vacaciones, el lunes regresa y estará para su última revisión.

—¿La he visto en algún sitio? —«*Definitivamente, Pablo Olivas era como un niño mimado que intentaba llegar a un juguete al que no podía acceder*». Y aquel juguete era ella, un gran error por su parte.

—Señor Oliva...

—Deja eso de señor, ¡¿Acaso te parezco viejo?!—Le dijo mientras alzaba ambas cejas haciéndose el interesante.

Julieta inhaló todo el aire que pudo para seguir controlando las carcajadas que amenazaban por escapar de su cuerpo. Milagros, que volvía a ser testigo de la situación, miraba por encima de sus pestañas a ambos y en sus labios también comenzó a dibujarse una gran sonrisa.

—Está bien, Pablo, si me permites he visto que has evolucionado, pero no te daré el alta, te mandaré a hacer otra radiografía y así el próximo mes, el doctor Fernández certificará el alta.

—¡Ah, no! —Protestó Pablo. Julieta no supo cómo reaccionar ante esa protesta, pensando con que le saldría ahora—. Es necesario que me dé el visto bueno, necesito el alta, para eso vine.

—Señor... —Pablo levantó un dedo recordándole que no le tratara tan formalmente—. Pablo, no llevas cabestrillo, puedes hacer vida normal mientras

sigas los consejos y los ejercicios que te facilitaron.

—Eso lo llevo a rajatabla —soltó con sarcasmo.

—¡Si, cómo no! —murmuró Julieta, recordando su estado quince días atrás. Para Pablo no pasó desapercibida la respuesta y comenzó a tamborilear sus dedos en la mesa. Julieta quería terminar cuanto antes la consulta sin llegar a un nuevo desencuentro entre ellos.

—Limitate a las recomendaciones y no tendrás inconvenientes. Vamos a examinarte.

Se levantó y pidió a Pablo que se quitara el polo para así observar mejor los movimientos del hombro. Pablo sonrió cuando vio como de reojo la doctora lo observaba, apreciando lo que veía no solo con ojo clínico.

Ella se indignó ante la sonrisa socarrona del joven, casi preferiría que hubiera venido en estado de ebriedad. Se reprochó por haber sido tan imprudente de dejar que se reflejara en su cara cómo se había deleitado por unos segundos con su cuerpo. Volver a verlo sin camiseta la llevó a esa noche donde sus cuerpos estaban separados por una fina barrera llamada ropa.

Aunque su actitud la sacaba completamente de quicio. Lo que más le molestaba era que creyese que todas las mujeres caerían a sus pies. Así que, sintiéndose un poco ofendida, decidió darle una pequeña lección de humildad.

Le pidió que estirara el brazo y que formara un ángulo de noventa grados entre su brazo y su antebrazo, Pablo hizo una mueca de dolor. Julieta le exigió que rotara despacio hacia arriba desde la articulación del hombro y volvió a quejarse.

—Mmm... —meditó—. Ahora hazlo por encima del hombro poco a poco —y escucharon el sonido del hueso al moverse.

—Lo que acabas de escuchar es bueno, por hoy lo dejaremos así, debes seguir con los ejercicios.

—¿Qué ejercicios?

—Los que acabas de hacer —respondió mientras volvía a su puesto evitando que no viera sus labios curvados.

Julieta pidió a su ayudante que organizara su próxima visita y le tomó nota de varias sugerencias de otros ejercicios en un papel. Evitaba mirarle a toda costa y cuando terminó, se concentró en el historial del próximo paciente, escuchó como le entregaba Milagros la próxima cita y dio por terminada la consulta.

—Pronto te darán el alta.

—¿¡Es todo!?! —Julieta levantó la mirada con una pequeña sonrisa de cortesía, antes de responder.

—Es todo señor Oliva, ya le dije que ha evolucionado correctamente, siga con los ejercicios y pronto volverá a la normalidad.

Pablo se terminó de poner el polo lanzándole malas miradas, le dio la espalda y Julieta aprovechó el momento para terminar de darle su lección de humildad.

—Una cosa más, señor Oliva.

—Pablo, por favor —le recordó, Julieta tomó aire y rectificó.

—Pablo, en caso de dolor puedes ponerte calor, que tengas un buen día.

—Lo tendré en cuenta, se lo aseguro —y cerró la puerta un poco más fuerte de lo normal.

Julieta se echó a reír sin poder aguantarse más. Había herido el ego de Pablo, una dulce venganza contra el agravio al que la había sometido semanas atrás. Estaba más que claro, era de los tipos que estaba acostumbrado a ser el centro de atención y Julieta no le había bailado el agua como él había querido.

—Doctora, me parece que el paciente no se ha ido satisfecho.

—Por supuesto que no, quería una sesión de masaje, pero no tengo una consulta quiropráctica —ambas sonrieron dejando el recuerdo atrás y siguieron la consulta.

3

PABLO DETUVO UN taxi y se acomodó en el asiento, respiró varias veces tratando de controlar su genio. Esa mujer lo sacaba de sus casillas y era difícil que él se enfadara tanto. Ni cuando sus padres se divorciaron, se había enfadado tanto como lo hacía con la doctora Cameron.

—¿A dónde lo llevo? —Preguntó el taxista.

—A Salamanca.

Pensó en los próximos días y sonrió ante lo que prometía ser diversión asegurada. La idea de sonsacar al doctor Fernández algo acerca de esa mujer en la siguiente consulta estaba floreciendo, incluso pensó en sobornarlo, pero estaba seguro de ser lo suficientemente persuasivo para hacerse con su número, lo conseguiría fuera como fuera.

Julietta se levantó deprisa. El cansancio acumulado pudo más que sus ansias por ver a su familia. Se duchó a toda velocidad y se enfundó un vaquero pitillo azul marino y un jersey rojo suelto. Le sentaba muy bien y el color contrastaba con el tono de su piel dejando al descubierto su hombro y unas converse.

Se sujetó el pelo con una media cola, se maquilló muy sutilmente y terminó de preparar la maleta deprisa. Llamó a un taxi y antes de irse se aplicó un poco de *gloss* en los labios. Se colocó el abrigo, la bufanda y con una sonrisa se miró al espejo.

—¡Me voy de vacaciones!

Durante todo el trayecto Julieta estuvo observando con atención como la urbe quedaba atrás. Le gustaba la ciudad que la había acogido, pero nunca dejaría de sentirse orgullosa de sus orígenes y de añorar su hogar.

Cerró los ojos pensando en los prados verdes junto al contraste de las canolas amarillas y sonrió llena de felicidad. En el aeropuerto esperó feliz la cola de

facturación y recorrió todo el camino pasando por el arco de seguridad aun con una sonrisa en los labios. Subió al avión contenta, el momento de volver a ver a su familia se acercaba. Tenían mucho qué hablar, sobre todo de la constante presión de que trajera a un novio a casa.

Hizo una lista mental de todo lo que quería hacer mientras estuviera allí. Principalmente, visitar a su abuela y a algunos familiares en las tierras altas. Aprovechar todo el tiempo que pudiera para estar con su familia.

El anuncio de la azafata avisando la prontitud del cierre de puertas. Aún faltaban varios pasajeros y otros se estaban acomodando en sus asientos.

Miró por la ventanilla con una gran sonrisa que murió poco después al escuchar la voz de alguien que no esperaba encontrarse de nuevo y mucho menos en aquel avión.

—Buenas tardes doctora. ¡Qué casualidad!

Julieta tensó la mandíbula, mientras veía como Pablo acomodaba su equipaje.

—¡Y estaremos juntitos! Mi asiento es el veinticuatro b.

Pablo sonrió y Julieta no pudo evitar que el fastidio que sentía se le reflejara en el rostro. «*¿Por qué demonios tenía que toparse de nuevo con ese hombre?*»

Tuvo ganas de levantarse y anunciar que llevaba una bomba, aunque era algo exagerado, pero era una solución desesperada y le privaría de ver a su familia. En su cabeza no cabía la idea de viajar casi tres horas al lado de un hombre con el que terminaba siempre discutiendo.

Pablo llegaba tarde por culpa de Gerard y sus ganas de salir la noche anterior. Si no fuera por el viaje que tenía que hacer por su trabajo, hubiera amanecido en la cama de una rubia que estuvo tonteando con él toda la noche.

Fue uno de los últimos de subir avión y algunos de los otros pasajeros lo miraron mal. Aunque prefirió ignorarlos, sabía que tenían motivos para estar enfadados, caminó hasta llegar a su asiento para luego pestañear varias veces sorprendido.

La posibilidad de estar en el mismo vuelo que la mujer que estaba en su cabeza desde hacía semanas, era una en un millón. Y el destino se la ofrecía en bandeja. Sonrió para sus adentros, sintiendo un cosquilleo de anticipación en todo su cuerpo «*¿Quién era él para contradecir al destino?*». Era su oportunidad de marcarse un tanto, y no iba a dejarla pasar.

La mente de Julieta se movía a toda velocidad y entre el caos, una idea tomo forma y consistencia en su mente. Sin meditarlo, se quitó el cinturón dispuesta a

llevarla a cabo.

—¿A dónde va doctora? —preguntó Pablo con una sonrisa socarrona en los labios.

—No creo que sea asunto tuyo.

—¡Qué simpática! —Ironizó Pablo—. ¿Pensé que solo eras así en el hospital?
—Julieta ladeó su cabeza para encararlo

—En la consulta le he tratado con total profesionalidad. Era su especialista. Si pretende tener a alguien que sea más que un especialista, llame a alguna de sus amiguitas y cómprele un disfraz de médico.

Pablo estalló en carcajadas. Era la primera vez que una mujer era capaz de darle una buena sugerencia. Se fijó en que quería salir de los asientos y no la dejó. Agarrándola del brazo la obligó a sentarse. Frustrada y desesperada ante esa tragedia Julieta tuvo la premonición de que su viaje se convertía en una película de terror y quiso gritar.

—¿J. C? —Julieta alzó la mirada. Los que la conocían de verdad la llamaban así y quiso que la tierra le tragase cuando vio a Miguel Alarcón.

Barajó varias hipótesis, porque era imposible tener ese tipo de encuentros y la idea de que la aerolínea estuviera regalando vuelos a Edimburgo era la que le resultaba más factible. Intentó recordar si era festivo o puente en España o algún acontecimiento importante en Edimburgo.

Algo tenía que estar pasando para que el universo hubiera colocado a toda aquella gente junta dispuesta a coger el mismo vuelo que ella. Primero la aparición de su peor pesadilla, sentado en el mismo asiento no era nada gracioso.

Y para que todo fuera más confuso como si cayera del cielo aparecía Miguel. «¿*Por qué Miguel?*» Como si de un *déjà vu* se tratase, imágenes de las pasadas navidades le vinieron a la mente: una Julieta con unos cuantos cubatas de más... Confesó que se había sentido atraída por Miguel. «¡*Malditos cubatas!*» espetó en su mente.

Debió aclararle que aquel enamoramiento al que hizo referencia fue cuando tenía diecisiete años y ahora, él tenía treinta y se habían convertido en esos amigos que conocían ciertas historias del pasado que más le valía llevarse a la tumba.

«*En cuanto pise Edimburgo, ¡te mataré Lucas!*» Exclamó para sí misma, sonrió a su amigo en modo de saludo, resignada a no olvidar ese vuelo.

—Hola, Miguel. ¿Cuánto tiempo? —Miguel fijó la mirada en Pablo y en la forma en la que sostenía a Julieta. Ella supuso que podía librarse, pero de nuevo se adelantó.

—Cariño, ¿no nos presentas?

Julieta abrió los ojos sin poder pronunciar ni una sola palabra. Pablo con una gran sonrisa se presentó y disfrutó de la imagen de como su doctora se ponía de los nervios, como si al quitarse la bata apareciera una mujer normal, alguien mucho más accesible y a la que cada minuto que pasaba a su lado deseaba conocer más.

—Pablo Oliva, el novio de esta preciosura de mujer.

Julieta sintió que se atragantaba, Miguel estrecho la mano algo confuso.

—¡Vaya!, me parece que tu hermano no estaba informado sobre... esto — Julieta abrió la boca para desmentir todo aquello y de nuevo Pablo intervino.

—Es una sorpresa, ¿verdad? —Julieta volvió a mirarle con la mente en blanco. Era como si una fuerza sobrenatural le impidiese hablar.

—Será divertido el almuerzo de mañana —señaló Miguel con una sonrisa burlona.

—¿El almuerzo? —Preguntó Julieta. Algo se le escapaba, si bien, su hermano había actuado a sus espaldas, no comprendía de qué almuerzo hablaba Miguel.

Entrecerró los ojos y de inmediato supo el verdadero motivo del viaje de su amigo. Por unos instantes lo miró con lástima. Si el motivo era lo que pensaba, sería una ardua tarea, si es que llegaba a salir vivo de ella. Tenía que asegurarse y así descartar lo que imaginó de un principio sobre su hermano.

—¿Vas también de vacaciones a Edimburgo? —Miguel rio.

—Tal vez no sean unas vacaciones, en una semana libre puedes recuperar muchas cosas.

Respondió mirándola fijamente. Había dado en el clavo y estaba segura de que volvería a España con un cadáver. Pablo miraba de uno al otro escuchando la conversación en clave con paciencia.

Si lo que intentaba su doctora era ignorarlo, no sería tan fácil, su propósito era vengarse de todas las veces que lo había menospreciado.

Julieta necesitaba buscar la forma de quitarse de encima a Pablo y creyó que si coqueteaba con Miguel, Pablo se echaría atrás.

—Miguel, ¿me estás diciendo que seremos los huéspedes de mi inocente hermano? —Miguel rio, era normal esas bromas entre ellos, aunque su mirada lo hizo pensar.

—¡Claro, nena! —respondió Pablo. Los ojos de Miguel se trasladaron hacia su acompañante, pensando dónde o cómo Julieta se había relacionado con ese tipo—. Vamos a disfrutar nuestro viaje

—¡La broma se acabó! —Advirtió Julieta con rabia y dispuesta aclarar el mal

entendido. La auxiliar de vuelo le pidió a Miguel que se sentara y su oportunidad de librarse de Pablo se esfumaba a toda velocidad.

—Nos vemos en diez minutos J. C —le indicó Miguel muy sonriente—. Me alegro de que por fin, encontraras a tu Romeo —concluyó guiñando el ojo.

Julieta vio toda la escena como si estuviera fuera de su cuerpo, y una estaca apareciera por arte de magia en sus manos, para clavársela en las cabezas de Miguel y Pablo.

—¿Qué demonios te pasa? —Pablo sonrió con guasa, la doctora estaba colorada y esas pequeñas pecas, que tenía esparcidas en algunos puntos clave de su rostro, como una niña en pleno berrinche, resaltaban aún más.

—Sé que te pones nerviosa con el despegue, cariño —dijo en voz alta mientras se acercaba más a ella, esperando que el amigo de la doctora les escuchara.

Julieta sintió como la sangre le hervía. Lo estudió detenidamente, meditando cómo podía matar a una persona dentro de un avión y tuvo que recordarse que era médico, ella salvaba vidas, no las quitaba.

—En cuanto nos quitemos los cinturones, aclararé la situación —afirmó—. Tú y yo no nos conocemos, has sido mi paciente únicamente por mero azar —murmuró entre dientes y Pablo volvió a reír.

Julieta se enfurruñó y se acomodó rígida en el asiento, esperando que estuviera a treinta mil pies lo más rápido posible. Para su desgracia no fue así, tardaron más de lo habitual en despegar.

—¿Quieres? —ofreció Pablo, ella de reojo vio una caja de chicles.

—No gracias.

—Los médicos aconsejan masticar chicles para evitar que se taponen los oídos cuando viajas en avión.

Le informó como si fuera un hombre que siguiera los consejos al pie de la letra. Julieta se dio la vuelta observándolo incrédula. La sonrisa pícaro en el rostro de Pablo hizo que, sin poder evitarlo, se le dibujara una tímida sonrisa.

—Perfecto —soltó Pablo—. Esa hostilidad que mantienes entre nosotros no es buena para la salud —Julieta hizo un mohín, suspiró y optó con pagarle con la misma moneda.

—Los odontólogos recomiendan no comer chicles, caries ya sabes —volvió a sonreír—. Y no soy hostil, simplemente, que has mentido.

—¿Yo? —Pablo se señaló y apretó los dientes mientras negaba con la cabeza—. Te ofrecí mi amor desde el primer momento que te vi.

—Y también, me insultaste —recordó Julieta.

—No cariño, no lo he hecho. Si no me equivoco recordé a todos mis muertos, pero nunca insultaría a la belleza que tengo frente a mí —Julieta no dijo nada. En cierta forma era verdad y decidió ignorarlo.

«¡*Qué cruz!*!» exclamo para sí. El capitán anunció que entraban en la pista para despegar y Julieta sintió alivio.

En minutos buscaría a Miguel y le diría que Pablo era un demente, ¿pero cómo justificaría el que no lo desmintiera antes? Tampoco había tenido la oportunidad.

«¡*Me cachis!*» Los despegues la ponían nerviosa y si a eso le añadía la situación en la que se encontraba... estaba a punto de un ataque. Sus pies taconeaban el suelo y sus manos daban palmaditas sobre sus muslos. De repente, una mano se entrelazó a la suya, y Julieta parpadeó varios segundos sorprendida por el gesto.

—¿Seguro no quieres chicles? —Le susurró de nuevo Pablo con suavidad.

—No —la cabina dio una fuerte sacudida y Julieta inconscientemente apretó con fuerza la mano de Pablo.

—Tranquila, en nada estaremos volando —Julieta ladeó la cabeza y encontró por primera vez, una sonrisa en que le dio seguridad plena.

PABLO SENTIÓ LA inquietud de Julieta, un punto a su favor, aquello corroboraba que era humana y su necesidad de ayudarla a tranquilizarse se hizo más patente, entrelazo su mano con las de ella. Gesto que consiguió que se tranquilizara un poco.

Esa mujer dura y exigente, la fría doctora que le trataba con desprecio, se venía abajo en el instante que el avión despegaba. Quiso quitarle hierro al asunto ofreciendo de nuevo su paquete de chicles y cuando el avión hizo un movimiento brusco, Julieta se aferró con más fuerza a su mano.

«Sí» se dijo, «*también tiene miedos como toda gente normal, por tanto, en algún lugar tiene corazón*».

—Tranquila, en nada estaremos volando —le susurró, había sido sincero y cuando Julieta ladeó la cabeza vio la verdadera chica que escondía su alma.

Cuando alcanzaron la altura de crucero, Julieta se dio cuenta de que mantenían las manos entrelazadas aún.

—Gracias —dijo soltando su agarre.

—Para ti, siempre estará mi mano, cariño.

Julieta no pudo evitar poner los ojos en blanco y su mente empezó a trazar un plan para poder salir de ahí y hablar con Miguel. Mientras miraba a través de la ventana mordisqueándose la parte interna del labio.

—Si esperas a que baje Superman, siento decirte que es un hombre de ficción —dijo Pablo en un pequeño intento de distraerla—. Hace mucho tuve la suerte de conocer al actor que lo interpreta, por casualidad —Julieta entrecerró sus ojos y volvió a mirarle.

—¿Estás diciendo que conoces a *Henry Cavill*?

Pablo curvo la comisura de los labios de nuevo. Esa chica era increíble, pasaba de ser hostil a inocente en segundos, acababa de desechar la idea de

increparla durante todo el vuelo, en cambio, lo que sí quería era establecer una amistad, conocerla un poco más. Aunque la haría rabiarse un ratito más, solo por ver de nuevo ese rubor que aparecía en sus mejillas y que le sentaba tan bien.

—¡Cierto! Así se llamaba —respondió con una ligera carcajada.

—¡Mientes!

—¡No miento! —Julieta resopló, él estaba burlándose de ella de nuevo, y Pablo carraspeó y prosiguió—. Él jugaba *rugby* y una vez coincidimos.

—¿Así qué deportes de contacto son lo tuyo? —Ironizó Julieta— ¿Y cómo es que coincidisteis? Él es inglés.

Pablo no pudo contenerse al ser descubierto, rio hasta que las lágrimas saltaron y Julieta se cruzó de brazos.

—La verdad es —comenzó a explicar Pablo entre carcajadas—. Que una vez leí que jugaba *rugby*, ya lo has dicho me gustan los deportes rudos, donde puedes descargar adrenalina.

—¡Gran descripción! —respondió Julieta con el peculiar sarcasmo.

—Me parece que no me crees.

—¿Te parece? Juraría que he sido muy honesta.

—Diría más bien sarcástica; y cariño, no puedes ser así con tu novio. ¿Qué dirá tu amigo al mirarte con esa cara ceñuda?

—¿Sabes qué? —Señaló Julieta cabreada y cansada de tanta burla—. Puedes irte a freír espárragos.

Se levantó dispuesta a pasar, maniobrando de una manera complicada y esta vez, sin que Pablo la distrajera para que no se moviese. Resignado, la ayudó a pasar por encima de él.

Pablo quiso reír a carcajadas. Qué fácil era hacer enfadar a su doctora preferida. La ayudó a pasar sobre él, no por qué se lo pidiera, algo que en ningún momento hizo, sino porque quería volver a tocar el cuerpo que encendió su deseo un par de semanas atrás.

Julieta recorrió el corto tramo de pasillo y entró en el baño dispuesta a refrescarse, no podía perder la compostura y repasó mentalmente cada palabra que tenía que decir a Miguel.

Dentro del pequeño cubículo respiró con profundidad en varias ocasiones y cuando estuvo lista cogió el pomo de la puerta y no pudo abrir, lo intentó en varias ocasiones con el mismo resultado, le dio unos golpecitos y seguía sin abrirse. Respiró pidiendo paciencia, pero de repente, la puerta se abrió y sin tener oportunidad de salir terminó atrapada de nuevo dentro del cubículo y encerrada con Pablo.

—¿Te has vuelto loco?!

—Vi que tardabas y me preocupe.

—¡Venga, ya! —le recriminó Julieta incrédula.

—Escuché los golpes que estabas dando y vine a salvarte.

—Creía que Superman era solo un personaje de ficción —Pablo volvió con fuerza— ¡Estamos los dos dentro encerrados en el servicio! —Señaló Julieta preocupada— ¡Oh, Dios mío! ¡Abre! ¿Qué va a pensar el resto de pasajeros?

—Eso intento. Y qué importa lo que piensen —se burló Pablo—. Somos novios, una pareja que acaba de comenzar una relación, queríamos algo de privacidad.

—¿Qué?! —Julieta resopló una y otra vez mientras Pablo daba golpecitos intentando abrir.

Lo intentó durante más de cinco minutos pero no consiguió que la puerta se moviera.

—Por favor, ¿podría dejar de toquetear la puerta? —dijo la auxiliar de vuelo desde el otro lado de la puerta.

Julieta se sonrojó hasta la raíz del pelo. Prefería estar en su asiento mil veces, antes de que la puerta se abriera y la encontraran allí encerrada con Pablo. Nadie jamás creería que no había ocurrido nada dentro del pequeño baño. La puerta se abrió de repente y la auxiliar de vuelo sorprendida estuvo a punto de soltar una carcajada ante la imagen que encontró al otro lado.

—Señores, en esta aerolínea existen normas y se deben cumplir.

—¡No es lo que usted piensa! —Intentó explicarse Julieta avergonzada—. Se había atascado la puerta y él terminó dentro por accidente, aun no sé cómo.

La auxiliar de vuelo mantuvo el semblante sereno. Julieta volvió a su asiento abochornada. Tenía la impresión de que todos la miraban y desde luego, estar escoltada por un Pablo sonriente no ayudaba en nada.

Cerca de su asiento, recordó el motivo porque había decidido levantarse en un principio y buscó de inmediato a Miguel con la mirada.

Lo localizó unos pocos asientos más allá y se dirigió hacia él, dispuesta a arreglar aunque solo fuera algo del desastre que la acompañaba en ese momento.

—¿Está libre?

—Sí, Ju —no perdió la oportunidad y se instaló en el asiento contiguo vacío y rogó que Pablo no volviese a molestarla. Parecía ser que sus ruegos habían sido escuchados pero sin querer tentar a la suerte se centró en aclarar con su amigo la relación que la unía a Pablo.

—Miguel, quería aclarar un mal entendido, verás... —un carraspeo la

interrumpió y se dio cuenta de que su momento de paz había terminado.

—Ju, cariño. *Hay para mí más peligro en tus ojos que en afrontar veinte espadas desnudas. Concédeme tan solo una dulce mirada, y eso me basta para desafiar el furor de todos.*

Julieta se golpeó la cabeza contra el cabezal del asiento que tenía frente a ella. «*De nuevo cita a Shakespeare. ¿Qué he hecho mal?*» «*Se está vengando*» era la única explicación razonable para tanta tortura.

Los pasajeros vitoreaban y aplaudían a un Pablo que se congratulaba haciendo reverencia, el viaje estaba resultando de lo más divertido y como había imaginado, no lo olvidaría en la vida.

¿Para qué negar que quería toda la atención de Julieta para él? Sabía que ella era su otra mitad, aunque Julieta no tuviera la menor idea de ello.

—Creo que tu novio pide atención —dijo Miguel aguantando una carcajada.

—No es mi novio y hablo en serio —respondió desesperada por aclarar la situación Julieta.

—¿No? —Preguntó Miguel sorprendido—. Ha citado a *Shakespeare*, se ha tomado muy en serio lo de ser tu Romeo. Tenía entendido que odiabas a todos aquellos que hacían referencia al escritor —le recordó con una amplia sonrisa en la boca.

Julieta se llevó las manos a la cabeza y soltó aire lentamente. Pablo tenía que estar loco, si lo que quería era vengarse, ya lo había conseguido. Tenía dos opciones solicitar que le cambiaran el asiento y quedarse con Miguel para contarle toda la verdad o quitarse un zapato y lanzárselo la cabeza a Pablo con todas sus fuerzas. La última opción solo conseguiría que —con la mala puntería que Julieta tenía— cualquier persona alrededor terminara herida.

Así que optó por no tener que realizar horas fuera del horario laboral y tomó la opción más pacífica.

—Cuando llegemos a Edimburgo debemos hablar —recalcó Julieta señalando la distancia que separaba uno a otro con el dedo.

—Por supuesto —respondió su amigo, resignada se levantó y lo primero que vio al girarse hacia su asiento fue un Pablo con los brazos abierto cual Cristo redentor.

«*Y pensar que el viernes se quejaba del dolor*» Más vítores por parte de la gente incluso algún que otro pasajero gritó: ¡Qué viva en amor!

Julieta meditó en aplicar alguna movimiento de acupuntura para dejarlo sedado en cuanto llegara a su asiento el resto del viaje.

«*Sí, eso debería hacer*» concluyó durante el recorrido de un asiento al otro.

Pero los pasajeros al parecer no estaban conforme al espectáculo ofrecido por Pablo que necesitaba un hermoso final y no dudaron en gritar y vitorearlo animándole a que la besase.

Julieta apretó su mandíbula y miró a Pablo, que no dejaba de sonreír.

—Si lo haces —le advirtió entre dientes—, el dolor que has sentido en el hombro no se comparado al que te provocaré luego.

—No puedes negarme un beso, dulce Ju.

Las turbulencias fueron su salvación. Los pasajeros acudieron presurosos a sentarse en sus asientos dando cierto alivio a los nervios de Julieta y olvidando el espectáculo, ella se giró decidida.

—Como vuelvas a soltar alguna cita o soneto de *Shakespeare*, te juró que le pediré a mis primos MacArthur que te dejen un recuerdo de Edimburgo que no olvidarás jamás —Pablo sonrió sin sentirse intimidado en ningún momento por la amenaza—. Y te agradecería que de ahora en adelante, me ignores y olvides que existo.

—¡Tienes una fierecilla indomable dentro de esa fachada! —susurro Pablo en su oído cuando pasó junto a él para acomodarse en su asiento, mordisqueándole suavemente el lóbulo de la oreja, logrando dejar sin habla de nuevo a Julieta y que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo.

—Cada vez me gustas más —siguió murmurando Pablo, de nuevo sincero—. Eres mi Ju, mi traumatóloga y acabo de enterarme que eres mi escocesa. — Julieta gimió harta del juego que traía Pablo, se levantó y le gritó.

—¡No soy tu Ju! Tampoco soy ninguna fierecilla y por tipos como tú, paso de los hombres.

Salto por encima de él y fue a sentarse junto a Miguel, sin importar las turbulencias o que las azafatas no estuvieran de acuerdo con su cambio. Estaba nerviosa y los movimientos oscilantes del avión solo incrementaban su estado. Julieta se sentó al lado de Miguel dejándolo desconcertado.

—Quería aclarar antes de que el demente que tenía a mi lado hiciera semejante espectáculo, ¡que no tengo novio!

»Solo ha sido mi paciente en dos ocasiones que para mí desgracia, me ha tocado tratar. No será, ni llegará a los pies del que según tú, es mi Romeo ideal. Y espero no volverlo a ver en cuanto pisemos Edimburgo.

Miguel miró a los lados y tragó con fuerza, no recordaba cuando había sido la última vez que vio a Julieta tan enfadada. Las pocas ocasiones que había tenido la oportunidad de presenciarlo venían acompañadas de un recuerdo amargo.

Preferiría mil veces a la dulce Julieta y no a la que tenía al lado, que con solo mirarte podía asesinarte. La observó con atención durante unos instantes. La pierna de la joven no dejaba de martillear contra el suelo de la cabina y su mirada estaba perdida en algún punto de la parte delantera. Sonrió y tamborileó los dedos en su muslo mientras veía por primera vez, como Julieta Cameron, había perdido los nervios por un hombre.

MIGUEL LE COGIÓ la mano en señal de apoyo y ella supo que había metido la pata. Los nervios, de no poder controlar lo que pasaba a su alrededor, se habían apoderado de ella y le estaban pasando factura.

Él había visto en muchas ocasiones como su capacidad de aguante se ponía en marcha; había sido testigo de cómo controlaba otras situaciones peores en el pasado y había sabido torear a los chicos con maestría.

Pero con Pablo era diferente. Por mucho que se devanaba los sesos en intentar averiguar si lo había conocido en el pasado, solo era capaz de recordar su cara en la sala de urgencia. Y a pesar de que su mente le decía una y otra vez que se conocieron en el hospital, intentaba encontrarle un sentido al hecho de que le citara a *Shakespeare*. Aquello la tenía desorientada.

El caso era que Pablo había logrado en muy poco tiempo lo que otros no habían conseguido..

«¿*Qué voy a hacer?*» Su mente era un hervidero de ideas. Julieta era médico y no podía ser tan altanera, algunas de las personas que estaban en el avión podrían visitar el hospital más adelante y era su prestigio profesional el que estaba en juego.

¿Qué pensarían en cuanto la vieran? *Esa cirujana la recuerdo, gritó como una energúmena a su novio dentro del avión.* La frustración apareció de nuevo y volvió a golpear con la cabeza contra la mesilla plegable hasta que la mano de Miguel se interpuso entre su frente y el respaldo.

—Julieta —intentó razonar con ella con delicadeza—, gracias a Dios, que el pasajero de adelante es un niño, de lo contrario, tendrías otro problema —ella le dio la razón y sonrió con tristeza—. Volviendo a tu admirador... escucha la mayoría olvidará esto al bajar del avión o en unos días, como mucho será una anécdota: el chico que recitaba a *Shakespeare* en pleno vuelo a Edimburgo.

—Para ti es gracioso —replicó Julieta—, pero para mí es una tortura, ni

siquiera sabe mi nombre.

—¿Y entonces por qué lo recita?

—Buena pregunta —murmuró Julieta en respuesta. Miguel se acomodó mejor en su asiento y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa.

—Julieta —le indicó con voz decidida para llamar su atención—, estoy convencido que él, es tu Romeo.

Julieta suspiró frustrada ante las palabras de Miguel y es que en vez de apoyarle se estaba divirtiendo con la situación. Aquello era una pesadilla, tenía que dejar claro su punto de vista, antes de cualquier idea cuajara en su mente y llegara a su familia.

—Deja de decir chorradas —dijo mostrándose todo lo indignada que la situación requería. Esperando que se diera cuenta que la actitud del hombre que estaba dos asientos más atrás, no era normal—. Desde que me vio por primera vez, cita a *Shakespeare* y además estaba ¡borracho! —Julieta abrió los ojos descubriendo lo que para ella era el mayor de los problemas.

—¡Oh, Dios mío! —dijo en alto y se tapó la boca—. Debe consumir algún tipo de droga nueva —Miguel estalló en carcajadas.

—Te tiene descolocada —volvió a chincharla Miguel, se estaba divirtiendo mucho a su costa. Estaba tan acostumbrado a una Julieta que se antepone a los acontecimientos, que verla improvisar era un privilegio—. ¡Quién lo diría! —Soltó para aguijonearla más.

—¡Qué no! —Respondió alterada Julieta— ¡¿Cómo puedes pensar esas bobadas?! Su actitud es la de un demente —Julieta se perdió en el vacío pensando y sacando nuevas hipótesis, asegurándose así misma que había dado en el clavo—. ¡Eso es! —dijo feliz por la conclusión a la que había llegado—. Debe tener algún trastorno, sí, debe de estar en tratamiento psiquiátrico —Miguel volvió a reír.

—Cuéntame cómo lo conociste —indagó su amigo, si ella no quería ver más allá, tendría que ayudarla a que se abriera y ella misma encontrara la respuesta que necesitaba.

—Estaba de guardia cuando llegó con un hombro dislocado y cuando me vio, sin más, soltó que me entregaba su corazón —Julieta negó con la cabeza—. Corrijo: primero vómito encima de mí y terminó entregándome su corazón, asegurando que estaba a mi merced —Miguel rio a carcajadas, y Julieta suspiró resignada—. Fui a cambiarme y al regresar, soltó la primera cita.

—¿Recuerdas qué dijo? —Volvió a indagar Miguel.

—No muy bien —Julieta meditabunda tratando de recapitular—. ¿Sabía yo lo

que es amor? Seguido de algo sobre que no lo sabía hasta que me conoció.

—¡Amor a primera vista! —Se burló Miguel.

—¡Claro! —Respondió Julieta con sarcasmo—. Un borracho puede enamorarse hasta de una escoba con falda —concluyó con aspereza y Miguel negó sorprendido. ¿Cómo podía Julieta estar tan cerrada?

Si ese chico estaba interesado en Julieta, necesitaría un milagro para que ella abriera su corazón. Sabía muy bien por qué era tan reacia a dejar que alguien se le acercara. Siempre había creído que el tiempo curaba todas las heridas y acababa de darse cuenta que no, aunque no era el más indicando en cosas del corazón, sabía que Julieta no estaba dispuesta a entregar el suyo.

Sin embargo, todo podía cambiar. Siempre había creído en que la vida de todos dependía del destino. Un destino que dejaba ver sus cartas en los momentos más apropiado. Se dispuso a calmar a su amiga tratando que se sonriera y no le diera más importancia al asunto.

—Sabes, hay un refrán que dice: los niños y los borrachos siempre dicen la verdad —Julieta alzó una ceja y lo miró con suspicacia.

—¿En serio me has dicho eso? —Miguel volvió a sonreír.

—Todo es posible —respondió—. Cosas más raras se han visto —Julieta arrugó su nariz en señal de desacuerdo y se imaginó por un momento como sería compartir su vida con su acosador particular.

Se estremeció con drama, desechando aquella idea y decidió que era necesario terminar cuanto antes aquella absurda conversación.

—Olvídalo, ya lo puse en su lugar, no soy un ligue de una noche —afirmó con total seguridad.

—Eso lo tengo claro —Julieta sonrió—. Así que, cuéntame ¿Que harás los próximos días J. C? —Hora de cambiar de tema, Julieta seguiría a la defensiva y sabía que no conseguiría que se relajara si seguía por ese camino. Julieta al escuchar las iniciales de su nombre cambió el chip, aquel apodo le traía buenos recuerdos y Miguel, estaba muy presente en ellos.

Junto a su hermano la habían defendido de esos poetas de medio pelo que aparecían de vez en cuando, aunque Miguel en algunas ocasiones había terminado siendo también uno de ellos.

Lo que nunca entendería era por qué se habían distanciado, ni su comportamiento cuando coincidieron una noche de copas en Madrid. Miguel estaba acompañado de una chica que intentó ocultar y falló. Se había dado cuenta de que aquella noche había salido acompañado de su prima. Aquella noche no había querido pedir explicaciones por ese comportamiento, esperó

ansiosa que alguno diera el paso. Solo lo hizo su prima y muy de puntillas.

La única vez que Caris, habló de Miguel en una conversación, juró que solo se usaron mutuamente, que no había sido más que sexo de una noche. Ahora le confundía aquel repentino interés que tenía él en ella misma. Ya que estaban en plan confesión y momentos de psicoanálisis, tal vez fuera el momento que él también hablara un poco.

—Por cierto, ¿dónde has dejado a tu Dulcinea? —Miguel la miró frunciendo el ceño.

—He preguntado yo primero —Julieta sonrió con sorna.

—¡Uy! Cómo te duele.

Miguel no respondió y puso los ojos en blanco. Julieta rio ante la incomodidad de su amigo, pero lo haría sufrir un poco más, ella también podía preguntar sobre temas peliagudos.

—Le pediré a Lucas que me lo cuente, sabes que no hay secretos entre nosotros.

—Eso es lo que tú crees —dijo con sarcasmo Miguel.

—Puede ser que no conozca sus últimos pasos, pero tarde o temprano me entero de casi todo lo que sucede en Edimburgo y sobre todo, si tiene que ver con mi familia —Miguel inspiró profundamente y Julieta curvó sus labios. Se dispuso a responder a la pregunta que le había hecho su amigo, dándole tiempo a que meditara su respuesta—. En cuanto lo primero que haré es... —no pudo terminar la frase al ser interrumpida por la auxiliar de vuelo.

—Señorita, el caballero de jersey azul le invita una bebida. Desea saber si quiere: café, té, *Coca-Cola*, chocolate o vino.

—¿¿Qué?! —Exclamo sorprendida.

Miguel sonrió cruzando los brazos sobre su pecho y observando divertido la escena mientras Julieta sintió sus mejillas arder, Pablo no le daría tregua. Un cosquilleo recorrió su cuerpo, ningún hombre había sido tan persistente y a pesar de sus desplantes Pablo seguía ahí, y aquello era algo que no tenía del todo claro si le gustaba.

—¿Ha decidido?

—De parte de ese caballero no quiero nada, gracias —y de esa manera, intento quitarle importancia al gesto para seguir con la conversación que tenía pendiente y contarle a su amigo lo que haría en sus vacaciones—. Verás, mañana iré a visitar a Agnes y comer su... —de nuevo, fue interrumpida por la azafata de vuelo.

—Disculpe, de parte del caballero del jersey azul —Julieta inspiró

profundamente y tomó la nota con brusquedad.

Siento mi actitud, solo quería ser amigable, ¿Podemos empezar de nuevo? Creo que la primera vez que nos conocimos no fue la apropiada.

Pablo O.

Miguel no pudo ocultar más su sonrisa y curvó sus labios. Julieta tenía una cosa clara, Pablo estaba mal de la cabeza.

—Es la primera vez en mi vida que me divierto tanto en un vuelo —señaló Miguel.

—¡Ja, ja, ja! Me muero de la risa —apuntó Julieta seria y Miguel volvió a reír.

—¿Y bien?, ¿Qué le vas responder?

—Nada —dijo decidida—. No estoy dispuesta a seguirle el juego.

—¿Seguro? —Miguel trató de hacerla recapacitar—. Llevamos una hora en el aire y no se da por vencido. Tiene buenas técnicas para atraer tu atención. Me recuerda a alguien eso de no darse por vencido.

—¡Qué comparación más irracional! —Concluyó Julieta.

—Entonces, ¿qué harás?

—¡Nada! Ya te lo he dicho, voy dedicar el resto de mi estancia en este avión a leer, para eso compré un libro que lo tengo en... —había dejado el libro y su *iPad* en el asiento y se maldijo.

—¿Y bien? —Miguel quería carcajearse de la situación de su amiga, pero sabía que no era el momento. Ella resopló, tenía dos opciones o volver a su asiento cosa que no podía hacer, y la otra era decirle a Miguel que se lo acercase y eso sería la guinda del pastel, conociéndolo pasaría la eternidad recordándose.

«¿Qué hago?» se preguntó y frustrada volvió a golpear con la cabeza el respaldo del asiento delantero. Y entre aquel mar de confusión, frustración y bastante cabreo, una idea se cruzó en su mente. Una solución a aquel lío en el que estaba metida, algo que podía darle un poco de paz «*Menuda manera de empezar las vacaciones*».

—Disculpe —llamó a la auxiliar de vuelo cuando pasó por su lado—. ¿Podría hacerme un favor? Mi asiento era el «24 A» ¿Podría acercarme mis pertenencias? Es que... acabo de terminar con mi novio y me está acosando. Gracias a Dios, he coincidido con un amigo que va a protegerme, ¿verdad Miguel? —Miró a su amigo con cara de no haber roto un plato nunca y esperó que le siguiera la corriente. Miguel abrió los ojos y pensó si era bueno que se

prestara a estos juegos—. Ahora puede entender mi actitud, mi ex, no quiere entender que se acabó —culminó su breve drama con cara de tragedia, la chica se mantuvo en silencio para luego fijar su mirada en Julieta.

—¿Usted estaba encerrada en el baño con... —alzó la vista y vio a Pablo, entrecerró los ojos y sacó conclusiones—. ¡Ese caballero!

—¡Me acosa! —La mujer alzó una ceja, lo meditó de nuevo y llamó a su compañera, contando en tono bajo lo que sucedía. Miguel giró a Julieta.

—¿En el baño...? —Preguntó Miguel—. ¡Madre mía! Nunca olvidaré este vuelo.

—¡Deja de reírte de mí! —Musitó—. Estaba en el baño y no sé por qué demonios la puerta se atascó, intenté abrir pero no pude. Al hacerlo, lo primero que vi fue a Pablo, que me empujó y entró. ¿Por qué? ¡Solo Dios lo sabe!

Las auxiliares de vuelo se miraron y luego a Julieta, sin perder más tiempo una se dirigió hasta la fila de Pablo y con una gran sonrisa se hizo cargo de sus objetos. Sin perder la compostura ni las buenas maneras en ningún momento, volvió hacia donde Julieta se encontraba.

—Un consejo, si alguno de los dos siguen molestando, nos veremos en la obligación de comunicárselo a capitán y él tomará medidas. Disfruten del resto del trayecto —volvió a sonreírles y siguió su camino a través del pasillo.

Miguel estalló en carcajadas ante la perplejidad de Julieta tras tal advertencia. La joven arrugó la nariz y cerró los ojos deseando que el vuelo fuera lo más deprisa posible.

—Definitivamente, uno de los mejores vuelos de mi vida —Julieta de reojo lanzó una mirada asesina a Miguel y tras conectar su *iPad* dio por finalizada la conversación. Se dispuso a olvidar aquella loca hora de su vida.

Por suerte para ella, el vuelo transcurrió sin ningún otro incidente. Una vez el avión tomo tierra Julieta se dispuso a hacer uso de los servicios del aeropuerto, pidió a Miguel que la esperase y le dejó cuidando de sus cosas mientras ella se hacía cargo de sus necesidades. Se lavó las manos y mientras observaba su reflejo en el espejo, meditó sobre su actitud durante el vuelo y no tuvo más remedio que darle la razón a su amigo.

Pablo la descolocaba, era un hombre seguro de lo que quería y disfrutaba de la vida de una manera extraña. Tenía mucha curiosidad por saber qué hacía en Edimburgo. Evidentemente, no iba a preguntarle, después del desplante que le hizo, ¿o tal vez sí?

Miró fijamente su reflejo y decidió sentirse de nuevo bien, controlar la situación usando el arma más poderosa que tenía, el ser mujer. Buscó el maquillaje dentro de su bolso y se retocó, se quitó la coleta dejando que su largo pelo negro cayera suelto alrededor de su rostro, y se acomodó el jersey a pesar del frío. Solo serían unos segundos y mucho tendría que equivocarse si, el macho alfa no veía las señales y desplegaba toda su galantería. Volvió a respirar hondo y salió del baño.

Buscó a Pablo a lo largo de la terminal y no encontró ni rastro. Julieta se sintió ridícula y culpó a Milagros por engancharla a aquellas series dramáticas de la televisión, divisó a Miguel a lo lejos, y se acercó cabizbaja a recoger su maleta.

—Lucas nos espera afuera —la informó su amigo con una gran sonrisa—. ¡Hace frío! —dijo divertido.

—Estamos en Edimburgo —añadió Julieta

—No lo digo por eso —añadió incomodo con una sonrisa.

Julieta frunció el cejo y Miguel se frotó la nuca, señaló con un movimiento de cabeza el pecho de Julieta mientras apartaba la mirada. Ella siguió con la mirada la ruta que había trazado Miguel y quiso desaparecer al ver sus pezones como dos astas de bandera, se puso el abrigo y antes que Miguel soltara alguna tontería, inquirió.

—Cosas de chicas, como si fuera la primera vez que ves algo así —Miguel se carcajeó y cuando pudo recomponerse le quitó el equipaje de las manos para aprovecharse y seguirla chinchando.

—Si bien he podido disfrutar en otras ocasiones, ver lo que se dice ver... — Julieta intervino antes de que su amigo siguiera.

—Mejor cállate antes de que te quite esa sonrisa de pervertido con una bofetada. Ya hemos dado un espectáculo digno de un culebrón hoy —su amigo volvió a reír y emprendieron el camino hacia la salida.

Julieta estaba cansada y avergonzada por el viaje y por haber llamado la atención de un hombre. Y ahora tendría que soportar el resto de la semana las puyas sobre sus pezones.

Maldijo a Pablo mil veces mientras seguían con su recorrido y buscaron por toda la terminal a su hermano y al divisarlo su cuerpo se congeló por completo.

—¿Qué coño hace Lucas con Pablo?

6

JULIETA NO ERA una mujer dada a soltar tacos. Incluso se atrevería a asegurar, que era la primera vez que lo hacía delante de Miguel. Negó varias veces con la cabeza sin entender la situación. ¿Por qué estaba Pablo con su hermano?

—¡Por fin os veo! —dijo Lucas alegre mientras se acercaba—. ¿No le das un abrazo a tu hermano mayor? —Julieta salió de su ensimismamiento.

—Creo que mi presencia la altera —soltó sin más Pablo. Julieta apretó los labios con fuerza y se giró hacia su hermano. Componiendo la mejor sonrisa que podía ofrecer.

—¡Lu! —exclamó dando un saltito. Se abalanzó a él con fuerza y este la sostuvo en un gran abrazo—. Te he echado de menos.

—Ya veo —respondió con ironía—. Y dime, ¿de dónde os conocéis?

—Tan directo como siempre —añadió Miguel saludando a Lucas.

—Directo no, solo que... —Julieta lo interrumpió, ante lo que se le avecinaba.

—Somos conocidos, ¿dónde está el coche?

Lucas de reojo vio cómo su hermana arrugaba la nariz, si bien siempre había sido algo distante con los hombres, esta vez, era demasiado borde.

—Dónde crees que debe estar July —le dijo con sarcasmo examinando con detalle cada movimiento de su hermana. Julieta resopló incomoda ante la presencia de Pablo y Lucas paseó la mirada de uno al otro sin comprender.

Por una vez, sin querer alargar más la situación, Pablo decidió que era hora de retirarse.

—Me ha alegrado verte, amigo —Lucas parpadeó se dirigió una vez más a su amigo antes de que desapareciera.

—¿Pablo, tienes con quien ir a la ciudad?

—¡Claro que debe...! —enfaticó Julieta y Lucas alzó una ceja mirándola con atención.

Julieta se reprendió por su impulso, el rostro de su hermano mostraba confusión ante su actitud y se dio una palmada mental por no medir sus actos antes de hacer nada.

—Iba de camino para alquilar un coche —respondió Pablo malhumorado por la actitud desagradable de la doctora. Tiempo atrás, había dejado de ser divertido —, cuando te vi.

—¿¡Alquilar!?! ¡Venga hombre! —Se quejó Lucas—. Te acercamos, ¿la misma dirección de siempre?

—Sí, es el mismo piso que alquila la compañía.

—¿Compañía? —preguntó Julieta

—Pablo es compañero de trabajo —explicó Lucas a una sorprendida Julieta, que había palidecido y su curiosidad aumentó ante aquella actitud.

—Viene varias veces al año a las reuniones de proyectos que la compañía tiene en otros países —Lucas mantuvo la mirada centrada en su hermana que estaba inmóvil y con los ojos muy abiertos.

—No hace falta Lucas, gracias.

—No quiero excusa, te llevaremos nosotros —concluyó sonriente.

Julieta alzó sus cejas y Miguel esperaba su contrataque, desconocía la amistad de Lucas y Pablo, pero la actitud de Julieta era lo que le importaba. De nuevo quería reír, era innegable, a su amiga le afectaba todo lo que tuviera que ver con Pablo.

Julieta se debatió en si tenía o no que decir algo al respecto y al final se giró sobre los talones tras decidir mantenerse en silencio.

—Te espero en los aparcamientos, estoy cansada —dijo a su hermano y se alejó. El protestar, implicaba que Lucas empezara a hacerse preguntas, y no; no era momento.

Los tres hombres la observaron desconcertados y Lucas giró a Miguel para preguntarle curioso.

—¿Qué demonios le has hecho?

—¿Yo? —Se carcajeó enseguida—. En el caso de que alguien le hubiera hecho algo, sería aquí el amigo —Lucas parpadeó y quiso indagar más en el asunto, quería una respuesta, pero decidió esperar todo tenía su momento.

—Mejor vámonos, antes de que nos envíe a su lista negra —remató Miguel con cierta ironía.

Lucas siguió el consejo de su amigo y siguieron la estela de su hermana, camino del aparcamiento.

Julieta estaba completamente perdida en sus pensamientos mientras trataba de

encontrar algunas respuestas lógicas al vendaval de preguntas que le haría su hermano.

Tenían que ser creíbles para que le diera la vuelta al asunto y no descubriera más de lo que ella quería contar como siempre hacía. «*Julieta deja salir a la doctora Cameron y verás que será rápido, lo dejaremos donde pida y hasta luego Pablo*».

Pero en el coche Miguel no la perdonó, la obligó sentarse en la parte de atrás con Pablo y una vez en camino, Lucas fue muy consciente de la tensión que invadía el ambiente. No podía seguir callado, era el único que no estaba al tanto de lo que ocurría. El problema, era cómo sonsacarle a su hermana las palabras para enterarse de que iba todo aquel embrollo. Una pequeña sonrisa apareció en su rostro «*con el truco más viejo*» se dijo, «*chincharla*».

—Miguel, ¿hubo algún conflicto en Bruselas para que Reino Unido y España estuviesen en tensión? —Julieta resopló y Miguel se echó a reír, pero esa indirecta no sirvió de nada, Julieta se contenía y no entraba al trapo así que fue a por el otro implicado, Pablo.

—Pablo me gustaría saber, ¿qué has hecho para que Ju te haya puesto en la lista negra? —Julieta intervino, era el segundo ataque y lo que menos deseaba era tener que hacer el trayecto del aeropuerto a Edimburgo con las indirectas de su hermano.

—Verás, resulta que... —levantó la mirada captando de reojo el retrovisor y al encontrarse con mirada de su hermano sintió como su rabia comenzaba a aumentaba—. Nada, ¡paso de vosotros!

Los dos hombres rieron y Julieta cambió la palidez de sus mejillas a una rojez intensa. Pablo se dio cuenta de lo incómoda que estaba Julieta y de que Lucas y Miguel no la dejarían en paz hasta que ella cediese y contase lo que había ocurrido. Pablo se apiadó de la muchacha y optó por ayudarla.

—Voy a serte sincero. He sido un poco grosero desde la primera vez que la vi. Le grité por ayudarme —Lucas cambió su semblante y miró a ambos por el retrovisor para percatarse de como Pablo fijó sus ojos en Julieta que mantenía su mirada perdida en el paisaje.

Miró por el espejo lateral y la expresión que tenía su hermana era de sorpresa, la respuesta que ambos reflejaron en sus caras, no le gustó.

—¿Y cómo te ayudó? —preguntó de nuevo.

—Jugando al *hockey* me disloqué el hombro. Ella me atendió en urgencias, estaba un poco ido por el dolor y la pagué con ella.

—Disculpad —interrumpió Julieta—. ¿Eso fue antes de que me vomitaras o

después de todas las estupideces que dijiste?

Miguel se volteó divertido, con lo que terminó ganándose una mala mirada por parte de Julieta y no le importó, tenía la misma curiosidad que Lucas, conocía la versión de Julieta y quería escuchar la de Pablo.

—Da gracias a que estaba borracho —respondió Pablo ante el ataque.

—Es cierto—recordó Julieta—, casi lo olvido, para quitarse el dolor se bebió una botella de ron —los tres hombres rieron.

—¡No me jodas! —Soltó Lucas divertido—. Apoyo a Pablo —señaló—, parar un partido por un hombro dislocado es una putada. Yo también lo hubiera hecho.

—¡Oh, por favor, Lucas! —amonestó Julieta—. No juegas a *hockey*.

—Pero juego al *rugby* y la adrenalina manda —respondió dando la razón a su amigo y de nuevo pilló a ambos mirarse de reojo a través del retrovisor. Una idea apareció de nuevo rápida en su mente, pero de inmediato se apresuró a negar aquella posibilidad.

—¿Pablo, hasta cuándo estarás en la ciudad? —Lucas quería saber cómo reaccionaría Julieta o como le afectaría si pudiesen encontrarse en otro lugar.

—Dos semanas.

—¡Genial! El sábado tenemos partido y podemos poner a prueba ese hombro tuyo, a ver como ha quedado ese hombro.

—¡De ninguna manera! —Protestó Julieta, Lucas la miró por el retrovisor, se había delatado y en cuanto dejaran a Pablo en su destino, no la dejaría en paz hasta comprobar su teoría.

Julieta se mordió el labio con fuerza, Lucas le había tendido una trampa, su mirada lo delataba. Tenía que darle una respuesta como médico y de alguna manera escapar de todo aquello.

—No está recuperado del todo y no puede volver a lastimarse —pensó si debería agregar algo más, pero optó por guardar silencio.

—¡Habló la doctora! —Chinchó Lucas de nuevo.

—Y traumatóloga —respondió orgullosa e irguiendo el mentón—. Mi deber es aconsejarlo, a pesar de que, no quiera escucharme —miró a Pablo directamente y con mucho esfuerzo mantuvo su papel de profesional—. Si quieres quedarte sin poder jugar de por vida, ve. Diviértete y lesiónate de nuevo.

Pablo ladeó la cabeza y la observó con intensidad. De alguna manera, en aquella ocasión, sus palabras no tenían aquel toque irónico que solía tener. Julieta rápidamente volvió a mirar por la ventana evitándolo. La curiosidad regresó al querer saber los pensamientos que estarían pasando por esa linda cabeza, tendría que barajar varias hipótesis y estaba demasiado cansado para

hacerlo en ese momento.

—Entendido *doc*, espero poder tener una nueva cita con una magnífica doctora como usted. Se nota a leguas su profesionalidad dentro y fuera del trabajo. La dedicación y preocupación por sus pacientes cuando le conviene, es ejemplar.

El silencio se hizo en el coche y Julieta inspiró con fuerza al escuchar como los tres hombres se reían a carcajadas.

—¡Ni lo sueñes! —Farfulló y se arrepintió de su respuesta ponzoñosa al instante.

Estaba cansada de ese juego psicológico y no tenía fuerzas para comenzar una conversación sarcástica con Pablo de nuevo.

Era como si en ese momento, los tres hombres se hubieran puesto de acuerdo para acribillarle a preguntas, no quería seguir hablando de ello.

Buscó en su bolso su IPod, dándoles a los tres hombres una mirada asesina, sabiendo que era una actitud infantil y una mala defensa ante lo desarmada que se sentía.

Pablo rio y ladeó de nuevo su rostro, lo estaba logrando, estaba encontrando su punto débil y en un arranque de los suyos soltó.

—*Las palabras están llenas de falsedad o de arte; la mirada es el lenguaje del corazón.*

«*Lo ha hecho de nuevo*» se dijo Julieta en aquella ocasión, delante de su hermano. «*¿Por qué?*» Se preguntaba una y otra vez. Tenía que pensar en todos los trastornos psiquiátricos que conocía y encontrar un posible diagnóstico. Encontraría el modo de que aquello se detuviera.

Lucas sorprendido vio cómo Julieta apretaba los dientes con fuerza, en cuanto dejaran a su compañero iría al grano y averiguaría que estaba ocurriendo, el rollo de doctora paciente, no se lo creía.

Que Pablo se atreviese a citar a *Shakespeare* era señal de la confianza que existía, tal vez, su hermana le estaba ocultando la gran verdad, como que había algo más entre ellos que una mera coincidencia.

Las pocas veces que Lucas había hablado sobre su hermana en el trabajo, nunca dijo su nombre ni hizo ninguna referencia a la particular situación que vivió en el instituto y a pesar de que, Pablo y él se habían hecho buenos amigos, en ningún momento había nombrado a Julieta.

Nunca habían coincidido cuando él iba a España. «*¿Qué extraño?*» se dijo y

siguió navegando entre sus pensamientos buscando encontrar alguna respuesta a lo ocurrido segundos atrás.

—Ju, mañana visitaremos a Agnes —dijo Miguel, rompiendo el silencio que se adueñado del coche tras la espontanea cita shakesperiana.

Julieta apuntó en su memoria agradecer a Miguel más tarde aquel cambio de tema, él sabía cuánto le afectaba que Pablo le hablara de aquella forma. Si Pablo buscaba ganarse su simpatía, estaba haciendo todo lo contrario.

—¿Visitaremos? —Repitió Lucas con sorna—. No creo que Agnes Cameron quiera verte después de tu huida magistral.

—¡Vaya! Y yo que pensaba que ambos nos habíamos divertido —se defendió Miguel—. Que recuerde fuiste participe de manera consciente y activa. ¿Cuál era su nombre?

—¡Eres un idiota! —Les reprendió Julieta ofendida. Miguel volvió a reír a carcajadas. Si hace cinco minutos atrás Miguel había sido su héroe, en ese instante se convertía en el típico gilipollas que se aprovechaba del momento.

—¿Qué tal si invitamos a Pablo? —añadió Lucas tanteando de nuevo aquel terreno desconocido.

—¿A dónde? —Pregunto Julieta sin creer lo que su hermano acababa de sugerir.

—¡A dónde más hermanita! A casa de Agnes. Está en un país desconocido y como buenos escoceses debemos ser grandes anfitriones —sus miradas chocaron en el retrovisor, la de él era divertida y la de ella era pánico.

—No somos amigos —recalcó Julieta.

—Por qué no quieres —respondió Pablo al instante. Julieta cansada de ese pequeño linchamiento se tapó la cara.

—También conocería a Caris —incitó Lucas—, y tal vez, termine invitándolo al *pub* —sugirió esperando la reacción de dos de las cuatro personas que iban en su coche.

Caris estaba perdidamente enamorada de Miguel y su amigo de ella, pero una pelea y las estúpidas dudas lograron que esa relación nunca cuajara y se mantuvieran separados.

Miguel hizo un gesto de desagrado ante la indirecta de Lucas.

—¿Crees que la persona que tienes al lado aceptaría que sucediera algo con otro individuo que no fuera él? —preguntó Julieta y Lucas rio.

—Sinceramente la persona que tengo a mi lado aun no tengo claro a qué vino —Julieta suspiró aliviada, su hermano había buscado otro blanco y Miguel lo estaba fulminando con la mirada.

—Mis motivos para venir son privados y Ju, no cantes victoria, porque yo no voy a entrar al trapo —advirtió Miguel—. Lucas ha sugerido llevar a Pablo a casa de los Cameron, iba negarme en solidaridad a lo que ha ocurrido en el avión, pero has escogido ponerte del lado de oscuro —Julieta se carcajeó con sinceridad.

—¡Bien Pablo, vas a conocer a Agnes Cameron! —dijo Julieta muy alegre y se giró hacia Pablo con sonrisa maliciosa.

—Aquel que se meta con sus nietas conocerá la ira de una escocesa de las montañas altas —Lucas rio sin parar y Pablo giró desconcertado ante esa amenaza tan ridícula.

—En definitiva —dijo Julieta—, yo de ti, no iría.

Esa mujer lo iba a volver loco, sus cambios de carácter lo desconcertaban. Momentos atrás había sido temperamental para pasar a ser una fría doctora y después sonreía. ¡Sonreía!

«*Soy un trozo de pan*» se dijo a sí mismo «*mis amigas siempre lo dicen*». Negó con la cabeza y casi sonreía, pero ese ataque continuo estaba sacándolo de sus casillas y era el momento de parar todo aquello de una vez por todas.

—¿Tanto te molesta mi presencia? —Preguntó Pablo yendo al grano. Estaba seguro de que nunca tendría la posibilidad de salir con ella, pero esa pequeña guerra que mantenían entre ellos estaba llegando a un punto de no retorno.

Julieta suspiró, Pablo era un ligón y zalamero, si quería conocer a su abuela Agnes y hacerse el gracioso, que lo hiciera.

—Tienes razón, debes venir —dijo finalmente—. Caris se alegrará conocer una cara nueva entre los amigos de Lucas.

Miguel se giró y la fulminó con la mirada. Julieta le correspondió con una enorme sonrisa, que se ensanchó al imaginar cómo sería el peor almuerzo que tendría Pablo Olivas en su vida.

JULIETA NO DEJABA de rememorar en su cabeza las últimas palabras entre Lucas y Pablo. «*Pablo, sobre la doce pasaremos a por ti*». «*Sera un placer conocer a tu prima*» respondió el aludido.

«*¡Ja!*», se dijo a sí misma cuando una puntada de celos apareció y eso, hizo que se detuvieran sus pensamientos. «*¡No! No puedo estar celosa por ese idiota*».

Si quería coquetear con Caris que lo hiciera; al fin al cabo, Charles, su primo, se encargaría del galán. Y tal vez le diera también su ración a Miguel, si los MacArthur dejaban algo. Y es que su primo tenía muy arraigada sus raíces bárbaras y el hombre de las cavernas que tenía dentro le reprochaban a Lucas por dejar que Julieta saliera sin que alguien de la familia que la acompañara. ¿Vivir sola en Madrid? ¡Sacrilégio!

Eran familia, un clan y debían mantenerse juntos. Físicamente, Julieta era distinta a todos ellos: tenía los ojos de su padre, azules como el cielo que contrastaban con su piel y una larga melena negra. En todas las fotos de su infancia, destacaba entre tantas cabezas pelirrojas o castañas y debido a eso, cuando volvía en verano, aparecían de la nada admiradores con kilt.

Sonrió al recordar a su primo Charles echando a todos aquellos pretendientes la calle por no ser suficientemente dignos. Todos sabían que solo lo hacía para fanfarronear. Los recuerdos de las veces que Charles, con orgullo, promulgaba que era un MacArthur, importante linaje de las tierras altas, le hacían sonreír.

Volvió a pensar en su tormento particular y concluyó que si para él era divertido coquetear con Caris, era mejor que su mellizo no se enterara, la situación resultante de este hecho podría ser muy interesante.

Lucas observaba a su hermana distraída, estaba acostumbrado a ver como Julieta decía no a todos hombres que se interesaban en ella, en muchas ocasiones había apostado con Miguel cuánto tiempo tardaría en espantarlos.

Estaba convencido de que todo aquello de rechazar a los hombres tenía que ver con algo más profundo, pero por mucho que había intentado que le contase lo que realmente ocurría, jamás lo hizo. Y no tuvo más remedio que aceptar la manera en que su hermana manejaba la situación y divertirse desde la barrera. Sin embargo, con Pablo era más hostil que con cualquier otro chico que la había visto tratar hasta ahora.

«¿Y si han estado saliendo y yo no me he enterado?» No, eso no podía ser entre Julieta y él nunca había habido secretos, puede que algunas veces se ocultaran cosas pequeñas pero no algo de este tipo. Si ese fuera el caso, iba a tener que empezar a preocuparse, conocía muy bien las hazañas de Pablo. Aunque de algo estaba seguro, Pablo no era ni por asomo el tipo de Julieta Fiammata Asto Cameron Trejo.

Otro cosa más de la que preocuparse «*Cómo si no tuviera más cosas de las que preocuparme*». Se arrepentía de haber aceptado la visita de Miguel, en reiteradas ocasiones su amigo había hablado de volver a la ciudad.

Miguel le había dicho que pretendía reconquistar a Caris y si aquello era verdad, Charles lo mataría. Había defendido a su amigo en muchas ocasiones frente a su primo e incluso consiguió evitar, por los pelos, que Charles viajara a Madrid para romperle las piernas cuando Miguel había hecho llorar a su hermana melliza. Suspiró en alto ante la perspectiva de lo que se le venía encima las próximas dos semanas. Tal vez aquello le vendría bien, así mantendría la mente ocupada y dejaría de pensar en Leslie.

Julieta entró en la cocina donde ambos hombres estaban en torno a la mesa y se sentó en la encimera. Su hermano bromeaba con Miguel preparándose para una velada frente a un botellín de cerveza y ella vio la oportunidad para vengarse de Lucas por la escena que había montado en el coche.

—Mi intuición me dice que a esta casa le falta un toque femenino con urgencia —Julieta trató de llamar la atención de ambos hombres mirando a su alrededor con atención.

Lucas se levantó para sacar unas cervezas del frigorífico y se detuvo tras las palabras de su hermana. Fijó su mirada en Julieta y por unos segundos dudó si alguno de sus primos se había ido de la lengua. Pero los mellizos habían prometido mantenerle el secreto hasta que Lucas se lo contara él mismo a su hermana.

Y es que contarle a su hermanita que estaba enamorado de una chica que lo

odiaba por haberse acostado con otra, lo mandaría directo a la lista negra de Julieta.

Muchas veces había maldecido aquel día que se dejó llevar por la testosterona y la había cagado por completo. Miguel tomó la cerveza que su amigo le ofrecía y aprovechó la situación también a su favor.

—¡Así que quieres tener cuñada! —Añadió con una sonrisa—. Puedo presentarle a algunas candidatas.

Miguel ignoró la mirada cargada de promesas homicidas que le dirigió su amigo y destapó la cerveza con una ligera sonrisa a sabiendas que había jorobado un poco a su amigo.

—¡Muy gracioso! Se de un pub que tiene noche de cómicos, seguro que te contratarían seguro. Así aprovecharías esta visita para encontrar un trabajo. Aunque te aconsejo alguna máscara, creo recordar que la última vez que paseé por la ciudad, vi un cartel con tu cara y el titular de se busca.

Miguel se atragantó con la cerveza y miró a Julieta pidiendo ayuda, ella había empezado todo aquello. Pero los Cameron simplemente se miraron comenzaron a reír a carcajadas.

—Pensándolo bien, no estaría mal —dijo Julieta cuando por fin se recuperó—. Buscaremos en Facebook. Tal vez, logremos hacer un *reality* como en la televisión norteamericana —Lucas levantó una ceja, bebió un largo trago e intervino.

—No sabía que mi vida amorosa os preocupara tanto y fuera tema de conversación.

Miguel y Julieta rieron ante el fallido intento de desviar la conversación que había hecho Lucas.

—¿Julieta, crees que tu hermano está preparado para dar un paso de ese calibre? —A Lucas cada vez le parecía menos graciosa la situación. En vez de obtener respuestas, eran ellos lo que estaban usando sus tácticas en su contra.

—Sí, creo que a esta casa le falta un buen toque femenino —respondió Julieta fijando sus ojos en su hermano.

El aludido empezaba a entender por qué Miguel buscaba que toda la atención de la conversación recayera en Lucas. Pero como digno heredero del linaje de los Cameron, sabía esconder sus sentimientos demasiado bien, incluso de su hermana. Y aunque ambos hermanos estaban deseosos de saber que ocurría en la vida del otro, ninguno de los dos iba a ceder tan pronto y la estrategia de ambos era: evitar ser directos y rodear el asunto. Pero Julieta estaba a punto de perder la paciencia y fue la primera en dar el paso.

—No sabía que le tuvieras miedo a las mujeres mayores de treinta.

«*Qué graciosa se ha vuelto Ju de repente*» se dijo Lucas para sí mismo, era hora de poner punto final a todo aquello antes de que se le escapara de las manos a alguno de los tres.

—No es cuestión de miedo es de sabiduría —esperaba haber finalizado aquella conversación con aquella respuesta—. Creo que todavía tengo tiempo para seguir con mis votos de castidad —la cara de Julieta cambió por completo.

—No me hagas reír —respondió su hermana con sarcasmo—. Tienes de casto lo mismo que yo de rubia —Miguel se carcajeó, observando como los hermanos Cameron tenían una pequeña batalla verbal buscando desvelar los secreto del otro.

Mientras discutían, estaban distraídos y poco centrados en sonsacarle, a Miguel, el motivo por el cual había vuelto a Edimburgo. Lo que él no tenía del todo claro era como lo haría para conseguir que Caris le concediera al menos cinco minutos, necesitaba elaborar un plan, solo tenía una sola carta que jugar. Una oportunidad y no necesitaba ser muy listo para saber que Lucas y Pablo estaban cometiendo los mismos errores que cometió él un año atrás. No era el único que necesitaba ayuda para abrir los ojos.

—Lucas —dijo llamando la atención de su amigo—. Deja de mentir —Lucas se giró hacia Miguel advirtiéndole con la mirada que no se pasara de la raya.

—¡Eres un chivato! —le gritó Lucas viéndose atrapado. Julieta abrió la boca sorprendida mientras mirada primero a Miguel y luego a su hermano.

—¿¡Tienes novia!?

—No —dijo con rotundidad.

—Entonces, ¿por qué has llamado chivato a Miguel? —Lucas se giró y le dio un largo trago a su cerveza sin mirar a ninguno de los dos.

—Miguel, ¡cuéntamelo tú! ¿Quién es? ¿De dónde es? ¿Cómo se llama?

—Me recuerdas a una canción. ¿De quién era?

—¡Miguel, no te hagas el idiota! —Refunfuñó Julieta. Bajó de la encimera y se encaró a su amigo, esperando una respuesta.

—Está bien, Lucas... —Lucas la interrumpió. Cuando su hermana era persistente no existía poder humano que la convenciera para cambiar de actitud.

—Haremos un trato, te contaré quien es, si tú me cuentas que te traes con Pablo.

«*¿Cómo le hago entender a Lucas que no existe nada?*» «*¿Cómo me hago entender a mí misma que no quiero que pase nada?*» se preguntó a sí misma.

Pablo no tenía ninguna cualidad de las que ella siempre imaginó de su hombre ideal, incluso estaba convencida que solo la chinchaba para entretenerse. ¿Cómo explicar sino lo de las citas y frases de *Shakespeare*? No tenía ni idea.

—Ya te lo he dicho. Lo conocí en el hospital solo lo he visto en un par de ocasiones, dos en el consultorio y otra en... —cerró los ojos, explicarle a su hermano el encuentro aquella noche de copas era un poco complicado. Se reprendió una vez más por no haber ignorado a Gerard esa noche.

—Ju, ¿dónde más?

—No recuerdo ahora —mover la mano en el aire fingiendo que no tenía importancia. Lucas mantuvo la mirada en ella, ahora más convencido que nunca de que algo le ocultaba.

—Te gusta de verdad.

—¿¡Qué! —Alzó la voz Julieta—. De todas las cosas absurdas que podías decir, ¡esa es la más ridícula de todas! Aca... —titubeó indignada intentando recomponerse—. Ya nos has visto juntos, no pegamos ni con cola. Y... Y... No nos llevamos bien.

Miguel suspiró mentalmente, Julieta se escondía. Había llegado a tener un mínimo de esperanza cuando Julieta empezó a hablar sobre Pablo, pero de nuevo la joven volvía a esconderse en su zona de confort.

Era el momento que pasara página y si funcionaba o no con Pablo, Julieta no lo sabría hasta comprobarlo. Miguel la quería como una hermana. Deseaba que fuera feliz y aunque pasara a engrosar la lista negra de la doctora iba a hacer que Julieta viera lo que tenía en algún rincón de su corazón y se negaba a ver.

—En el avión lo vi —Julieta se giró hacia Miguel, sorprendida.

—¿En el avión? —Preguntó Lucas. Julieta entró en estado de pánico, se sentía acorralada y todo por un hombre que no había más que molestarla.

—¡No ocurrió nada! —Gritó exasperada— Está sacando todo de contexto.

—¡Uh huh! —Entonó Miguel—. Ya que Julieta no va a abrir la boca, te haré un pequeño resumen —Julieta se tapó la cara, negando con la cabeza para detener a su amigo—. Dentro del avión estaban discutiendo, luego terminaron encerrados en el aseo, haciendo quién sabe qué. Y no conforme con eso, Pablo hizo una declaración de amor muy teatral con un casi beso y terminó la función con una carta de amor.

Julieta parpadeó varias veces y fue la primera en reaccionar de los hermanos Cameron.

—¡Serás capullo! —Los labios de Miguel imitaron la sonrisa de Alucard el hijo de Drácula. Intentando sosegarla quiso darle un abrazo, que Julieta rechazó.

—No, no te acerques, me has traicionado.

—¿Traicionar? —Preguntó Lucas incrédulo—. ¡Tendrías que habérmelo contado! Hablaré con Pablo, quiero saber qué coño se trae entre manos.

—¡Lucas Cameron! —Le advirtió Julieta—. No le dirás ni mu o no iré al almuerzo de Agnes y tendrás que justificar mi ausencia ante la abuela, Yo me encargaré de Pablo.

—¡Te gusta! —Aseguró Lucas señalándola con el dedo.

Julieta no dijo nada pero un leve rubor le tiñó las mejillas. Se mordía el labio con fuerza y sus ojos reflejaban su estado de confusión.

Julieta necesitaba escapar de allí rápidamente. Lo pensó unos segundos intentando encontrar una réplica apropiada para defender su posición. Pero estaba acorralarla y se estaba quedando sin respuestas lógicas. Lanzó una mala mirada a Miguel y salió de la cocina sin decir una palabra más.

Miguel no dejó pasar la ocasión para empujar de nuevo a Julieta fuera de su zona de confort donde se había escondido durante demasiado tiempo.

—Adiós, Ju, hasta mañana. ¡Que tengas dulces sueños con Pablo!

—¡Vete al infierno! —gritó ella muy cabreada desde el pasillo.

Ella no había hecho nada para que Miguel soltara esas acusaciones. ¡A ella no le gustaba Pablo! Y mucho menos iba a soñar con él aquella noche.

Los hombres se miraron de nuevo. Miguel intentó quitarle importancia al asunto y chocó su botella con la de su amigo.

—¡Por Julieta! Al fin ha encontrado un digno rival.

—¡Pablo Oliva! —dijo Lucas incrédulo en voz alta—. De todos los hombres de Madrid, tenía que ser él.

—¡Oye! Al menos sabemos que tu hermana tiene corazón —Lucas levantó una ceja.

—¡Hermano! Sé que tienes un gran cariño por Julieta, pero estás aquí por otra Cameron de pelo rojizo.

—¿Qué tal si vamos a por una copa? —Preguntó Miguel.

—Por supuesto, es hora de que tú y yo aclaremos unas cuantas cosas —por la mirada que le lanzó Lucas, era el momento de pedirle ayuda.

«¿Por qué? ¿Por qué había tenido que volver a encontrárselo?» Se preguntaba Julieta una y otra vez. Sus cortas vacaciones se estaban convirtiendo en un desastre y apenas habían empezado.

Gruñó y gritó contra la almohada varios improperios que jamás creyó que podía decir. «Sin tan solo supiera el número de Pablo... —pensó para sí misma—

podría amenazarlo y conseguir que no se atreviera ir a la comida o podría advertirle que si se presentaba a la cita lo denunciaría por acoso». ¿Pero cómo podía conseguirlo?

¡Lucas siempre hacía una copia de seguridad de su móvil en su portátil! Julieta salió a hurtadillas de la habitación y comprobó que no había moros en la costa, fue directa a la habitación y lo que encontró fue aún mejor que el ordenador, el móvil de su hermano la esperaba sobre la cama.

¿Por qué lo había dejado en casa? Era un misterio. Para Lucas su móvil era su tesoro, algo sin lo que no podía vivir. Pero al parecer ese día estaba distraído. Lo desbloqueó y gritó sorprendida al ver que la pantalla se encendía.

Busco a toda prisa el número y al no tener nada para anotar y sin saber si en cualquier momento Lucas volvería a por su móvil, optó por intentar memorizar el número.

Lo dejó tal como lo había encontrado, salió rápido de la habitación directa hacia su bolso para sacar su móvil y anotó varias combinaciones de números dado que no estaba segura de la última cifra.

«*Bien Julieta, allá vamos*» Se cruzó de piernas sobre la cama y comenzó a tamborilear los dedos en su muslo, pesando en que podía decirle.

Pablo, deberías desistir en ir a la comida de mañana.

El resultado fue desastroso, los tres primeros mensajes que mando, fueron respondidos por mensajes cortantes. Al cuarto intento recibió una llamada de un número desconocido y en la quinta combinación no hubo respuesta inmediata. Se lanzó a la cama y gritó.

—¡Dios! ¿Por qué tengo ideas tan absurdas?

Tras despedirse de Lucas y su extraña, pero atrayente hermana Pablo necesitaba desconectar y que mejor opción, que visitar a su amiga Donna.

Donna estaba feliz de tenerlo de visita, tenía muchas cosas que contarle, y al parecer, Pablo estaba ausente, ni siquiera había prestado atención a su móvil cuando vibró.

Durante algún tiempo, habían sido más que amigos, pero su relación no funcionó y prefirieron sincerarse y mantener una estrecha amistad.

—¡Hey Pablo! —Chasqueó los dedos delante de él y Pablo parpadeó.

—Lo siento Donna, estaba en otro lugar.

—No hace falta que me lo digas —respondió con sarcasmo. Se levantó y volvió a la cocina.

Pablo se tapó la cabeza creyendo que Donna estaba cabreada. Por su parte Donna estaba nerviosa, Pablo sería el primero que conocería a su nuevo novio.

Lo había mantenido un poco en secreto, quería asegurarse de que era el hombre correcto. Era el momento de que Pablo lo conociera y le diera el visto bueno, regreso de la cocina con dos copas de vino y se sentó de nuevo a su lado.

—Estaba diciendo que está a punto de llegar Nab, espero que no estés en Marte, mientras estamos los tres hablando, por cierto, viene con su hermana.

Pablo respiró un poco más tranquilo cuando Donna le habló con normalidad. Sin embargo, cuando procesó lo de la hermana, la miró de reojo dándole a entender que no le gustaban las tretas y como siempre, Donna lo ignoró.

—¡Ahh, Pablo! Ese móvil tuyo hizo un sonido extraño. ¡Hazle caso! No sea que te pierdas un mensaje de la mujer que te tiene perdido en tus pensamientos.

Pablo resopló. Sacó el móvil del bolsillo y leyó el sms, dejándolo sin habla.

«¿Qué le pasaba a esa chica?» «¿Y cómo había conseguido su número?» Malhumorado como venía siendo frecuente durante los últimos días, se prometió que no iba a pasar ni una más. Guardó su número y le respondió deseando hacerla rabiar.

Me gustaría pensar que la mujer de este mensaje es de pelo negro, ojos azules impresionantes y sobre todo, me gustaría tenerla debajo de mí.

Rio, era bastante directo y con eso le daría una lección, pero prosiguió su mensaje antes de que las ideas le abandonaran.

Sé que lo estás deseando, muy a tu pesar, no puedo complacerte hoy, tal vez lo haga mañana después de esa comida a la cual pienso asistir, pero tranquila preciosa, lo bueno se hace de esperar.

Julieta no contestó y su frustración fue a más «¿Para qué demonios le escribiste Julieta Cameron?» se reprendió «Acabas de cometer una estupidez, has dejado que la desesperación pueda contigo» No tenía la menor idea de cómo solucionar aquel lío, cogió de nuevo su teléfono y llamó a la única persona que podría ayudarle, su prima Caris.

Pablo estuvo a punto de llamarla. La extraña necesidad, de escucharla le

invadió, acompañada de un enorme deseo de besarla.

Recordó como sus cuerpos se rozaron en la discoteca, olía tan bien y como lo tentaban sus labios. Zandeó la cabeza al escuchar la voz de nuevo de Donna.

—¡Pablo! Abre la puerta, o tendré que entrar a por ti.

—¡Deja tus conclusiones para otro! —Respondió cortando cualquier indicio de querer sonsacarle lo que estaba sucediendo, mientras una sonrisa asomaba en su rostro. Deseaba que llegase aquella comida de la discordia donde tenía solo una objetivo, besar de nuevo a su doctora preferida.

Julieta abrió los ojos y sonrió estar en Escocia siempre conseguía ponerla de buen humor. El sonido de los pájaros cantando al amanecer, el poder respirar aire puro de *Princess Street Gardens*, encontrarse con la amabilidad de sus vecinos y la cálida acogida de su abuela Agnes.

Pero la triste realidad se impuso: la comida en casa de su abuela que anhelaba desde hacía meses y estaría el hombre que estaba convirtiendo su vida en una pesadilla. Se tapó la cara intentando ahogar la frustración, aquella noche había soñado con Pablo y en ese sueño, habían discutido y luego había terminado en la cama, haciendo las paces con algo de sexo de reconciliación.

—¡Maldita sea! —farfulló golpeando el colchón y revolviéndose en la cama.

Ese mensaje la había alterado más de lo que creía y su cómoda vida, se estaba yendo por el desagüe por culpa de un desconocido. Se levantó para hacerse un café bien cargado y mientras se inyectaba su dosis diaria de cafeína, podía pensar en un plan para que la comida de hoy, fuera el peor día en la vida Pablo.

Abrió la despensa y resopló negando con la cabeza a las excentricidades de Lucas y el café, no tomaba cualquiera, tenía que ser de una de las mejores marcas del mundo y ecológico.

Al menos estaba siguiendo las recomendaciones que le había dado para que se cuidara, pero no como ella quería.

Lucas entró a la cocina, poco tiempo después de que pusiera la cafetera en marcha, con unos buenos días en los labios. Se acercó para darle un achuchón y fue esquivado por una Julieta aún enfadada por la escena de la noche anterior.

—¿Me has hecho la cobra? —La acusó estupefacto, Julieta se rio entre dientes.

«¿De dónde habrá sacado esa frase Lucas?»

Mantuvo su semblante serio, a pesar de que quería reír a carcajadas. Se sirvió una taza de café mientras meditaba si presionarle y preguntarle más detalles

sobre aquella vena dramática, aunque era mejor tomarle el pelo y que de vez en cuando probara su propia medicina.

—Creía que, la cobra solo se hacía cuando alguien quería besar a otro en la boca —indicó Julieta manteniendo la seriedad.

—¿Y cómo sabes eso? —Julieta puso sus brazos en jarras y le respondió aburrida.

—El que tú creas que nunca he tenido novio, no quiere decir que no sepa lo que hay —y sin más explicaciones dejó la taza en el fregadero tras un largo sorbo y salió de la cocina.

—Espera Ju —Lucas la detuvo antes de que puerta atravesar la puerta de la cocina—. ¡¿Me estás diciendo que te has estado enrollado por ahí?! —gritó tratando que su hermana se volviera y respondiera, pero Julieta no se detuvo. Salió de la cocina y lo ignoró.

Lucas se apoyó en la encimera pensando en aquella estúpida pregunta. Era obvio que su hermana había tenido sus... rolletes por ahí, era adulta, responsable, independiente y preciosa. Evidentemente había tenido más de un pretendiente.

Se estaba comportando como un verdadero cavernícola, había metido la pata y era tarde para disculparse. Tomó una taza y la llenó de café para tomarla de un solo trago sin detenerse a pensar en que estaba ardiendo.

—¡Hostias! —gritó—. ¡Julieta, podías a haberme dicho que estaba recién hecho! —Julieta curvó sus labios con malicia al escuchar a su hermano quejarse, se dio palmaditas imaginarias en el hombro y siguió de camino hacia la habitación.

Buscó una toalla y entró en el baño. Se quitó los pendientes que había pasado de generación en generación en su familia y que usaba siempre que iba a Edimburgo para complacer a su abuela y ahorrarse el: «*Julieta hay ciertas cosas de la familia que son más importante que mil tesoros juntos*» negó con la cabeza se fue a la ducha.

Mientras el agua se calentaba, repasó la conversación con su prima Caris, rio ella sola y tras escuchar su frustración, aceptó el desafío. Caris, le invitaría a unas copas en el *pub* y ahí, se llevaría, a Pablo, a su terreno haciendo que cayera en sus encantos.

Lo sentía por Miguel, pero Pablo había entrado en su vida sin ser invitado, si el plan salía como habían pensado las Cameron, de nuevo podría disfrutar de sus días e incluso visitar a sus primos en Durness sin la sombra del señor Olivas a sus espaldas.

Volvió a la habitación y la observó con el ceño fruncido, jamás entendería a Lucas. Se había empeñado en decorar la habitación y por mucho que le dijo que no era necesario, había insistido en que su habitación fuera única y vaya sí lo era.

Los colores de las paredes eran para una niña de cinco años, la cama tenía un cabezal que le recordaba a los órganos de las iglesias antiguas. El armario que solía ocupar, tenía una cantidad de colores y formas que eran demasiado estrafalarios, pero su hermano hacía oídos sordos a cualquier sugerencia sobre cambiar algo de la habitación.

Y ahora tenía que vérselas con aquel horrible escenario que la ponía de peor humor del que estaba. Soltó el aire y sacó un vestido gris de falda acampanada, unas medias y unas bailarinas negras junto a un cárdigan blanco, se maquilló y salió dispuesta a que las calles de su querida ciudad le hicieran olvidar que esa tarde, iba a compartir comida y familia con su peor pesadilla.

Pero al pisar la acera, recordó que había olvidado los pendientes, podía dejarlos pero aquello implicaría tener que darle explicaciones a Agnes sobre su paradero y desde que había pisado la ciudad, no había dejado de dar explicaciones.

De nuevo volvió a la casa para recogerlos del baño, abrió la puerta con ímpetu, sin llamar ni esperar a saber si había alguien dentro y lo primero que vio fue a un musculoso Miguel en pelotas.

—¡Oh, Dios! —gritó mientras se tapaba el rostro avergonzada.

—Parece que fuera la primera vez que ves a un hombre desnudo —dijo Miguel con una risita burlona.

—Una cosa es ver pacientes en el trabajo, y otra, ver a un amigo —respondió con la mano aun tapándole el rostro.

—Me siento ofendido —contestó con indignación fingida—. Es como si hubieras visto un monstruo —Julieta resopló y corto de cuajo aquella conversación surrealista.

—Necesito los pendientes que dejé en la repisa. ¿Puedes pasármelo? —Julieta estiró el brazo y extendió la mano esperando que Miguel le hiciera caso, pero nada llegó a su mano.

—¿No piensas darme los pendientes?

—No.

—¿Pero?... —Miguel se hizo a un lado.

—Estás dentro del baño, ya me has visto tal como vine al mundo. ¿¡Qué más da un poco de roce!? Dicen que el roce hace el cariño.

Julietta lo miró, deseando que todo fuera un sueño, uno que se convertía en una pesadilla. Pero era la realidad de su vida, en ese instante todo estaba resultando ser un maldito desastre.

—Los hombres creéis que las mujeres morimos por saber de qué tamaño la tenéis —murmuró indignada.

—La verdad es que nunca lo había pensado —la señaló con el dedo y con guasa soltó—. ¡Eres una picarona Julieta!

Miguel se tapó el miembro viril burlándose de ella, que miró de nuevo furtivamente.

Julietta se acercó en busca de sus pendientes y su cerebro le hizo una mala jugada, Miguel se dio cuenta y volvió a burlarse.

—¿Comprobado si la teoría es cierta?

Julietta se maldijo una y otra vez en silencio, recogió lo que había venido a buscar y recordó lo mal que lo pasó en el aeropuerto con sus pezones.

De alguna manera debía devolvérsela. Respiró hondo, le echó una mirada arriba abajo y fue hasta el espejo dispuesta a hacerle creer que no pasaba nada. Se puso los pendientes, y se arregló el flequillo antes de girarse hacia su amigo.

—Antes de que sueltes otra burrada, seré franca —volvió a mirarlo como si estuviera mirando un cuadro y no a su amigo desnudo—. Lamentablemente no me gustas —le cortó Miguel antes de que pudiera seguir.

—No hace falta que me lo recuerdes dulce J.C, sé quién te tiene descolocada —Julietta hizo un mohín, decidió ignorarlo y seguir con el discurso que tenía preparado.

—Estás aquí solo por una mujer pelirroja de muy mal genio y ten cuidado, puedo aliarme con su hermano —se giró y caminó hacia la puerta solo deteniéndose para cerrar antes de salir, mientras escuchaba las risas de Miguel, cerró los ojos pensando cómo diablos había terminado en semejante situación.

Dispuesta a irse para olvidar aquel incidente, chocó contra su hermano cuando salió al pasillo.

—¿Qué hacías en el baño?

Julietta se encogió de hombros, no era algo que pudiera contarle a su hermano.

—Había olvidado el tesoro de la familia.

—¿Con Miguel dentro?

—Sí, ¿cuál es el problema? Estoy acostumbrada a ver hombres desnudos —su hermano abrió los ojos ante la respuesta de Julieta y Miguel desde detrás de la puerta aclaró.

—¡Eres una mentirosa Julieta! Te va a crecer la nariz —Julietta arrugó su nariz

y respondió.

—¡Recuerda que soy traumatóloga! Y puedo pasarme al lado oscuro —Julieta le dedicó una sonrisa inocente a Lucas, dando por concluida la conversación antes de que el troglodita tuviera algo más que decir al respecto.

—Nos vemos en casa de Agnes, tengo un montón de cosas que hacer —dijo mientras pasaba junto a su hermano y salía a toda velocidad del lugar.

«*Julieta, no es la primera vez que ves un hombre desnudo*» se dijo en voz alta, recordando lo que había visto de su amigo. Ahora entendía por qué su prima suspiraba y lo odiaba a la vez.

Obligó a su gran imaginación a cambiar de pensamientos: lo primero era desayunar, luego iría a comprar un hermoso ramo a su abuela y se dirigiría a su casa con una enorme sonrisa.

Cogió el autobús para ir a una cafetería en el centro, una buena manera de reanudar su vida.

Caminó a través de la ciudad disfrutando de una temperatura agradable y se detuvo en un puesto de frutas y flores en el mercadillo, cerca del castillo y prosiguió su larga caminata hasta la *George IV Bridge*, donde se detuvo en la pastelería *Patisserie Valérie*. Era la cafetería perfecta para detenerse y comer algo.

Se sentó y cogió el menú, los aperitivos le hicieron agua la boca, aquello si era empezar sus cortas vacaciones con buen pie.

Saludó a sus vecinos de mesas y le dio los buenos días seguidos de una sonrisa y tuvo la misma respuesta, suspiró en alto de alegría. Sentimiento que se desvaneció al escuchar la voz de su tormento darle los buenos días.

«*¿Me habrá instalado algún chip para poder seguirme o algo?*» Buscaba desesperada una respuesta lógica, tratando de entender cómo ambos acabaron en el mismo sitio en una ciudad tan grande.

«*Tantas cafeterías por la zona y se le tuvo que antojar venir a la misma que yo*» se dijo frustrada, «*debí haber ido a Elefanth House*[\[1\]](#), prefería mil veces los curiosos turistas que estar en el mismo lugar que él».

El camarero se acercó y Julieta dudó si debía hablar. Si lo hacía, Pablo podría escucharla, seguro que se acercaría y no la dejaría en paz. Pero si no le indicaba lo que deseaba desayunar al camarero, tendría que levantarse y la vería de igual forma.

«*Julieta, ¿desde cuando eres tan insegura? Ten agallas*» se recriminó, «*pasa de ese hombre, ignóralo cómo lo has hecho hasta ahora, aunque un poco mejor*». El camarero que se acercó, era un joven común. Pensó que tal vez

coqueteando con otro hombre, si Pablo la llegase a ver se olvidaría de ella

—Hola, me encantaría tomar un delicioso Macchiato —pidió melosa con una sonrisa dulce. El joven camarero le sonrió siguiéndole el juego al coqueteo de Julieta—. ¿Qué me recomiendas para desayunar?

El chico le recomendó varias opciones, incluso le ofreció algunos pasteles que aún no estaban a la venta. Tristemente Julieta se dio cuenta de que lo que para ella no era más que un coqueteo, podía interpretarse como algo más de lo que ella podía ofrecer. Pero los movimientos de un Pablo acercándose a donde estaba ella sentada, la hicieron olvidarse por completo del hombre que estaba frente a ella tomando su pedido.

La cena de anoche en casa Donna fue un terrible dolor de estómago para Pablo, si bien la hermana del nuevo novio de su amiga era guapa, por culpa de una escocesa de pelo negro y piel aceitunada estuvo toda la velada de mal humor.

Con una excusa poco creíble pudo escabullirse y pasó la noche sin dormir por culpa de los dichosos mensajes, pensando en cómo acorralarla hasta que le dijera el motivo de por qué lo trataba de esa forma tan agresiva con él.

En un último intento de conciliar el sueño se levantó, se duchó y vistió. Necesitaba apaciguar sus pensamientos y olvidar a esa mujer que desde que apareció en su vida lo había vuelto del revés.

Se devanó los sesos buscando recordar, ¿cuándo habían sido amables el uno con el otro? Y se dio cuenta de que sus encuentros siempre terminaban en batallas verbales.

Por unos instantes reconoció su parte de culpa. Él había comenzado esa mala relación. Quería empezar de cero, que le conociera de verdad, el chico amigable que era. Pero ella no cedía y era la primera vez que una mujer le daba un no tan directo.

Entró a la primera cafetería que vio tras caminar durante horas, se dispuso a aparcar sus pensamientos y deleitarse en un desayuno antes de que Lucas le llamara para la famosa comida y comenzara la batalla de nuevo.

Saludó a la espera de ser atendido y por un instante dudó si estaba despierto, incrédulo al escuchar se giró. No daba crédito, de todas las cafeterías de la ciudad habían elegido la misma, sin lugar a duda a eso se llamaba dicha del destino. Se acercó a la mesa y vio como ella palideció. «*Así que con la guardia*

baja eh!... interesante» murmuró para sí mismo.

—Buenos días, es bueno ver a una mujer tan guapa desde tan temprano, el destino ha querido que nos encontráramos de nuevo.

Julieta sonrió nerviosa al camarero que miraba del uno al otro sin entender que sucedía, no pidió nada más y se dispuso a ignorar a Pablo tal como había pensado. Se dispuso a revisar su móvil esperando que él se diera por aludido y desapareciera.

—Perdona —dijo Pablo atrayendo la atención del camarero—. Pediré lo mismo que mi princesa —Julieta arrugó la nariz, sabía de sobra lo que estaba haciendo pero no estaba dispuesta a que Pablo le amargaría su desayuno.

—¿Y bien? ¿No piensas darme los buenos días?

—Hola —respondió con acritud. Una sonrisa se asomó en los labios de Pablo.

—¿Por qué te empeñas en ir contra la marea? —Julieta bajó el móvil y lo miró con seriedad.

—Vamos a poner las cosas claras —Pablo se acomodó en la silla, curioso por saber qué le diría esta vez.

La expresión seria en el rostro de Julieta no le permitía tomarse en serio esa conversación. Quería sacarla de quicio, pero al final no supo cómo, se contuvo.

Aun así, era un caballero. Julieta levantó un dedo y al ver la sonrisa que trataba de ocultar Pablo, se cruzó de brazos.

—¿Qué es lo que te causa tanta gracia?

—¿A mí? —respondió el guasón.

—Mira, he venido a desayunar, no quiero levantarme y decirle al encargado que pagarás los dos desayunos.

—No tengo ningún problema en invitarte a desayunar, me encantaría hacerlo, así podríamos arreglar nuestras diferencias y ser una pareja normal.

—¡Deja de decir que somos pareja! —Siseó en voz alta. Los clientes a su alrededor la observaron y Julieta se tapó la cara, avergonzada. Pablo comenzó a reír para luego coger su mano.

—Cariño, solo estaba bromeando —Julieta apartó la mano enseguida.

—Estás llevando las cosas demasiado lejos, solo haces cosas sin sentido alguno o citar a Shakespeare —señaló enfatizando con las manos y poniendo los ojos en blanco.

—¿Te molesta que lo cite?

—No... —Julieta negó con la cabeza antes de afirmar—. ¡Sí! Me molesta, no entiendo porque lo haces.

El joven camarero volvió con el pedido fijando sus ojos en Julieta que lo

ignoró por completo, demasiado centrada en la presencia de Pablo.

Cerró los ojos, suspiró resignada e intentó retomar su idea inicial: ignorarlo. Cogió la cucharilla, la giró de un lado al otro, posteriormente cogió la servilleta y la limpió para luego revolver el café de una forma muy delicada.

Pablo sonrió ante esa curiosa actitud, era como si estuviera asistiendo a una clase de etiqueta. Julieta logró olvidar por un segundo a Pablo. Colocó la servilleta sobre su regazo y cogió la cucharilla, como su abuela Agnes le había enseñado.

Julieta tenía unos modales excelentes y Pablo se estaba rindiendo a lo que estaba presenciando. La forma como su abuela le había enseñado los modales en la mesa, le relajaba, se sentía bien mientras hacía las cosas de ese modo. No reconocería jamás que Pablo hacía que su corazón se acelerara.

Aquello le hacía rabiar y sentirse confundida y si se dejaba llevar, los nervios se apoderarían de nuevo de ella. Se había prometido que no permitiría que entrase un hombre como él en su vida y lo que más rabia le daba, era que en el fondo no quería que se fuera, deseaba que se quedara, por mucho que le increpaba y la sacara de sus casillas.

Julieta trataba de entender sus sentimientos y no lo lograba o sí, pero no quería aceptarlo. Descubrir que Pablo le gustaba más de la cuenta le aterraba.

—Me gusta la literatura en general, es una de mis pasiones desde *Sófocles*, *Marqués de Sade* o *Víctor Hugo* y *León Tolstoi*, sin olvidar a *Shakespeare* o *Isabel Allende*. Son los grandes maestros de las próximas generaciones de escritores —Julieta levantó la taza dejándola en el aire y Pablo prosiguió con su dialogo ignorándola—. Nos enseña a amar con pasión y que el amor está por encima de todo.

—¿Esta es tu manera de ligar?

Pablo se levantó y se acercó a su lado inclinándose hasta estar al mismo nivel de Julieta y con su dedo limpió un bigote que le había dejado la espuma del Macchiato, se lo metió en su boca dejando una Julieta sin palabras.

—¡Está es mi forma de ligar! —Le murmuró sin titubeos.

La respiración de Julieta cambió, trató de mantenerse fría como si no le hubiera afectado pero no pudo ocultar lo evidente. El deseo de que volviera hacerlo nació y creció con fuerza. El querer sentir los dedos sobre su piel, era como si pudiera sentir sus labios en las partes más sensible de su cuerpo, despertándolo de un sueño que parecía eterno.

Pablo se sentó como si nada hubiera pasado, aunque era todo lo contrario. Ese pequeño contacto, hizo que su imaginación comenzara a volar. Carraspeó y se

recolocó en el asiento intentando evitar la incomodidad que aquella espuma de café había creado en su miembro.

—En realidad —volvió a la conversación intentando aparentar normalidad—, eres la primera que le dedico citas de Shakespeare, es como si me inspiraras.

Julieta salió del trance en el que se encontraba y trató de encontrar palabras para darle una respuesta sagaz, pero su cerebro se negaba a cooperar. Pablo volvió a clavar su mirada en ella y sonrió.

—Estoy jugando —concluyó para que volviera a ser la chica sagaz que le gustaba—. Quería verte en apuros como lo estás ahora —Julieta alzó la mirada.

—¿Cómo se supone que estoy? —preguntó arrugando la nariz, Pablo descubrió algo nuevo en ese gesto. Julieta lo hacía cuando estaba enfadada, poco a poco la conocía más y volvió a sonreír, estaba aburrido de chicas que le hicieran la pelota cuando tenían una cita y que a la primera de cambio intentaran llegar a su cama.

Y su doctora, era todo lo contrario. No le pasaba ni una, manteniendo un tira y afloja constante y que, hasta ese momento no se había dado cuenta que necesitaba para sentirse completo.

—No me hagas decirte la verdad —le dijo juguetón.

—Anda, dilo —lo retó Julieta—. ¡A ver si te atreves! —Pablo se levantó y en un segundo después estaba inclinado sobre ella.

—Nerviosa... mmmm... diría que te gusta todo esto... que te... excita —enfaticó en susurros en su oído y volvió a sentarse.

«¡Excitada!» se decía sorprendida —«¿Pero quién se cree que es?»—. Julieta perdió el apetito y sin más, se levantó, Pablo la siguió y la tomó de la cintura.

—¡No! —le susurró al oído advirtiéndola para que no se moviera—. No has tomado tu macchiato y hay mucha hambre en el mundo para que desperdicies comida. Te sentarás y terminaremos el desayuno y luego daremos una vuelta hasta que Lucas me llame para ir a comer.

—¿Qué?! ¿Te has vuelto loco?

—No, aunque para ser honesto en estos momentos me apetece algo y lo voy a hacer.

Y sin más la besó.

9

El beso la cogió desprevenida. Quería separarse y darle un bofetón. En vez de eso, dejó que se adentrara en su boca y la recorriera con pericia logrando que exigiera que profundizara aún más el beso.

Los labios de Julieta eran exquisitos, el gemido silencioso invitó a Pablo a jugar y mordisquear suavemente sus labios. Acarició con sus pulgares las mejillas de la joven. Si por él hubiera sido, la habría sacado de la cafetería para buscar un lugar más privado y poder besarla como quería.

Su mente se estaba nublando y si perdía el control la asustaría y la perdería, pero estaba dispuesto a que no lo olvidase nunca aquel beso. Un carraspeo los hizo volver a la realidad.

—Siento interrumpirles. Pero esta es una cafetería de renombre y familiar — con la respiración entrecortada se separaron y se miraron sin saber qué decir. Julieta fijó sus ojos en el camarero y luego en Pablo. Desvió su atención a la mesa a sabiendas de lo que debía hacer, romper con eso cuanto antes.

—No —dijo Pablo—. No lo hagas, quédate —rogó viendo las intenciones de la muchacha. Julieta decidió no escuchar, cogió su bolso y salió de la cafetería perdida en un mar de confusión.

El juego que se traía con Pablo no estaba saliendo como pensaba, en ningún momento se imaginó que terminarían besándose. «¡Y qué beso!» dijo para sí misma. Las ganas de que volviese a besarla crecían y aquello no era conveniente, ellos no habían nacido para estar juntos.

—Eres una chica mala —escuchó a su espalda—. Te dije que no se podía dejar el desayuno y te fuiste —Julieta no estaba en condiciones de encararle ni mucho menos poder encontrar alguna excusa creíble para que la dejara en paz.

—Pablo, mira creo, que... —él no le dio la oportunidad de que hablara. La cogió del brazo hasta chocar con su pecho y la volvió a besar mordisqueando

suavemente sus labios, buscando que volviera a ronronear y a derretirse en sus brazos como minutos atrás.

Julieta luchaba contra las sensaciones que se apoderaban de su cuerpo, no podía ceder, necesitaba pensar y no dejarse llevar. Así que presionó con fuerza el pecho de Pablo para separarse y se alejó como pudo.

Pablo había jurado que estaba disfrutándolo y por fin, había algo bueno entre ellos y de repente, volvió al punto de partida y eso hería su ego.

—¿A dónde crees que vas? —le gritó—. Terminemos el desayuno, no me hagas enfadar —lo que acababa de decir, haría que Julieta lo odiase, pero necesitaba tiempo para retenerla y también saber que deseaba.

Julieta creyó haber oído mal pero estaba segura de que sus oídos estaban en perfecto estado. La advertencia de Pablo era tan machista que la rabia comenzó a inundar su cuerpo, alzó una ceja y durante segundos lo miró.

—¡No!

—¿No? —Repitió Pablo—. ¿Cómo qué no?

—Sí, has escuchado bien, me importa un pimiento si te enfadas, no soy tu perrito faldero. Eres el menos indicado para decirme que tengo que hacer.

Julieta dio de nuevo la espalda y emprendió de nuevo su camino. La rabia y un sentimiento que hacía tiempo que no sentía empezó a inundarla y por primera vez en mucho tiempo, la decepción le hizo anhelar algo que ya había olvidado.

En cuanto empezó a caminar cerró el cajón de los sentimientos. Había permitido que se abriera un poco, que asomaran sus sentimientos, pero no dejaría que siguiera así.

—¡Necesitas que esa fierecilla que llevas dentro sea domada cuanto antes! —Pablo volvió a gritar y refunfuñar viendo como se le escapaba. Julieta giró de nuevo, el macho alfa había hecho acto de presencia y tenía que dejarle bien claro quien mandaba en su mundo.

—Pablo, ¡puedes irte a la mierda! —Julieta volvió a retomar su camino, no solía actuar de esa manera, Pablo era especialista en sacar de ella una faceta desconocida.

Julieta llegó a casa de su abuela con paso acelerado. Al llegar respiró hondo, no quería que Agnes se diera cuenta de que algo le perturbaba. Tocó, esperó y cuando su abuela abrió la puerta y la abrazó, sintió que ya nada importaba.

—¡Mi Julieta! —Fue lo único que pudo decir Agnes, sorprendida al efusivo abrazo. Era como si su nieta tuviera la necesidad de sentirse querida. Julieta era tímida al mostrar sus verdaderos sentimientos, pero su compasión y dulzura a la

hora de tratar a sus pacientes, compensaba esa timidez.

—Cuánto me alegro de verte mi preciosa niña —Julieta sonrió, ante la familiaridad del saludo de su abuela.

—*Gran'm* [2] te echaba tanto de menos —y volvió a abrazarla.

—Esos españoles te tienen demasiado ocupada —Julieta rio y dio las gracias a su abuela, en silencio, porque siempre conseguía distraerla y dejar a un lado sus problemas.

—*Gran'm*, es que en el hospital tengo mucho trabajo. —Agnes hizo un mohín.

—Esa no es una excusa. Tu padre te ha pedido un montón de veces que vuelvas a Edimburgo, tendrías un buen puesto en un buen hospital y cerca de tu familia.

—¡Abuela! —Resopló cansada. Aquel era el mismo tema que se repetía siempre, una y otra vez—. Quiero ganarme el puesto por mí misma.

Agnes volteó los ojos, no podía negar que su nieta era calcada a Inés su ex nuera. Pero aquel carácter testarudo y orgulloso era claramente un rasgo de los Cameron. Lo mejor sería cambiar de tema o no terminarían nunca entre peros y justificaciones.

—¿Dónde está Lucas?

—En su casa —respondió soez Julieta. Agnes se extrañó y su olfato comenzaba a percibir que algo raro estaba pasando.

—¿Estáis enfadados? —Y antes que respondiera su abuela prosiguió con el interrogatorio— ¿Has llamado a tu padre?

—No —dijo Julieta negando con la cabeza sin mirarla—. Llegué anoche y no he tenido tiempo de llamar a papá.

Agnes entrecerró los ojos, conocía a su nieta y Julieta era muy lista para escabullirse en cuanto le hablaba de James.

—Julieta, no puedes seguir alejando a tu padre cada vez que vienes —James no dejaría de recordarle una y otra vez que su actitud no era sensata, su padre la quería desde el primer minuto que la vio.

—Él puede ir a visitarme y no lo hace.

Agnes suspiró, su nieta tenía razón. Su hijo estaba demasiado involucrado en su trabajo. Y por muchos doctorados y premios que hubiese ganado, el estar en la cima de su carrera no logró mantener a su lado a su hija menor.

—James va a oírme. ¡¿Qué es eso de no visitar a su hija?! —gruñó Agnes poniendo los brazos en jarra y guiñándole el ojo. Julieta sonrió y fue al sofá donde se dejó caer. La casa de su abuela le reconfortaba, era una de las cosas que

siempre añoraba.

Su abuela se adentró en la cocina y supuso que le tendría alguna sorpresa preparada o una sesión de preguntas y ya tenía suficiente con el remolino de dudas en el que vivía en ese momento.

«¡Pablo!» Que la había besado treinta minutos atrás y logró que, en todo el camino hacia casa de su abuela, se preguntara una y otra vez por qué se había marchado, dejándole atrás y cuando trataba buscar una respuesta lógica su cuerpo le daba otra.

—¿Sabes July? Te pareces mucho a tu padre en eso de que el trabajo es primero que todo —Julieta resopló mientras veía como su abuela entraba de nuevo en el salón con aquella nueva conversación tan complicada. Agnes no lo iba a dejar estar.

—*Gran'm* soy feliz —le respondió cortante—. Y no estoy muy interesada en nada más, en estos momentos, y mucho menos en tener novio —confesó con un hilo de voz adelantándose a lo que su abuela diría y sin saber si era la respuesta que buscaba, Agnes miró aterrorizada ante semejante afirmación—. No puedo perder el tiempo en semejantes tonterías.

—¡Jesús! ¿Cómo puedes pensar así? ¿Qué sabrás tú lo qué es el amor o el desamor cuando ni te tomas la molestia en dejar que entre en tu vida?

—Abuela, no me hace falta, puedo ver lo que es el dolor, a diario con mis pacientes y no comiences —Agnes se sentó observado perpleja a su nieta.

—De todos mis nietos, eres la que más preocupada me tiene July querida.

—¡Ah, no! —Le advirtió Julieta—. No vayas por ahí.

—July, me gustaría verte feliz antes de morir y ese listón que has puesto está muy alto, es mejor que lo bajas. O no podré descansar tranquila sabiendo que estás sola.

Julieta se arrepintió de nuevo por esa confesión, que una vez tuvo con su abuela acerca de las cualidades que buscaba en un hombre.

—No, no lo está —inquirió Julieta.

—Yo creo que sí —afirmó Agnes en un tono nada conciliador—. De hecho, es hora de aceptar que entren en tu vida experiencias nuevas, así como, retomar aquellas que te hacían ser feliz —aconsejó apenada y mirando el viejo piano que tenían en una esquina del salón.

—Abuela... —con un gran suspiro Julieta respondió, rogándole que le diera un poco de margen—. Cambié de intereses, eso es todo.

Agnes sabía que era otra más de las excusas que su nieta le daba, le apenaba que solo se hubiera concentrado en sus estudios, en cumplir sus metas

profesionales; pero sobretodo que no pudiera compartirlo con alguien, no debería ser suficiente con el cariño que recibía las personas que trataba en su trabajo.

Su experiencia le había enseñado que todos necesitábamos poder compartir nuestros triunfos y fracasos. De reojo, Agnes observó a su nieta mirar al vacío y se preguntó cuántas veces habría tenido que enfrentarse a las situaciones de la vida sin apoyo. Sola en España, sin el calor de su familia o el cariño de sus padres.

Y aunque su nieta no se diera cuenta, ese era el mayor de sus asuntos pendientes, nunca había permitido que el amor tocara las puertas de su corazón. Dejó pasar el tema para no agobiarla más. Intuía que algo más se cocía en aquella situación y que tenía que ver con Lucas, esperaba que su nieto entrase por la puerta y aclarara que sucedía.

—Voy a ir a comprar el pan para la comida —dijo mientras se ponía en pie.

Julieta estaba sumergida en sus pensamientos, desde que sus padres se separaron y se fue a vivir a España junto con su madre, se negó a volver a tocar el piano. Siempre había sido uno de los momentos que más le gustaba del día, solía hacerlo junto a su padre y aquello no volvió a suceder nunca.

En sus visitas, su abuela persistía en que lo hiciera, en que sus manos volvieran a deslizarse por el teclado. Julieta no veía o no tenía motivos para hacerlo, el piano la llevaba a recordar como su padre se había dedicado en exclusiva a su trabajo olvidándose por completo de su familia.

«¿Tendría razón Agnes? ¿Habría puesto el listón demasiado alto?»

«El listón era el mejor modo para alejar algunos moscones.» Pero sin darse cuenta sus dedos habían viajado hacia sus labios recordando el beso que aquella mañana había recibido de Pablo. Movié su cabeza de un lado al otro y parpadeó, debía mantener ese recuerdo bien apartado. Pablo Oliva nunca podría alcanzar su listón, ni siquiera podía acercársele.

La voz de su abuela llamándola la sacó de sus pensamientos y alzó la mirada.

—¿Estás bien, Julieta?

—Sí, disculpa. Es solo que estoy cansada —la anciana la miró con seriedad y decidió que más adelante debería indagar, algo estaba inquietando a su nieta.

—¿Vienes conmigo o te quedas? —preguntó Agnes.

—¿A dónde? —respondió algo avergonzada por ignorar cualquier cosa que le hubiera dicho.

—¡Julieta! He estado cinco minutos explicándote todo lo que iba a hacer antes que vinieran tu hermano y Caris.

—Perdón *gran'm*, tengo la cabeza en otro sitio —su abuela cruzó los brazos y la observó intensamente.

—¿Julieta Cameron que sucede?

—Nada Agnes Cameron —dijo en tono burlón para quitarle importancia. De todas las personas en el mundo, su abuela era un halcón para darse cuenta que algo la tenía alterada y ni en un millón de años le contaría absolutamente nada sobre el aficionado a deportes de adrenalina.

—Está claro que eres igual a tu padre, te lo repetiré, voy a comprar el pan para la comida y pasaré también por el supermercado, me apetece hacerles unos aperitivos, ¿vienes? —Julieta se avergonzó por no haberla escuchado. Todo era por culpa de Pablo y de aquel estúpido beso.

—¿Julieta? —pregunto impaciente Agnes.

—No —sonrió—. Prefiero quedarme —Agnes suspiró.

—Espero que al volver, me cuentes qué diablos sucede.

—No pasa nada *gran'm* —insistió sin convencimiento. Agnes le dio la espalda, buscó su bolso y se despidió.

—En un rato vuelvo July —gritó desde la puerta.

—¡Ajum!

Agnes se desconcertó frente a la actitud de su nieta, era como si quisiera estar sola con sus pensamientos. Si necesitaba estar a solas le daría la posibilidad de buscar una solución o tener la valentía de contarle.

Julieta recostó su cabeza en el sofá y de nuevo volvieron las imágenes del beso mente. «*¡Por todos los cielos! ¿Cómo puedo querer que vuelva a besarme?*» dijo en voz alta. Se levantó y fue a la cocina para ver que había preparado su abuela para el almuerzo y sonrió.

Mientras se hacía un té, Julieta estuvo buscando argumentos y motivo válidos, convenciéndose de que Pablo tenía que salir de su vida ¡Ya!

Solo debía ignorarlo en cuanto entrara por la puerta. Nada de sucumbir al deseo de arrastrarlo hasta algún lugar privado y pedirle que la volviese a besar. «*No Julieta, se reprendió. Deja las cosas claras de una vez, todo esto ha pasado por dejarlo que siguiera el juego*».

Cogió la taza y por unos segundos cerró los ojos recordando el beso que ambos habían compartido. Se mordió el labio inferior y dio un pequeño gemido de placer, que se convirtió en terror cuando se lo encontró frente a ella, soltando la taza que se le cayó al suelo de la impresión.

—No puedo creerlo, ayer tenía razón, ¡te gusta!

Julieta abrió los ojos ante la acusación de Lucas, avergonzada se dio la vuelta

directa hacia el salón para recomponerse y pensar en un plan en como matar a su hermano. Se limpió las manos en su falda evitando que las lágrimas por la vergüenza y la rabia desaparecieran.

«¿Cómo se atreve a delatarme? Julieta no te ha delatado, ha dado por hecho suposiciones absurdas. Ya te delatas bastante bien tu sola»

—¡Te mataré Lucas! —musitó—. ¡Vamos a encontrar el modo de matar a tu hermano sin dejar evidencias ni testigos! —Murmuraba una y otra vez mientras se paseaba de un lado al otro del salón.

—Puedo hacerte el favor de matar a Lucas —sugirió Miguel desde la puerta del salón. Julieta sonrió y soltó el aire lentamente luchando para que las lágrimas no se le escaparan.

—¿Por qué diablos ha dicho algo así?

—Ya sabes cómo es Lucas. Dice lo primero que se le viene a la cabeza — Miguel la agarró por los hombros y la giró entre sus brazos poniéndole de cara a él. Le acarició los brazos en señal de apoyo tratando que retomara fuerzas—. Anda, vayamos a buscar algo para limpiar y volvemos a la cocina.

—Gracias, Miguel.

—De nada, siempre puedes contar conmigo —ambos sonrieron y Miguel le pellizcó la mejilla de cariño—. Debes ser valiente.

—¿Qué quieres decir?

—En cuanto entremos, me llevaré a tu hermano para decirle unas cuantas cosillas y tú debes enfrentarte a la situación —Julieta sonrió resignada.

—Trataré —y para no comenzar a pensar fue por el recogedor y la fregona para arreglar el estropicio, Miguel la esperó y volvieron juntos a la cocina.

—Oye, July, ¿por qué te has enfadado? —preguntó Lucas. Julieta se mordió el labio.

—Porque dices estupideces —contestó de carrerilla.

—¿Por qué digo estupideces? Porque se te ha caído una de las tazas de las joyas de la corona —soltó Lucas sin dejar de mirarla intensamente.

—¡Me cachis...! —Julieta frustrada se llevó sus manos a la cabeza. Supuso que cuanto su abuela volviera le echaría una buena bronca. Miguel miró a Lucas enfadado, estaba metiendo a Julieta en una situación bastante incómoda.

—Tú y yo al salón —dijo señalando a su amigo—. AHORA —y sin más le agarró del brazo y se lo llevó.

Pablo se quedó en la cocina en silencio y observó a Julieta como recogía la taza murmurando algo inentendible y sonrió.

Miguel se acercó de nuevo y le quitó el recogedor, luego lo miró y le hizo

señas, aquella podía ser la oportunidad que necesitaba para arreglar las cosas. La situación era tentadora y llegó a la conclusión que sería una mala idea aprovecharse en ese momento.

«¿*Qué hago?*» observó el piano antiguo que se veía a través de la puerta del salón y se vio transportado a años atrás cuando su padre lo obligó a asistir a clases durante un año y en las que no aprendió nada en absoluto. Y tuvo una idea, se notaba que aquel instrumento estaba bien cuidado y si su instinto no se equivocaba era una pieza de colección.

—Interesante, hace mucho que no veía uno así —Julieta levantó la mirada.

—¿De qué hablas?

—Del piano. ¿Quién lo toca? ¿Tú? —Pablo observó con atención la mirada de Julieta. Había dado en el clavo y esta vez sería más cuidadoso, Miguel le dejaría unos minutos a solas y si ella de nuevo lo rechazaba la dejaría en paz.

—Si —murmuró Julieta—. Aunque estoy algo oxidada.

—¡Excusa barata! Apuesto a que no tocas tan bien como yo —La fastidió esperando que cayera en aquel ardid. Odiaba a esa chica que tenía delante, sumergida en un silencio y como si fuera un ratón esperando ser devorada por su peor enemigo. Quería a la Julieta de verdad, aquella que ardía en pasión.

—Tenía entendido que Mozart no tenía herederos —Pablo sonrió y se acercó tanto que pudo sentir su respiración.

—Demuéstrame que eres buena —le dijo con un susurro tan seductor que Julieta se vio tentada.

—No te tengo miedo —Pablo curvó sus labios en una enorme sonrisa.

—Demuéstramelo —sin decir más, cogió su mano y la arrastró hasta la banqueta y se sentó. Palmeó sobre sus piernas y Julieta alzó una ceja y volvió a la realidad.

—Estás loco si crees que me sentaré encima de ti.

—No estoy loco, lo harás —Pablo volvió a tirar de ella y cayó encima de él. Julieta trató de levantarse y Pablo se lo impidió.

—Déjate llevar —le susurró al oído—. Necesito ayuda para tocar las teclas del medio —indicó con voz ronca.

Julieta tenía sentimientos enfrentados. La tranquilidad de sentirse segura con él y el deseo de que siguieran con lo que habían comenzado, la turbaban.

Pablo abrió la tapa y comenzó a tantear, Julieta observó cómo tocaba con sutileza cada tecla y por un momento creyó sentir que era su piel la que tocaba de esa forma. Pablo puso suavemente a un lado el pelo de Julieta y sopló con suavidad en su cuello, ella cerró los ojos ante el juego de seducción.

Su doctora era tan irresistible que se nublaba rápido por el deseo, hizo a un lado su pelo y su cuello lo llamaba a besarlo y lamerlo, pero prefirió seguir acariciando con el aire que soltaba con suavidad a través de su boca.

El tirón de su ingle apareció justo en el momento que ella hizo un ligero movimiento de querer ir más allá de los juegos previos, debía parar o no resistiría. Terminaría asesinado por un escocés enardecido. Lo mejor, muy a su pesar, era concentrarse en tocar una canción.

—Pensaba que ibas a demostrarme que sabes tocar.

Julieta tardó en contestar, Pablo no dejaba de soplar sobre su cuello, subiendo de arriba abajo su nariz y con su boca ofreciéndole suaves caricias. Julieta a punto de girar y besarlo, pero recobró el sentido antes de hacerlo. Su hermano y Miguel volverían al salón en cualquier momento.

—Si —respondió a duras penas. Dio un largo suspiro y trató de levantarse para poder parar esa locura. Pero de nuevo Pablo le impidió que lo hiciera.

—¿Alguna vez has tocado “*Somos novios*”? —Julieta sonrió.

—No hablas en serio.

—Hablo muy en serio —le dijo Pablo sonriendo entre dientes sobre el cuello de Julieta, haciendo que un escalofrío la recorriera subiendo por su espalda y haciendo que se removiese en su asiento.

—No hagas eso —Julieta, con un leve movimiento, fue muy consciente de a qué se refería.

—Deberíamos parar —indicó, a pesar de lo excitada que se sentía. Muy en el fondo no quería parar, no le importaba si luego odiaría a Pablo por haberla seducido. Pero de nuevo, el miedo apareció logrando que ella recobrara la cordura y evitara que saliera lastimada.

—Lo mejor es que me levante y me vaya con mi hermano y tú le digas a tu amigo que hoy no tendrá fiesta.

Pablo vio amago de levantarse y no la dejó. Julieta tensó la mandíbula y ladeó la cabeza.

—Déjame levantar o gritaré.

—No lo harás, no quieres levantarte.

—Qué te hace creer eso.

—No estás poniendo resistencia.

—Eres idiota.

Pablo curvo sus labios en una sonrisa para luego subir su mano al rostro de Julieta y con los nudillos le acarició suavemente la mejilla. Posteriormente la besó cómo ella ansiaba que lo hiciera.

—¿Qué coño te pasa?! —le reprochó Miguel a Lucas cuando salieron al pasillo. Desde que lo conocía era la primera vez que lo veía actuar de esa manera —. Relájate hombre, Julieta es una mujer hecha y derecha y tú te pasas de gilipollas —Lucas le miró de la mala manera.

—¿Cómo que qué coño me pasa? No sé a ti, pero Julieta pareció que tuvo un orgasmo en cuando lo vio.

—¿Pero qué te pasa por esa cabeza enferma? Lo que vi fue terror en sus ojos.

—Sé lo que vi y conozco a las mujeres.

—Y metes en el saco de las mujeres, que según tú conoces y vaya a saber cómo, a tu propia hermana. ¡Qué hablamos de Julieta leches!

—Ni qué leches ni que hostias, no la meto en ningún saco. ¿Por qué no me dices la verdad? Tú sabes que entre ellos ha pasado algo.

—¿Y? No tengo ni idea. Te estás pasando y amigo, límitate a observar. Basta de dejarla en evidencia. ¡Macho! No soy mujer, pero si mi hermano me hubiera dicho algo así, el guantazo que le doy es de mucho cuidado —Lucas se llevó las manos a la cara y suspiró en alto.

—La he cagado, ¿verdad? —Miguel lo miró y chinchó un poco más.

—Diría que estás en el lugar indicado para que Julieta se alíe con Agnes cuando regrese y te haga pasar un mal rato —Lucas resopló.

—¡Es... es Pablo! —Enfatizó Lucas, conociendo las andaduras de su amigo.

—¿Y? —Volvió a responder Miguel, sorprendido por la sobreprotección que de repente Lucas estaba manifestando—. Julieta es lo suficientemente mayor para pararle los pies y poner al chaval en su lugar —dijo mientras se cruzaba de brazos—. No te entiendo amigo, llevas años lanzando puyas a tu hermana sobre los chicos y ahora, que al parecer uno da un paso al frente, te comportas como un energúmeno.

—Miguel, ¡es mi hermanita! —Miguel se rio ante la ridícula excusa de Lucas.

—A ver, que no me entero, cuéntame que tienes contra Pablo.

—Lo conozco, sus relaciones por decirlo así, son de un revolcón y adiós. Si Julieta se siente atraída por él, le va a hacer mucho daño y no querrá tener a ningún hombre cerca.

Miguel volvió a reír y deseó contarle la historia de Julieta a su amigo, pero no le correspondía ser él quien se lo contara. Ya iba siendo hora que fuera feliz y era necesario que ella misma lo aceptara.

Su amigo cerró los ojos y masculló quién sabe qué. No tuvo que preguntar, comprendió que Lucas se sentía culpable ante su metedura de pata con la relación que hasta hace unas semanas mantenía.

—Me parece que Leslie te ha afectado más de lo que esperaba.

—¿A qué viene eso? —Soltó Lucas con un tono amargo.

—No puedes evitar que Julieta se tropiece, es su vida y es ella quien debe lidiar con las consecuencias de sus actos, sean buenas o malas. Tienes que dejarla vivir, pero puedes estar con ella cuando caiga.

»Sé que no estás seguro de cómo actuará Pablo, creo que sí se siente atraído por ella, lo vi en el avión y ayer en el coche. Pero cuando se está enamorado y te da miedo que te rechacen, es mejor negar lo que se siente —Lucas alzó una ceja y metió sus pulgares en los bolsillos de su vaquero.

—A ver, ilumíname —respondió con sarcasmo—. Según tengo entendido, Caris, esa chica que no sabe que estás aquí y que te siguió hasta España, de buenas a primeras le dijiste que no te sentías seguro de mantener una relación a distancia.

»La escuché durante un mes llorar cuando huiste de lo que implicaría un gran compromiso. Es raro, que seas tú, quien da consejos sobre relaciones —Miguel se frotó la nuca.

—Por eso estoy aquí. Voy a arreglar las cosas —Lucas bufó y negó con la cabeza.

—Lo tendrás muy difícil —dijo con sinceridad.

—Pero no imposible —concluyó Miguel. Lucas inspiró profundamente y se dirigió hacia la cocina seguido de su amigo. Tiró de la puerta de la nevera y buscó una cerveza, la abrió y tomó un trago largo.

—No estoy acostumbrado a los cambios importantes —Miguel, cogió otra cerveza y la abrió con una sonrisita mientras observaba a su amigo.

—Diría más bien, nuevas oportunidades. Todavía tienes tiempo Lucas, no sigas siendo cobarde.

—¡Qué fácil es hablar como espectador! No tienes ni idea de lo que ocurrió.

Hay cosas que no se pueden arreglar.

Miguel rio y tomó un gran sorbo de su cerveza. Su amigo también estaba muy perdido en el tema del amor, tal vez no era el único que tendría que ceder si quería llegar a conseguir aquello que tanto deseaba.

—Sé que me paso en muchas ocasiones diciendo estupideces —comenzó Pablo tras el beso—. Pero en el fondo te ríes y ese es mi propósito.

Julieta no iba a darle la razón tan fácilmente, el beso fue duro y por un momento quiso girar y ser ella la que tomara las riendas de la situación.

Pero no, tenía que ir con cuidado. Debía seguir actuando de la misma forma como lo hizo media hora antes, a pesar de que la disputa entre su mente y corazón la llevaba a estar perdida en los brazos de Pablo.

—Y lo estás logrando —indicó Julieta—. Mira como sonrío.

Julieta estaba seria, su rostro era pasivo. El borboteo de la risa de Pablo resonó en su espalda a sabiendas que por mucho que se hiciera la dura, fingía.

—¡Qué difícil eres! —dijo en tono burlón.

—¡Por fin! Algo en lo que estamos de acuerdo —Julieta trataba de no reflejar ninguna expresión en su rostro. Pero le era imposible, Pablo volvía a besarle el cuello y en cualquier momento perdería la batalla.

—Me das la razón —dijo Pablo que volvía al ataque mordisqueando el lóbulo de su oreja y enviando escalofríos a través de todo su cuerpo que mantenía la compostura con una enorme fuerza de voluntad—. Un gran avance...—murmuró bajando y subiendo su nariz por el cuello de Julieta— Y no sabes cuánto me gusta —murmuró Pablo—. Me gustas que seas así, que tengas tanto fuego dentro de ti. Nunca me había pasado y comienzo a creer que eres mi chica. Tal vez no sea el príncipe azul, tal vez solo sea un sapo, pero solo sé que me muerdo por besarte.

Julieta no sabía si hablaba en serio, aunque en el fondo estaba derritiendo por su dulzura, tenía que seguir manteniendo su postura.

—Eres idiota —concluyó y sonrió sin poder ocultarlo más, Pablo la ayudó a levantarse y volvió a tomarla por la cintura para pedirle que lo intentara, pero Julieta desvió su mirada al ramo de flores.

—¿Mis flores? —Pablo respiró profundamente y supo que su tiempo había terminado, sin embargo, mantuvo la esperanza, había avanzado más de lo que pudo imaginarse, por mucho que ella se negase le gustaba estar a su lado.

Y como volvía a la realidad, quiso chincharla una vez más.

—¡Ehhhhh! —Respondió imitando a un concurso, Julieta lo miró sin

comprender—. Es mío.

— ¿Qué? Yo las compré —indicó Julieta y se alejó para coger sus flores.

—Exacto las compraste, pero te fuiste y dejaste el ramo en la cafetería. Así que lo tomé como pago.

—¡Abusador! — Pablo rio.

—No, no lo soy cariño y no me des ideas, no me gustaría seguir abusando de ti —Julieta se alejó más.

—Mira Pablo... —él la interrumpió antes de que pudiera decir algo que les alejara de nuevo.

—No me voy a ir a ningún sitio nena, sin mi chica no salgo.

—Por última vez, ¡no soy tu chica! —musitó Julieta.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó buscando que estallara, cuando perdía la paciencia, cuando se dejaba arrastrar por los sentimientos y las emociones, Julieta era vulnerable.

—¿De verdad hablas en serio? —Respondió Julieta confirmando que no se había equivocado. Para Pablo, todo aquello no era más que un juego y si él quería jugar de esa forma, ella también lo haría.

Poco a poco la cara de Julieta cambió y Pablo lo notó, no negaría que meses atrás deseaba una noche con ella. No podía olvidar el día que la conoció, era la mujer más sensual que había visto en toda su vida. Todo lo que siempre había buscado en una mujer.

Y lo comprobó al besar aquellos labios gruesos, que le invitaba a que lo hiciese de nuevo. Cuando sintió el cuerpo de ella pegado al suyo, creció el deseo de tenerla solo para él y algo más a lo que no sabía dar nombre.

No era de extrañar que Julieta tuviera un ejército de hombres besando el suelo que pisaban. El recuerdo de su encuentro desastroso en la discoteca apareció. Sus amigos hablaban haciendo comentarios soeces sobre Julieta y los celos naciendo con fuerza. Y como era habitual en él, era la primera vez que sentía esa posesividad hacia una mujer. Le había entrado el pánico.

Miró en la dirección donde estaba la chica que había trastornado su vida, esperando una respuesta de su parte. Pablo quería reír a carcajadas, la noche anterior se había prometido que no volvería a despreciarlo, pero el destino lo tentaba y si lo hacía era por algo y él, no era nadie para desafiarlo.

Al contrario, comenzaba a agradecerle aquella situación. Aunque no era el momento, lo primero que haría era fastidiarla. Fruncía el ceño y arrugaba la nariz, tenía un gran deseo de estrecharla entre sus brazos para mimarla.

—Princesa, eres mi chica. Si no te gusta que te llame así dime cómo quieres

que te llame —Julieta odiaba que le tomasen el pelo de esa forma.

—¡Qué no somos pareja! —Alzó la voz perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

—Buenos días. ¿Quién es el joven guapo? —Julieta cerró los ojos, cuando la voz de su *gran'm* le llegó desde atrás. ¿Cómo iba a explicarle que solo era un amigo de Lucas? Su abuela jamás la creería, la situación era bastante comprometida. Pero jugaba con algo a favor, Agnes no hablaba español.

Aun así, la distancia que había entre ambos echaba por tierra cualquier explicación que pudiera decir. Pablo le hablaba tan cerca que desde el exterior, daban la impresión de estar haciéndose carantoñas.

Agnes juraba que había dejado a Julieta sola y no podía creer lo que sus ojos veían: su nieta con un chico en el salón y, a su parecer, el joven estaba a punto de besarla. Alzó las cejas «¡¿Su nieta tenía novio?!». Fijó sus ojos en ambos y frunció el entrecejo.

—¿Puede alguien explicarme qué está pasando?

Ninguno de los dos respondió, el chico se giró para saludarla y al verlo de arriba abajo no pudo resistirse a preguntar.

—¡Julieta! ¡July! ¿Este chico tan guapo es tu novio? —Pablo esbozó una gran sonrisa y Julieta se tapó la cara maldiciendo a su suerte.

La situación con Pablo crecía cada vez más y ella no podía pararla. Pablo dirigió su hermosa sonrisa hacia Agnes Cameron y Julieta, que no perdió detalle, supo que su abuela enseguida bajo el hechizo.

«¡Se ha ganado a Agnes!» Gritó con fuerza para sí misma. Agnes Cameron, esa mujer que imponía al conocer y que había sacado a más de un pretendiente de sus nietas, ahora sonreía de oreja a oreja a Pablo.

«¡¿Qué he hecho tan mal para que me pase esto?!» Se quejó en silencio tenía ganas de llorar por su mala suerte, pero no podía permitírselo.

—¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Pablo Olivas.

—¿Cómo el aceite español? —Pablo rio ante la comparación que había hecho la mujer.

Lucas escuchó a su abuela y lo que vio al entrar lo dejó con la boca abierta. La anciana estaba recibiendo a Pablo era con una gran sonrisa. Lucas dudó por un instante, era como si viera otra abuela.

Agnes por su parte cambió su rostro cuando percibió la alta figura de Miguel detrás de su nieto.

—¿Qué hace él aquí? —Lucas enseguida entendió, debía ayudar a su amigo calmando la mirada hostil de su abuela.

—Abuela me alegro verte.

—No me has respondido Lucas Cameron, sabes muy bien que no es bien recibido en esta casa —Julieta también intervino.

—*Gran'm*, Miguel viene conmigo —Agnes abrió los ojos y paseó la vista por los presentes en la sala.

Acababa de ver a su nieta en los brazos del joven que estaba a su lado cuando el otro joven entro en la sala, su nieta se acercaba a Miguel y entrelazaba su mano a la de él.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó Agnes con el ceño fruncido.

—Sabía que no aceptarías si te lo decía a solas, así que decidí que mejor lo vieras —Julieta se giró y le plantó un beso a Miguel dejando a todos los presentes en la sala con la boca abierta.

—¡¿Qué va a pensar tu prima en cuanto se entere?! —Exclamó horrorizada Agnes y pensó que estaba viendo el fin de su clan.

Serían destruidos por un extranjero, uno que ya había hecho daño a una de sus nietas.

—¿De qué me tengo que enterar? —Se escuchó una voz familiar. Julieta tragó saliva, no sabía cómo se tomaría Caris la improvisación, aunque su cara era similar a la de Pablo. El remordimiento de conciencia le devoraría el corazón.

Caris se acercó y gimió para sus adentros en el momento que su mirada chocó con la de Miguel, sus ojos bajaron a las manos entrelazadas de su prima y del que una vez fue el hombre que había amado con todas sus fuerzas.

—¡July, te has pasado! —Caris giró sobre sus talones, incrédula ante la escena que había en el medio del salón. Julieta soltó a Miguel y fue tras su prima, para poder arreglar aquel embrollo que había creado.

—No sé a qué coño jugáis —soltó Pablo confundido—. Pero yo no beso a mujeres de otro.

Miguel suspiró largamente, estaba a punto de ir tras Julieta y obligarle a que confesara que era mentira.

Agnes confundida, miró a Lucas que levantó las manos indicando que estaba igual que ella. Se cruzó de brazos esperando que alguien le explicase que pasaba en su casa, solo había ido a comprar pan y de pronto se encontraba en alguna novela trágica.

—Señora Agnes —escuchó a Miguel llamarla desde afuera y se acercó para saber que deseaba la semilla del mal en su familia.

—Caris es adulta y sabía dónde se metía —Agnes se indignó y respondió con toda su ira.

—¡No vuelvas a pisar mi casa! O de lo contrario...

Apretó las manos con fuerza y le dio la espalda para evitar estallar de cólera. Miguel aceptó sin decir nada más. Se giró sobre sus talones para irse llevándose consigo a Pablo que miraba de un lado al otro. Tenía que aclarar ciertas cosas sobre Julieta, no iba a permitir que volviera a sufrir y algo le decía que Pablo no era el mal tipo que Lucas creía.

Julieta entró en la habitación de invitados, Caris estaba sentada en la cama a espaldas de la puerta, sin perder el tiempo fue al grano.

—Caris, entre Miguel y yo no hay nada.

—¿Y por qué le tenías cogido de la mano?

—Para que Agnes creyese que sí lo había y no lo echase —rodeó la cama y se sentó al lado de su prima con las piernas juntas y sus brazos descansando sobre el regazo—. Me dijiste que Miguel había pasado a mejor vida —Caris sonrió.

—¡Ay, July! ¿Y qué quieres que diga? Estoy enamorada de él hasta el tuétano.

Caris no podía seguir fingiendo, habían pasado meses sin saber de Miguel y creyó que lo había superado, pero acababa de darse cuenta de que no. Su corazón palpitó tan rápido cuando sus ojos se encontraron... deseaba tanto volver a verlo y su deseo se había cumplido.

Pero nunca imaginó que la visita de su prima le traía de nuevo al hombre que le había roto su corazón, vio de reojo a Julieta y soltó aire.

—Soy Caris Cameron MacArthur.

—¡Y los MacArthur no pueden dejarse menospreciar por un *sassenach*!

Dijeron las dos en alto para carcajearse y dejarse caer sobre la cama. Al poco escucharon a Agnes echar a Miguel de su casa. Caris volvió a mirar a su prima de reojo y con una pequeña sonrisa de tristeza confesó.

—Tu intento de ayudar a Miguel fue en vano —Julieta suspiró.

—Estas vacaciones se han convertido en una completa locura —Caris se giró a su prima y sonrió de oreja a oreja.

—Dime que ese que estaba abajo, no es Pablo —Julieta cerró los ojos y afirmó.

—Con razón te gusta —Julieta volvió a sentarse mirando incrédula a su prima.

—Caris, no sé qué hacer, cada vez que me besa, siento como si mis bragas se derritieran.

—No sabía que usabas bragas comestibles —dijo su prima burlándose de ella.

—Hablo en serio, Caris...—respondió frustrada pero sin poder evitar confesar —. Es la primera vez que no sé cómo actuar y me aterroriza reconocer que deseo que me bese de nuevo.

Su prima volvió a carcajearse. Por fin Julieta había encontrado la horma de su zapato y Caris estaba contenta de que Julieta volviera a vivir.

Pablo iba caminando malhumorado, junto al que minutos atrás había besado a su amada. Tenía la tentación de parar un taxi y dejar plantado a Miguel. La idea de volver a casa de Donna le atraía, pedirle el número de su futura cuñada y al menos, aquella chica no sería tan complicada, como la mujer que había besado minutos atrás y que le había mentado con descaro.

Recordó la cara de sorpresa de su chica, al toparse en el avión con Miguel y aunque apostaría que no vio en ningún momento carantoñas o el cariño típicos de una pareja enamorada, la duda estaba ahí, y el beso que ella le había dado, le estaba quemando por dentro.

La escena en casa de los Cameron no dejaba de darle vueltas en su cabeza. Una y otra vez, su July besando al hombre que estaba a su lado y que se acababa de convertir en su enemigo.

Aunque, desgraciadamente su cuerpo se negaba a esa idea, los labios de su chica le pertenecían, lo había sentido y cada vez más su humor empeoraba. Si lo pensaba fríamente algo no encajaba, pero los celos no le dejaban pensar con claridad.

Se detuvieron en un *pub* cercano y Miguel saludó al *barman* con confianza. Se dirigió a él por primera vez después de salir de esa casa de locos y caminar varias calles en silencio, y le ofreció una pinta que Pablo aceptó de mala gana.

Estaba ahí, no por cualquier excusa que le diera Miguel, estaba porque era la única forma de saber qué es lo que se traían él y Julieta. Miguel tomó un gran trago y lo miró.

—Ya has visto como Agnes Cameron me odia y fue por no ir en serio con una de sus nietas.

—No entiendo de qué hablas —contestó con frialdad.

—De las Cameron y de Julieta. Durante unos meses estuve saliendo con esa pelirroja pecosa que vistes entrar y ese de la barra —dijo señalando con el dedo

al barman—. Es empleado de ellos.

Pablo levantó los ojos y vio a lo lejos a un tipo el doble de fuerte que él y con cara de malas pulgas, volvió a centrarse en el hombre que tenía al lado, esperando que le diera una mejor explicación. Miguel volvió a tomar un buen trago y prosiguió.

—Como soy un jodido gilipollas, me entró el pánico. No quise pasar al siguiente nivel y me alejé.

«¿De nivel?» se preguntó Pablo, «¿De qué coño habla? ¿Acaso esa familia tiene algún juego de supervivencia?» Durante unos instantes llegó a tomarse en serio sus hipótesis. Conocía historias de familia excéntricas y él era de los que pensaba que en la vida existían toda clase de personas. Miguel prosiguió y Pablo dejó que siguiera, esperando a que aclarara todo aquello.

—El resultado fue el odio de la familia Cameron y de la matriarca, esa anciana peli castaña que puede parecerte dulce, pero, óyelo bien, cuando esos ojos de tigre se fijan en ti, estás muerto y por supuesto siempre defenderá a sus dos únicas nietas.

»Si a eso, le sumas que gracias a Lucas me libré de un puñetazo del mellizo de Caris, que no tengo ni idea donde está y por cierto...

Interrumpió su explicación buscando por todo el *pub*, a lo lejos vio una foto de él en una diana de dardos, «Lo tengo muy jodido»

Pablo observó a Miguel enarcando una ceja, cada vez le entendía menos, tomó un trago esperando a que Miguel terminara y en vez de hacerlo, se puso a observar el *pub* perdido en sus pensamientos.

Pablo respiró profundo y vio que farfullaba maldiciones por lo bajo, lo mejor era preguntar qué papel jugaba en toda esa situación descabellada.

—¿Y qué tengo que ver? —Miguel hablaba de los Cameron como si fueran la realeza de la ciudad.

—Si te estás tomando por diversión a Ju, la estás cagando.

Pablo se pasó la mano por el pelo exasperado, nadie tenía que meterse en lo que ellos hicieran y la sangre le hirvió.

«¿Qué diablos se les mete en la cabeza a estas personas?» concluyó. Miguel se dio cuenta el cambio de Pablo y optó por ser sincero.

—No lo hagas, no solo te odiara media Edimburgo, me encargaré que lo hagan la mitad de las mujeres en Madrid.

—¿Es una amenaza? —Preguntó Pablo bastante enervado. «¿Cómo se atrevía?», le importaba un rábano si la abuela de Lucas lo cocinaba o le daba una patada en el culo.

Se levantó para irse, iba a mandar a tomar viento fresco a toda esa gente, había ido a Edimburgo a trabajar. Tenía que reunirse con sus jefes y quería divertirse sin preocupaciones. Era lo que iba a hacer.

Nunca deseó encontrarse en el avión con su doctora y, mucho menos, mezclado en tal situación. Miguel apretó el hombro de Pablo con fuerza cuando hizo el amago de levantarse y lo obligó a sentarse.

—Amigo, J.C no tiene experiencia en eso.

—¿Qué quieres decir con qué no tiene experiencia? A mí sí me parece que tiene y bastante, tendrías que haber visto cómo se me insinuó hace unos meses —Miguel enarcó una ceja y lo observó con los ojos abiertos.

—¡Caramba, con J.C! Cada día me sorprende más —y se ríe a carcajadas antes de mirar a Pablo de nuevo.

—¿Sabes el dicho ese de las apariencias engañan? —Pablo frunció el entrecejo y cruzó sus brazos esperando que finalizara su explicación—. Ju, no tiene experiencia con los hombres, ¡Macho! No sé cómo fue ese encuentro, juraría que buscó la forma de torear y salir airosa. No te lo tomes a mal, no se burló de ti, se le metió en la cabeza buscar un hombre con unas cualidades imposibles.

»Al principio pasaba un poco de las insinuaciones de los tíos que la rondaban y, de buenas a primera cambió, creyó que al poner el listón por las nubes, nunca encontraría a nadie que cumpliera los requisitos y la dejarían en paz.

»Lo he visto a lo largo de estos años a todos ha rechazado y nunca, óyeme bien, nunca nos ha presentado a ningún hombre al que llamara novio, tampoco a ningún rollete.

Pablo enmudeció, «¿Un listón? ¿En qué mundo vive esta chica? O mejor dicho, ¿en qué época?» Las mujeres aprendían a ser despiadadas utilizando sus armas para seducir a los hombres y obtener lo que deseaban con mayor facilidad.

«Espera» se dijo. «¿Me está diciendo que nunca ha tenido una relación?»... Pablo abrió mucho los ojos. Y sin preámbulo preguntó.

—¿Y por qué me cuentas eso a mí?

—Por qué eres todo lo contrario a ese hombre que tiene idealizado y eres lo que realmente necesita —Pablo cogió la jarra de cerveza y de un solo trago se la tomó.

Caris estaba aterrada a dar cualquier movimiento, había tenido suficiente con la humillación que tuvo años atrás. Pero el estado de pánico y negación de su

prima en definitiva, era mucho peor.

—Caris, no. Pablo es el típico hombre al que no puedo ni imaginar como amigo.

—Por favor, por una vez en tu vida debes...—escucharon a Lucas llamar a Julieta con preocupación, bajaron y lo primero que vieron fue a Agnes abanicándose.

—¡¿Qué tiene ese hombre para que mis dos nietas cayeran en sus brazos?! — La mujer se abanicaba con fuerza mientras observaba horrorizada a sus dos nietas.

—¡Julieta! ¿Has visto lo que has hecho?—Le reprendió su hermano cabreado —. ¿Qué coño te pasa por la cabeza?, ¿A qué vino ese beso con Miguel? Y encima también te besuqueas con Pablo —Julieta pestañeaba sin poder creerse que su hermano le reprochara aquello.

—¿A ti qué te pasa? —le respondió a su ataque—. Yo beso a quien me dé la gana y si quiero foll... —Lucas no la dejó terminar.

—¿Desde cuándo te has pasado al bando independentista?

Julieta alzó las cejas y miró a su hermano, furibunda. Caris regresaba con el vaso de agua cuando escuchó a su primo acusar a Julieta y se enfrentó.

—Lucas, ¿desde cuando eres tan retrógrado? Julieta puede besarse con quien le dé la gana sea el cartero, el carnicero o el gigoló que conoció en el *pub* y si quiere tirarse al lechero, no es tu problema.

—¡No te metas Caris! Esto es por tu culpa.

—¡Ah, no! —dijo señalándole con el dedo—. A mí no me culpes, me acuesto con quien me dé la gana, es mi vida para eso soy joven, ya después veremos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Agnes escandalizada y abanicándose aún más —. ¡Basta!

Advirtió escuchando a sus nietos discutir intimidades. Ese hombre había traído la desgracia a su familia y, antes que le diera un infarto, iba a parar esa discusión. No aceptaba esas clases de comportamientos, ni que se echaran en cara sus experiencias sexuales, en su presencia. Se levantó y se dirigió a su nieto mayor.

—¿Por qué ha venido ese hombre?

Lucas que estaba en un sillón se retorció, no era fácil explicar qué hacía su amigo en la ciudad y desvió la mirada evitando contestar la pregunta. Era mil veces mejor que su abuela se enfadara con Miguel, a que también lo terminara echando a él de la casa. Agnes fijó sus ojos en Julieta, dándole tiempo a Lucas para que le contara la verdad.

—¿Y tú? Julieta Cameron, cómo te has atrevido a mentirme. ¿A cuenta de qué? Además, ese otro chico dijo que era tu pareja. ¿A qué estáis jugando? ¿A eso que llaman tríos o a otro de esos juego que está de moda entre los jóvenes?

Caris giró con la boca abierta a punto de carcajearse. ¿En qué momento Agnes y Pablo hablaron? ¿Cómo podía ser que su abuela estuviera tan puesta en prácticas sexuales? En definitiva, Agnes siempre la sorprendía en algo.

Había que ser valiente para presentarse como el novio de alguna de ellas ante Agnes Cameron, si su prima no se daba cuenta de que Pablo era el ideal estaba ciega. No pudo resistir mucho más y soltó una carcajada.

Julieta y Lucas clavaron sus ojos en su abuela ruborizados, pero al reírse Caris olvidaron preguntar en que momento la conversación se había convertido en una clase sobre sexualidad. Julieta estaba al borde de un ataque de pánico y debía aclarar cuanto antes todo aquel asunto.

—No es mi novio —Julieta reflejó toda la rabia contenida en aquella respuesta y maldijo mil veces a Pablo por no tener vergüenza y soltar mentiras a todo el que le preguntase—. No tenemos nada y no sé por qué él va divulgando esa estupidez.

Se sentó en el sillón, resignada con la mente embotada y con ganas de gritarle al mundo que Pablo era un mentiroso.

—¡Te ha besado! —Recalcó Lucas—. Lo confesó —Julieta se tapó la cara.

—¡Maldito Pablo! —Soltó exasperada ante ese linchamiento. Todos se quedaron en silencio, era la primera vez que la escuchaban maldecir, miró a las tres personas y soltó aire resignado—. Hace un rato coincidimos en una cafetería, terminamos discutiendo y entre una palabra y otra me besó.

Los presentes en la sala mantenían su mirada en ella, Edimburgo no era igual de grande que Londres o Tokio, pero coincidir en una misma cafetería era algo muy raro.

Julieta tenía los ojos cerrados, los abrió, y cruzó la mirada con los ojos que se mantenían fijos en ella y se ruborizó, Lucas se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—Solo tienes que mirarte cara, es evidente que te gusta, lo mismo sucedió cuando entramos. Por cierto abuela, rompió una de tus taza.

—¡Mi vajilla! —exclamó Agnes.

—¡La madre que te parió! ¡Serás chivato! —Le espetó Julieta en español cabreada—. Estás siendo muy capullo.

Caris miró a su prima a sabiendas que se había perdido algo. Vio a su abuela abanicándose escandalizada, ante lo que presenciaba a pesar de que no lo

entendiera.

Lucas se puso de pie estupefacto ante el comportamiento de su hermana.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi hermana?

Caris trató de ayudarlos, le divertía ver como Julieta insultaba a Lucas, se lo merecía por juzgarla. Pero si no terminaba pronto con aquella discusión su abuela moriría de un infarto ante tantas revelaciones.

—July —dijo llamando la atención de todos—. Lucas solo está sorprendido. Está tan acostumbrado a que no le hicieras caso a ningún hombre, que la relación con Pablo lo ha pillado desprevenido.

—¡Que no tengo nada con él! —gritó Julieta frustrada.

«¿Acaso nadie la estaba escuchando?» Su familia hablaba de Pablo como si ya fuera uno de ellos y se hubiera hecho público por todo el planeta.

—¡Julieta! —Soltó Lucas—. No me vengas con historias. ¡Qué lo he visto! —Agnes comprendió que no estaban llegando a ninguna parte y decidió que era hora de intervenir. Se abanicó, cogió aire y habló.

—¡Silencio! En mi casa no quiero ninguna otra palabra mal sonante —aclaró para ambas partes—. Ambos sois hermanos y pagaréis una nueva vajilla de colección, no me importa quien tuvo la culpa, estuvieron involucrados y punto.

»Julieta, no hagas caso a tu hermano —su mirada inquisidora la trasladó a Lucas—. Si me entero que ha dicho o hecho algo que te haga sentir incomoda, se acordará de quien soy y por cierto, sé todo Lucas Cameron, no tienes derecho de juzgar a tu hermana a sabiendas de lo que hiciste.

Lucas miro a su abuela frunciendo el entrecejo y gimió perdiendo la paciencia.

—¡Todas las mujeres sois unas brujas! —Se giró y salió de la casa dando un portazo.

De todas las personas en la ciudad, la que menos quería que supiera lo que había hecho era su abuela. Había sido un idiota por quitarse los pantalones donde no debía y creer que no se enterarían aunque estuviera en otro país y muy en el fondo se maldecía que pese a todo lo que había pasado, sus sentimientos siguieran perteneciendo a una única mujer.

«¿Quién demonios le habría contado a su abuela lo de Leslie?» Se preguntó por todo el camino. Agnes no se inmutó ante el portazo dado por su escurridizo y cobarde nieto, ya hablaría con él y le cantarían las cuarenta. Se levantó, cruzó sus brazos y fijó sus ojos en su otra nieta.

—Y tú, Caris —señaló con el dedo—. Cómo te vea al lado de ese demonio te sacaré los ojos —Caris abrió los ojos, mientras asentía con la cabeza tragando

saliva.

Julieta sonrió. Agnes miró a ambas muchachas durante un minuto con su mirada inquisidora, la cual asustaba hasta un ciervo adulto, antes de volver a coger aire.

—Ya que fue invitado sin mi previo consentimiento, no se puede quedar sin comer —Agnes volvió a dirigirse a Caris que se mantenía perdida en sus pensamientos y abrió los ojos a la indirecta, a pesar de que, era ella la que no estaba segura en volver a estar en la misma habitación que Miguel.

—Eso sí —indicó Agnes—. Lo estaré vigilando —Caris sonrió a su abuela, sus ojos se iluminaron de inmediato.

«Solo por hacerlo sufrir, como me hizo sufrir a mí» se dijo. Haría que aquel hombre besara el suelo que pisaba antes de dejarle que se acercara. Su abuela por su parte terminó dirigiéndose a su nieta menor.

—Julieta, ahora debemos hablar tú y yo a solas. Caris ve en busca de ese primo malcriado y juerguista que tienes, convéncelo de que traiga a esos dos rufianes que tiene como amigos. Es hora de comer. ¡Dios los cría y el diablo los junta!

Concluyó Agnes levantando los brazos de una manera demasiado dramática. Julieta sonrió y Caris salió con una sonrisa de oreja a oreja. Agnes se quedó a solas con Julieta, escudriñándola a fondo como solo la anciana sabía hacer.

—¿Y bien? Cuéntame, ¿vale la pena ese tal Miguel para que lo defendieras de esa manera?

—Si abuela, es un gran amigo.

Miguel había cumplido el juramento que le hizo una vez, el de no contar nunca a su hermano la mala experiencia que tuvo con el único chico que había dejado entrar en su vida y él que hizo que terminara siendo tan renuente a los hombres.

—Está bien —respondió—. Me comportaré como una abuela comprensiva, solo te diré que si él tal Pablo, no vuelve, no vale la pena —Julieta sonrió a medias.

Tampoco apostaba por una relación entre ellos. Eran muy diferentes, como el agua y el aceite. Aceptó la advertencia de su abuela y comenzó a hacerse la idea que tal vez, no volvería de nuevo a su vida y a pesar de que era lo correcto, algo parecido a la tristeza se plantó en su corazón.

—¡Qué, no! No me vas a convencer, esos dos me han metido en un lio — Caris levantó una ceja viendo como su primo iba de un lado a otro.

—Tu solito te metes en líos, bonito. Vas a traer a Pablo y a tu otro amigo o Agnes sí que se enfadará de verdad.

Lucas seguía negándose, le daba igual si su *gran'm* cambiaba de opinión. Había metido la pata con su hermana, su abuela le echó en cara haber defendido la causa de Miguel y para que su día fuera a peor vio a lo lejos a la persona que llevaba un par de semanas evitando.

—¡Me cago en la...! —Caris lo miró sin entender pero el cambio en la actitud de su primo era evidente. Lucas se inclinó, Caris se movió y él hizo lo mismo, Caris volvió a moverse al otro lado y Lucas la imitó, era como si tratada de ocultarse de algo, o de alguien.

—Vamos a ver, Lucas —dijo cabreada con la situación—. No sé qué dijiste en español, pero estoy segura de que no fue un piropo y ahora te comportas de forma infantil. ¿Tienes algún problema mental que no hayas confesado?

—¡Cállate, Caris! Y deja de moverte —Caris abrió los ojos e intento voltearse, pero Lucas musitó de forma fantasmagórica.

—¡Qué no te muevas!

—¡Lucas! Estás muy mal. O me cuentas de quién te escondes o empiezo a gritar tu nombre.

—No lo harás, soy tu querido y adorado primo — Caris sonrió con malicia y se giró rápido para ver de [quien se](#) escondía.

—¡Qué te dejes de mover y no te des la vuelta!

—¡Lucas! —gritó y su primo enmudeció, Caris soltó una carcajada y durante varios minutos no dejó de reír.

—Lucas —dijo tras limpiarse las lágrimas que habían escapado de tanto reír —. El fuertote se metió en el coche hace un buen rato, solo quise hacerte sufrir.

—¿Por qué sois tan vengativas las mujeres de esta familia?

Caris rio de nuevo, luego fingió mirarse las uñas y con tono aburrido contestó

—Debido a que vosotros los hombres sois unos desalmados cuando os queremos y nos hacéis sufrir —Lucas levantó una ceja y resopló—. Ahora bien, querido primo, ¿vas a buscar a tus dos amigos o Llamo al hermano de Leslie y le digo que vuelva atrás que estás a mi lado en este momento?

—¿Sería capaz?

—Tenlo por seguro —dijo con un gran bostezo.

—Eso es un vil chantaje —señaló ofendido.

—Corrección, no es un chantaje, es un aliciente para que hagas lo que he pedido —Lucas se quedó con la mandíbula abierta de par en par. Su prima estaba completamente loca, pero no dispuesto a tentarla de mala gana sacó el móvil.

—Esta me la vas a pagar.

—No creó, te tengo cogido por los huevos —Lucas quiso protestar y se dio cuenta de que su prima tenía razón y deseó no haber salido de su casa ese día.

Por otro lado, Pablo se mantenía en el *pub* pensando y dando vueltas al mismo asunto «*De todas las miles de mujeres en España, había tenido que toparse con una puritana*».

Quién se iba a creer que después de tantos años de juergas resultaba que la mujer que lo despreciaba y por la que sentía más que una simple atracción no era una chica cualquiera. Miguel lo había dejado solo para meditar, tenía en su cabeza miles de preguntas, la mayoría sin respuestas.

«*Esa mujer es una gran actriz*» Cada vez que discutían le hablaba con tal seguridad que terminaba cabreado, era raro que una mujer lo sacara de quicio de la forma que ella lo hacía.

No le cabía en la cabeza que fuera la misma chica que coqueteó con él en la discoteca. Bufó, el destino era muy cínico al jugar de esta manera o él era muy masoquista al seguir pensando en esos labios deliciosos y esa mirada de fierecilla sin domar, quiso reír ante lo absurdo de esto último.

—Pablo —lo llamó Miguel sacándole de sus pensamientos—. Acaba de llamar Lucas, dice que tenemos que volver. ¿Vendrás conmigo? —respiró hondo y negó con la cabeza, el suspiro profundo de Miguel fue seguido de unas palmaditas en la espalda y se alejó.

Conociendo la verdad, no era conveniente seguir. Llamó al camarero y pidió otra jarra y este de inmediato se la sirvió.

Miró a su alrededor y se quedó observado una pareja que entró por la puerta. El chico beso en la mejilla a la chica y sin motivo alguno, ella se sonrojó. Se dirigieron a una mesa y se sentaron, el chico de nuevo fue cariñoso y murmuró algo a la chica, que la hizo sonreír.

Minutos atrás vivió una situación parecida y con una intimidad, que por primera vez experimentaba. Las pocas mujeres que estuvieron en su vida fingían que estaban emocionadas cuando actuaba de esa manera.

Al cabo de un tiempo conocía la verdad y comenzaba a fingir que creía su emoción, lo que terminaba aburriéndolo y optó por lo más fácil, tener noches de buen sexo con la primera que se ligaba.

«¡Esa mujer me exaspera!» Se bebió la jarra entera, pagó las cervezas y se levantó para volver a la casa de los Cameron. Tal vez se estaba volviendo tan loco como ellos.

En casa de los Cameron, una Julieta inquieta rogaba que la situación no empeorara y que su amigo no hubiera hablado de más con Pablo. No quería que terminara burlándose de ella o incluso temió que le contase sus secretos. Negó con la cabeza, si Miguel no se lo había dicho a nadie, tampoco haría ahora.

Se reprochó por estar tan nerviosa, lo más probable era que Pablo se excusara y no regresara.

El timbre sonó y Caris dejó de respirar, así como Julieta. Trató que sus nervios no afloraran, Lucas volteó los ojos al no creer lo que estaba pasando y se levantó para aliviar toda aquella tensión y abrir a quien estaba tocando la puerta. Era como haber vuelto al pasado, retornar a una época que las damiselas esperaban a sus caballeros.

Abrió la puerta con desgana y el murmullo de dos hombres logró que Julieta se revolviera en su sitio. Minutos atrás se negaba a tener ilusiones y muy en el fondo las tenía.

El beso, había creado un antes y un después entre ellos y, pese a que se recriminaba por sucumbir a los encantos de Pablo, anhelaba volver a verlo. Miguel entró en el salón con la mirada baja y una ligera sonrisa.

Pero los ánimos de Julieta decayeron y la desilusión se apoderó de ella cuando su amigo le dijo que Pablo no volvería y centró su atención en Caris que se ruborizó. Julieta sonrió cuando su amigo abrazó a Caris, levantó su cara para darle un dulce y tierno beso en la frente.

Agnes entraba a la cocina y vio el numerito montado por el español, dio un suspiro pidiendo paciencia al universo e invocó a todos los dioses celtas.

Parpadeó varias veces y fijó la mirada en sus otros dos nietos, les hizo señas y ambos se acercaron a la cocina; entendieron que debían dejar sola a la pareja para que aclarasen sus diferencias.

Julieta no quería que la desilusión la consumiera pero no podía dejar de sentirse cabreada por ser tan tonta y dejar que apareciera la vena romántica que tenía encerrada. Sacó de la nevera verduras para ayudar a su abuela a preparar una ensalada y lavó los vegetales, tomándose más tiempo de lo necesario. Comenzó a cortarlos descargando sobre los pobres alimentos toda su frustración, cada corte era un reproche que tenía para sí misma por ceder.

«*Si hubiera mantenido la templanza, no estaría de malhumor*» murmuró «*Incluso he sido tan tonta, que dejé que frotara su...*» Cortó el pepino con tanta energía que el golpe del cuchillo contra la tabla fue seco, si hubiera tenido la cabeza de Pablo, aquel hubiera sido un corte magistral.

Desde la puerta Pablo observó cómo Julieta murmuraba y cortaba los vegetales con rabia, intentó escuchar lo que decía, pero era difícil, así que se acercó con sigilo y rezó para que en lugar de los vegetales, lo próximo que cortara Julieta no fuera él.

Cuando Julieta pasó al pepino, dio un corté enérgico e hizo que estuviera a punto de cambiar de idea, pero la joven se limpió la cara, gesto que lo desarmó.

—Entonces —le murmuró al oído acercándose todo lo que podía a ella—. ¿Nunca me darás una oportunidad? —Julieta dio un respingón y acto seguido gritó.

—¡Dios mío! —La joven lo apartó y corrió al fregadero, Pablo vio gotas de sangre juntarse con el agua y en dos zancadas estaba a su lado.

—¡Dios santo! Solo quería... —se llevó la mano a la cabeza—. Solo quería que te dieras cuenta de que estaba aquí.

—Por favor —le pidió Julieta con un hilo de voz—. A tu izquierda está el botiquín, saca la *clohidrina* y las gasas. ¡Cómo duele! —se quejó casi llorando.

Pablo tragó saliva e hizo lo indicado, ahora sí que Julieta no iba a aceptar que se acercara.

Regresó con lo indicado y hasta ese momento no se había percatado de lo grave que era aquel corte. Lo primero que vio fue mucha sangre y una enorme herida en el dedo de Julieta, se sintió muy mareado.

—Necesito que me ayudes —pidió de nuevo Julieta. Se dio la vuelta con la mano en alto que se llenó de sangre, la mirada de Julieta hacia él venía cargada de reproches y en cambio, Pablo solo veía la mano llena de líquido rojo—. ¿Por

qué no podías hablar desde lejos como todo el mundo?

Pablo pestañeó, obligándose a pensar en otra cosa, tratando de concentrarse en la cara de su chica y no en la mano.

—Tenías que venir en silencio, ¿ves? —Le mostró la herida como si le mostrara alguna de las verduras que había estado cortando—. Es profunda y tendré que ir a urge...

Julieta no pudo seguir su explicación, Pablo se desvanecía en ese instante y para mayor desgracia su altura fue una desventaja muy grande, ya que su cabeza golpeó el filo de la mesa de roble que tenía Agnes en su gran cocina.

—¡Lucas! —gritó Julieta mirando alrededor buscando a su abuela y a su hermano, minutos atrás habían estado en la habitación y ahora no se les veía por ningún lado—. ¡Ayuda! ¡Necesito ayuda!

Una hora después, ambos estaban siendo atendidos por Leslie, a pesar de que con ellos estaba siendo un cielo con Lucas era todo lo contrario.

Julieta quería saber más sobre esas miradas de odio que la enfermera le dedicaba a su hermano, pero estaba más preocupada por el golpe de Pablo. Su dedo había necesitado dos puntos de sutura, pero la herida de Pablo era un asunto totalmente distinto.

Había barajado cientos de posibilidades, miles de diagnósticos. Pero su pánico se desvaneció cuando Pablo volvió de rayos. Corrió hacia él para ver cómo era el terrible golpe a un lado de la frente y que la hizo sentirse culpable.

—Lo siento, debí ser... menos descriptiva —Pablo llevó sus ojos a los de ella.

—Soy un llorica, me he desmayado por un poco de sangre —el corazón de Julieta se ablandó y Pablo dibujó una pequeña sonrisa en su rostro.

—Me gustaría que esta no fuera la única forma de que me prestases atención.

Julieta curvó una sonrisa y esta vez, fue ella la que se acercó, llevó sus manos a sus mejillas y lo besó.

Lucas odiaría ese día el resto de su vida, había algo en el ambiente para que todo fuera en su contra. Las dos veces que Leslie lo miró con odio, el sentimiento de culpa le invadió y sabía que tenía razón, nadie le había mandado a acostarse con otra, cuando la que realmente quería era a ella.

«*Pero demonios, mil demonios*», meditó justificando su comportamiento. «*Leslie, no me daba señales claras, no había dicho que estuvieran juntos*» La vio venir hasta a ellos y su corazón se detuvo de nuevo.

—En cualquier momento, los pacientes serán dados de alta, esperamos que la

evolución del chico sea buena aunque tal vez deba quedarse un poco más por precaución.

—¡Hombres! —Soltó Caris—. Muy machotes para algunas cosas y para otras... —Lucas clavó sus ojos en su prima, no ayudaba con ese comentario, al contrario, lo hundía más. Miguel al escucharla, resopló y cogió la mano a Caris.

—Vamos Caris, tú y yo debemos hablar —dejando a Lucas y Leslie a solas. El primero no dejó pasar la oportunidad para rogarle que le diera cinco minutos para explicarse.

—Leslie yo... —una llamada entrante desde el móvil de Lucas interrumpió la poca valentía que le quedaba. Leslie resopló cuando sacó de su bolsillo el móvil y le dio la espalda no sin antes dejar claro su opinión.

—¡Hombres! Sois unos cobardes con pantalones —Lucas dio un respingo. Durante unos breves segundos quiso arrodillarse y pedirle perdón, pero si en los tres meses y medio no le había concedido esa oportunidad, estaba seguro que no se la daría ahora.

La llamada de su abuela le otorgó la claridad mental que había perdido por unos instantes. Dio las gracias mentalmente por haberle distraído y no dejado suplicar para que Leslie le perdonara.

Miguel llevó a Caris hacia la entrada del hospital con la tensión revoloteando entre ambos, la soltó llevándose la mano al pelo.

—No sé... creo que te faltó ser un pelo más sincera —Caris levantó una ceja y cruzó los brazos.

—No comprendo a que te refieres.

—Entiendo que me odies a mí, pero esa cruzada que tienes contra los hombres no te llevará a buen término. ¿O realmente crees algo así?

—Puede que sí — Miguel suspiró.

—Está bien, suéltalo, dímelo, me lo merezco —Caris bufó.

—Lo siento, no tengo nada que decir —Caris sabía que la mejor arma para la venganza era ignorar a una persona. Le dio la espalda dispuesta a volver, pero Miguel no se lo permitió.

—No irás a ninguna parte, he venido a Edimburgo dispuesto a recuperarte y si para hacerlo tengo que secuestrarte y amarrarte a la pata de una cama, lo haré — Caris abrió los ojos y un cosquilleo de anticipación le recorrió todo el cuerpo.

Pablo se acercó a Julieta más de la cuenta para saborear y disfrutar a gusto de sus labios, deseaba que ella se tumbase en la camilla para tener un mejor acceso y ese simple pensamiento lo excitó.

Llevó su mano al dobladillo de la falda de Julieta acariciando el muslo, subiendo lentamente por toda su pierna. El descubrimiento de que a pesar de que tenía medias llevaba un tanga casi lo volvió loco y comenzó a imaginar como quitarle las medias y llevar a un lado el tanga sobre todo cuando Julieta ronroneó. Pero de nuevo, y como si se riera de él la vida, un carraspeo los trajo de vuelta a la realidad.

—Disculpen la interrupción —dijo una Leslie incomoda a lo que veía—. El médico vendrá enseguida y su prima me ha dicho que le urge verla.

Miro a ambos con una pequeña sonrisa, Julieta evitó mirarla. Era bochornoso ser pillada en esas circunstancias en el hospital del que su padre era el director.

—Gracias —respondió Pablo por los dos, los ojos de Julieta se fijaron en él de inmediato.

Nuevamente había cedido sin ser precavida, pero ¿cómo rayos podía serlo? Si cada vez, se sentía más arrastrada por la atracción y el deseo de sentir a Pablo dentro de ella. Aquello la aterró y dio gracias a Caris por pedir que fuera con ella, sin tener idea que ocurría afuera. Sin decir nada más, se apartó del agarre de Pablo y salió de la habitación.

—No, espera, otra vez... —pero no pudo detenerla seguía un poco mareado para levantarse.

Esperó al médico impaciente y cuando apareció, lo apresuró para que le diese el alta. Salió sin escuchar las recomendaciones con la esperanza de encontrarse a Julieta. Pero en su lugar encontró a Lucas y Miguel con caras de derrota.

—Lo siento, pero paso de entrar en vuestro club de pringados, si tengo que morir en la batalla lo haré —sin decir nada más siguió el camino.

—¿A dónde vas?

—A pelear por lo mío, Julieta es mía —escuchó una maldición por parte de Lucas seguido de una petición.

—Espera —suspiró resignado—. Os llevaré a casa de Agnes, lo mío no tiene solución, pero espero que vosotros al menos podáis tener una última oportunidad.

—Lo dudo —respondió Miguel—. Caris me dijo que si me acercaba de nuevo, llamaría a sus primos —Lucas rio por no llorar.

—Prefiero enfrentarme a los MacArthur —y lo observó con expresión lastimosa—. Que a la ira de Agnes Cameron.

—¿Tienes por casualidad alguna armadura? —preguntó Miguel con deje burlón.

—Que sean dos —añadió Pablo.

Los tres hombres se carcajearon y fueron de nuevo a casa de Agnes Cameron, rezando para que sus vidas fueran perdonadas por aquella temible anciana.

Julieta salió de la habitación perdida en sus pensamientos. Recorrió el largo pasillo pasando junto a su hermano y Miguel ignorándolos por completo. Y en la puerta del hospital se encontró a su prima enfadada.

—Veo que Miguel no ha arreglado para nada las cosas —Caris, levantó la vista y sonrió.

—¡El muy Neanderthal me ha dicho que si no le doy una oportunidad me atará a la pata de la cama! —Julieta se carcajeó sin poder evitarlo.

—A eso se le llama, usar métodos efectivos —ambas rieron, pero Julieta sabía que Miguel haría cualquier cosa por ser perdonado.

—Y por lo que veo, a ti si te convencieron —dijo Caris con una sonrisa ladeada señalando con el dedo la ropa arrugada de Julieta.

—Debo irme de aquí o terminaré haciendo algo moralmente poco apropiado en algún rincón del hospital —su prima comenzó a reír para luego negar con la cabeza.

—Hoy los hijos y sobrinos de James Cameron ya han dado un buen espectáculo, no me extrañaría que tu padre nos impida pisar el hospital de nuevo.

Julieta la miró aterrada, rogó que Leslie fuera prudente y no contara lo que había visto entre ella y Pablo.

«Pablo» pensó, no podía seguir haciéndose la difícil, lo necesitaba, su cuerpo se lo pedía a gritos y ya era hora que dejase de negarlo. Tal vez, solo tenía que intentarlo.

Regresaron a casa de Agnes minutos después y la situación no cambió mucho. Intentó no hacer ningún comentario al respecto y a cambio, les habló de los múltiples festivales que habría ese verano.

Agnes les dio tiempo a sus nietas para que hablaran, pero las dos evitaron el tema hablando sobre banalidades. Algo más de veinte minutos después, la puerta se abrió de nuevo y el sonido de tres voces varoniles interrumpieron la quietud

de la casa.

—Iré a la cocina —Julieta se levantó a toda velocidad y abandonó la sala sin que diera tiempo alguno de que la retuvieran. Agnes observó cómo Pablo la seguía y se tapó la cara esbozando una hermosa sonrisa y pensando en que ese día era el más extraño de su vida.

Julieta se detuvo cuando Pablo la llamó, se giró con cara de arrepentimiento y sin poder evitarlo, comenzó a hablar siendo lo más sincera que había sido nunca.

—Creí que el accidente te demostraría que a mi lado corres peligro —Pablo curvó las comisuras de sus labios fue acercándose con movimientos lentos.

—Me gusta el peligro —respondió con voz socarrona. Julieta dibujó media sonrisa, fue ella la que se acercó el siguiente paso.

—Los retos equivalen a ganar o perder —señaló—. ¿Qué pasaría si sucede lo segundo? —Pablo rio flojito y dio otro paso.

—Nunca pierdo —murmuró recorriendo el poco espacio que aún les separaba. Pablo llevó los nudillos hasta su rostro y Julieta vio con claridad que aquel, era un momento decisivo. Si no aceptaba, perdería la oportunidad con Pablo para siempre. Así que cerró los ojos al sentir el contacto en su piel y decidió saltar hacia lo desconocido.

Una sutil caricia encendió su cuerpo logrando que ronroneara cuando los dedos de Pablo dibujaron el contorno de sus labios. Pablo dibujó una sonrisita sincera cuando Julieta abrió los ojos y lo miró.

—Eres un engreído —pero el reproche que Julieta acababa de lanzarle, con aquel tono de voz, no era para nada como todos los anteriores que había habido entre ambos.

Ambos terminaron con la distancia que separaba sus labios, besándose como ambos necesitaban. Julieta se refugió por fin, de buena voluntad dentro de aquellos brazos musculosos que le aportaban calor mientras sus labios encendían una pasión que le devoraba lentamente la cordura.

—¡Oh, por favor! Esto es, vomitivo —la voz de Lucas fue lo único que consiguió que se separaran. Su hermano se llevó las manos a la frente negando con la cabeza—. ¡Voy a quedarme ciego! —La frustración empezaba a ser un problema para Pablo, cada vez que la tenía en sus brazos alguien los interrumpía y sentía que tenía que volver a empezar desde un principio.

—Lo siento, amigo —se excusó y con un largo suspiro de frustración, apoyó la frente sobre la de Julieta, negándose a soltarla y sentir que se le escapaba de nuevo.

—Eso no lo crees ni tú —señaló Lucas con una carcajada—. Se nota que estás

a gusto —Pablo prefirió no responder, pero si Lucas quería una muestras de lo mucho que lo ponía su hermana, si no se marchaba en los próximos segundos, podría verlo en toda su gloria.

—Iré al salón —indicó antes de tomar de nuevo a su chica y besarla.

—No, es mejor que vaya July —sugirió Lucas—. En el salón hay una tensión que da miedo —Julieta suspiró y con reticencia volvió al salón, donde estaba a punto de iniciarse una guerra. Mientras tanto, Lucas se mantuvo en la cocina. Hundió los hombros aceptando resignado lo que nunca pensó que pasaría, aunque no pensaba ponérselo fácil a Pablo. Con parsimonia se acercó al frigorífico y lo abrió observando su contenido.

—Tomaré una cerveza para brindar por ti y por mí —Pablo curvó sus labios en una sonrisa y estuvo a punto de pedirle una para bajarse un poco el calentón, pero si su doctora favorita lo veía con una cerveza en la mano, lo mataría.

Lucas se quedó observando a Pablo con el ceño fruncido y tomó un trago largo de la botella antes de volver a hablar.

—No soy nadie para pedir explicaciones. Ayer os declarabais odio eterno y hoy os metéis mano en cada rincón de la casa. No es fácil de digerir la imagen de tu adorada hermana con uno de tus amigos más mujeriegos.

—Eso de meter mano... —Pablo prefirió no entrar en el tema y optó por ser sincero—. No es la primera amenaza que recibo hoy. Pero gracias por ser sincero y no oponerte.

—Miguel la quiere como si fuera su propia hermana —concluyó Lucas dejando bastante claro lo que le esperaba si le hacía daño a Julieta.

—Lo imaginé, aunque si te soy sincero no es agradable que te amenacen con dejar tu reputación por los suelos a lo largo de todo Madrid —los dos se quedaron en silencio para luego romperlo al estallar en carcajadas—. Tu hermana, es una mujer peculiar.

—Es una gran chica —recalcó Lucas.

—Y yo no soy perfecto, aun así, quiero esta oportunidad.

—Tendrás mucho trabajo.

—Quién sabe, tal vez con unas cuantas citas más de *Shakespeare*, me dejen en camino un poco más accesible.

Lucas abrió los ojos dispuesto advertirle que no siguiera por ahí o la cagaría de verdad con su hermana, pero la duda le invadió.

¿Acaso Pablo no conocía el verdadero nombre de su hermana? Eso no sería lógico, Julieta había sido su doctora y nadie había dejado de llamarla por su nombre desde que estaban en la ciudad. Sinceramente, no le agradaba a Pablo

como cuñado, pero después de pensarlo durante un minuto, decidió que su hermana merecía la oportunidad y Pablo era su amigo. También se merecía saber por qué Julieta se ofuscaba cada vez que la relacionaban con la más conocida tragedia romántica de todos los tiempos.

Pese a sus reticencias, iba a echarle un cable, cuando el grito de Caris los interrumpió.

—¡July! —El grito fue seguido del sonido de algo que acababa de romperse.

—¡Este hombre no solo destruirá a mi familia, también mí hogar! —Dramatizó Agnes.

Lucas y Pablo salieron a toda velocidad hacia el salón y vieron a Julieta cruzadas de brazo taconeando contra el suelo con el pie.

—Es que eres tonto del culo, Miguel.

—¿Qué ha ocurrido? —Preguntó Lucas.

—Aquí, tu amigo el inteligente, le dijo a Caris que me había hecho un pase de modelos desnudo —Lucas se pasó una mano por la cabeza y de reojo vio a su pobre abuela escandalizada.

—Iré en busca de... de algo —dijo Agnes mientras salía del salón turbada. Sus nietos eran unos desconocidos, a esos pequeños que había visto crecer. Si aquel día no moría de un infarto era cuestión de un milagro.

—Miguel, hora de irnos —sugirió Lucas. Aquello ya era demasiado para un domingo familiar—. En casa tendrás tiempo de explicarme que hacías desnudo con mi hermana y cómo vas a arreglar las cosas con Caris.

—No, no me iré —dijo Miguel negándose a moverse—. Ha sido un mal entendido. Fue algo gracioso y solo quería que nos riéramos con la anécdota. No entiendo por qué todo el mundo se lo tomó a mal —Lucas puso los ojos en blanco y se arrellanó en el sofá.

Julieta comenzaba a creer que la verdadera meta de Miguel era que su prima no volviera a hablarle o que buscara una diana más grande donde pincharle a él y ofrecer el gran premio al que acertara primero con el dardo en sus partes nobles. Y después de como se había comportado su amigo unos instantes atrás, estaría encantada de participar en la competición de tiro al blanco.

—Si mi ex pareja me contase —comenzó meditando en alto Julieta—, que su prima lo vio desnudo en el baño y su conversación se basó en estadísticas sobre la media de medida del pene, te aseguro que pronto sería detenida por mutilación.

Pablo se cruzó de brazos evitando evocar la imagen de su chica y un hombre desnudo en un lugar tan pequeño como un baño. Se encogió de hombros,

intentando no pensar demasiado en lo ocurrido.

—Por primera vez estoy de acuerdo con el español de pelo negro —indicó Agnes que volvía de la cocina, para recoger la figura que había destrozado su nieta—. No se va a ningún lado, se quedará y hará frente a lo que Caris crea conveniente que tiene que hacer con él.

Era el momento de que Agnes tomara las riendas de su casa y lo haría como ella solo lo sabía hacer, recorrió con la mirada a sus nietos dispuesta a poner a todo el mundo en su lugar y con una labor que los apartara de hacer más tonterías.

—Lucas podrás empezar a tomar notas de tu amigo, sobre las consecuencias de no ser del todo sincero —el aludido se frotó el cuello y tragó saliva avergonzado porque su abuela estuviera al tanto de su situación.

—¿Pero *gran'm*, has pensado en Caris? —Agnes se dirigió a Julieta.

—Mantente al margen con tu novio.

—¡Qué no es mi novio!

Pablo alzó una ceja, esperando saber por qué lo negaba de nuevo. Julieta sintió la mirada intensa de Pablo y quiso reír, no iba a reconocer ante todos que estaba con Pablo solo porque se hubieran dado cuatro besos, había mucho por aclarar. Se cruzó de brazos quedando frente a frente.

—Para que eso suceda, primero debes ganártelo y de momento aún no has hecho méritos, guapo —su tono fue burlón, Pablo sonrió ante el reto que ella le acababa de plantear.

—No te preocupes, tengo suficiente tiempo para lograrlo.

Julieta intentó ocultar su sonrisa y su corazón se negó a que lo hiciese, Pablo se acercó tomando su mano y besó suavemente sus nudillos mientras la miraba intensamente.

Tras aquella desastrosa comida en casa de su abuela, Julieta creyó que hacerse la difícil le daría mejor resultado, pero terminó siendo un arma de doble filo. Las ansias de verlo crecían. Pablo llevaba dos días enviándole flores, mensajes y llamadas que ella había rechazado.

Seguir los consejos de su prima para llamar más su atención no estaba teniendo el resultado esperado, aunque su corazón le dictaba lo contrario. Rogaba no volver a tener una comida como la de ese domingo en casa de su abuela.

La conversación había girado en torno a Pablo y el partido de *hockey*, algo que a ella no le agradó, ya que su hombro no estaba del todo curado y Caris aprovechó para atacar a Miguel que salió airoso de los intentos de su prima.

Sin embargo Luchas había llegado a su límite y deseoso de que de una vez se mataran entre ellos o guardaran el hacha de guerra, decidió recurrir a retar a Miguel y Pablo para un partido para poner a cada uno en su lugar. «*No tenemos un equipo completo*» había argumentado Miguel, logrando las carcajadas de Pablo y Lucas.

«*Deja de hacerte el remolón*» fue una de las tantas puyas que Lucas le había lanzado a su amigo, completando su frase con que ese día Charles estaría presente, consiguiendo así que Miguel terminara adelantando su vuelta a España para el siguiente viernes. Lucas, no conforme, viendo como Pablo se reía decidió darle lo que le correspondía.

«*No sé de qué te ríes, tu novia no te dejará jugar*» en esa ocasión, fue el turno del resto de presentes de menos Pablo. «*¿Acaso tienes miedo a qué te gane?*» había contratado Pablo esa última frase enardecido a Julieta, el macho alfa había hecho su aparición haciendo que el genio de Julieta aflorara, si para él era más importante su ego entonces que se fuera olvidando de ella. Por esa razón había aceptado los inútiles consejos de Caris para hacerse de rogar.

La necesidad de estar en los brazos de Pablo era más que evidente y el miércoles puso punto final a esa tortura innecesaria. Cogió el autobús con los nervios a flor de piel y al llegar a su destino, dudó si estaba siendo estúpida al dejarse llevar por el deseo, o simplemente debía aceptar que aquello era lo que necesitaba.

La vida de Pablo cambió cuando aceptó la comida en casa de los Cameron, se moría por ver a su Julieta y ella buscaba cualquier excusa para impedirlo desde que había caído en la trampa de Lucas. Se había dejado llevar por el ego y olvidó, lo que para su doctora era lo importante, su salud.

Los primeros dos días le pareció divertido aquel rechazo, envió ramos de flores cada mañana, tarde y noche. Eran devueltos con las tarjetas tachadas y en aquellas en las que había decidido citar a *Shakespeare* volvían con una calavera pintada.

«¿Por qué se mostraba tan hostil con *Shakespeare*?» Se preguntaba una y otra vez. «¿Qué le habría hecho?».

Quería ser romántico con ella, demostrarle cuánto le importaba pero no estaba funcionando. Ya era miércoles y se mantenía la misma situación, iba a presentarse en casa de Lucas y no moverse hasta que ella cediera.

Se preparó para ir a casa de su amigo y cuando abandonaba el apartamento, se llevó la sorpresa de su vida.

Aquella mujer que le traía de cabeza, estaba esperándolo frente al edificio. Los dos se miraron y con las mejillas enrojecidas, Julieta le sonrió. En dos zancadas estaba a su lado, le rodeó con fuerza la cintura y la atrajo hacia su pecho antes de inclinar su cabeza y besarla como estaba desesperado por hacer después de tantos días de ausencia.

Lucas salió del edificio cercano dónde se encontraba su oficina y vio a su hermana a lo lejos. Sus ojos se abrieron de par en par, era la primera vez que veía a Julieta dar un paso de tal envergadura.

Se sintió un tanto *voyeur* cuando su amigo salió del edificio y estrechó a su hermana entre sus brazos. «¿Por qué tengo que pillarles siempre besándose?» Sabía que ese pensamiento solo estaba siendo movido por la envidia, por no tener una oportunidad con la chica de la que estaba enamorado.

—Buenas tardes preciosa —susurró Pablo sobre los labios de Julieta—. Iba a ir a buscarte para saber si soy digno de tu perdón.

—¿Y cuál crees que será la respuesta? —Pablo chasqueó la lengua y esbozó una lenta sonrisa.

—En vista de que no me perdonarás —dijo mientras que sus labios se curvaban aún más —. Llamaré a una amiga e iremos al cine a ver un tío en mallas rojas y azules saltando de edificio en edificio —los labios de Julieta dibujaron una diminuta sonrisa para dar paso a unos morritos.

—Puedes ir con quien quieras, he quedado también con un amigo que trabaja en este edificio —Pablo sabía que mentía, pero no estaba dispuesto a dejarla escapar y la acercó para demostrarle que ella era la única chica en su vida, un hombre la saludó.

—¡July! No sabía que estabas en Edimburgo.

—Hola, Antor, he venido a pasar unos días —la sonrisa que su July le concedió al desconocido no le gustó para nada.

Se mantuvo al margen, mientras su doctora y el escocés hablaban e intercambiaban confidencias, hasta que escuchó al hombre invitarle a salir. Aquello ya había sido suficiente para él, Julieta de reojo observó el ceño fruncido de Pablo y se despidió de Antor quedando en que lo llamaría. Pablo observó cómo se alejaba y retomó su atención en ella.

—Espero que ese... —señaló al escocés que se alejaba con un movimiento de cabeza—. Sepa correr.

Lucas se acercó decidiendo quitar hierro a la situación y tomarle un poco el pelo a Pablo.

—¿Se puede saber por qué quieres que corra? —Le preguntó Lucas guasón.

—Por qué lo mataré si se le ocurre llamar a mi novia —Lucas estalló en carcajadas a sabiendas de que Julieta respondería con una negativa.

—¡Qué no soy tu novia! —dijo poco convencida ante tal afirmación. Pablo vio la oportunidad y la rodeó por la cintura para darle un ligero beso en los labios.

—Me gusta que empieces a dudar de esa afirmación, nena —Julieta se sonrojó y en una mala actuación fingió que no le importaba ese beso, a pesar de que, sus ojos le pedían a Pablo mucho más.

—¡Esto es, demasiado para mí! —gritó Lucas viendo de nuevo a su hermana en brazos de su amigo y se despidió.

—Espera, iré contigo —apuntó Julieta, para seguir haciendo sufrir un poco más a Pablo.

Pablo negó con la cabeza recordando las palabras de Julieta el pasado domingo. Su móvil sonó y lo sacó del bolsillo.

—Hola, guapa —Julieta se giró de inmediato observándole con una expresión poco amistosa—. Gracias por la invitación, estaba pensando ir a casa.

—¿Dejarás a tu amiga plantada? —Preguntó con retintín Julieta, tratando de averiguar quién era esa mujer que llamaba a Pablo. Él se mantuvo serio, su July caía rápido en sus provocaciones.

—Luego te llamo he de resolver una equivocación —Donna, rio.

—¿Lleva falda? La he escuchado, Pablo —indicó Donna con burla.

—Sí —observó de arriba abajo a Julieta. Aquel día estaba preciosa y realmente se había vestido para provocarlo.

Llevaba una camiseta suelta bastante sugerente y un pantalón ajustado, con sus largas piernas torneadas bajo el abrigo. Se sentía tentado de lanzar el móvil al suelo y llevarse a algún recoveco de un callejón y dejarse llevar por la presión que empezaba a crecer en sus pantalones.

—Y no lleva falda —respondió con un carraspeo—. Lleva... está increíblemente sexy —confesó.

Julieta curvó los labios en una gran sonrisa y deseó que Pablo cortara la llamada para aceptar cualquier proposición, del chico que había arrancado el listón de cuajo.

—¿Qué te parece si me rindo? —Pablo levantó las manos en un inocente gesto de rendición.

—No te rindas, comenzaba a divertirme y para que veas lo buena que soy, aceptaré la propuesta —Lucas puso los ojos en blanco y se despidió tratando por todos los medios de borrar esas miradas cargadas de deseo que tenían Julieta y Pablo se estaban lanzando. Puso rumbo al *pub* de sus primos.

—Puede que mis propuestas sean peligrosas —señaló Pablo esperando la reacción de Julieta.

—Prefiero juzgar eso por mí misma —Pablo la atrajo para poder besarla tomándose el tiempo necesario para poder saborearla con gusto.

Decidieron dar un pequeño paseo por la *Royal Mille*. Entró en uno de los callejones y la atrajo hacia él para besarla sin reparo alguno. Julieta no titubeó, Pablo se apoderó de su boca y jugueteó con su lengua, excitándola hasta que la tuvo dando pequeños gemidos. Deseaba quitarle el abrigo y, aunque la tentación era grande, no quería que alguien les encontrara. Prefirió meter su mano por debajo de la camiseta y acariciar la suave piel de su cintura para subir lentamente hasta rozar uno de sus pechos.

Con cada beso, caricia y mordisco Julieta se sentía más confiada y valiente. La mano de la joven viajó hasta la bragueta de su pantalón y la abrió sintiendo el

miembro viril sobre su mano. El instinto la embargó y comenzó a subir y bajar su mano acariciándolo lentamente hasta arrancarle un largo gemido.

—Mi apartamento no está lejos. ¿Qué tal si...? —sugirió entre pequeños jadeos que intentaba controlar besando el cuello de Julieta las ganas de hacerla suya ahí mismo.

—Vamos antes que me arrepienta —murmuró Julieta y Pablo fijó su mirada ardiente en ella dudando por un segundo si había escuchado bien.

Sin pensarlo más, se subió la bragueta y salió a toda prisa del callejón, con la mente bullendo a toda velocidad imaginando todo lo que iba a disfrutar con Julieta y como si el destino se riera de él una voz de un hombre detuvo a su chica.

—¡Hija! —Julieta se detuvo al chocar de frente con su padre y la vergüenza cubrió su cuerpo, con un adorable rubor, que le llegó hasta los pies.

La mirada que su padre le acababa de lanzar no le gustaba, James alzó la vista hasta el callejón y luego volvió a mirarla con el ceño fruncido. Julieta intentó arreglarse un poco el pelo, pero no le sirvió de nada, quería que se la tragara la tierra.

—En mis tiempos, esperábamos al menos unos minutos para acomodarnos la ropa o bajamos las escaleras para salir a una de las calles secundarias —sugirió James, Julieta intentó sonreír sin tener la menor idea de cómo tomarse lo que había dicho su padre.

Pablo se encontraba unos pasos por detrás observando la escena divertido intentando no estallar en carcajadas.

—Y bien, ¿dónde está... —los hombros de Julieta reflejaban a la perfección lo tensa que estaba y se acercó de inmediato para presentarse.

—Pablo Olivas —James lo miró para luego centrarse en su hija.

—Supongo que es por él, que no tienes tiempo para visitar a tu viejo padre.

—¡Papá! —replicó Julieta.

—¡Y yo qué pensaba que solo me evitaba a mí! —Julieta giró de inmediato observándole con una mirada que no vaticinaba nada bueno.

— ¡Vaya, vaya! —James miró a su hija esperando alguna respuesta y Julieta no pudo más que taparse la cara por la vergüenza. Era como si el universo se hubiera alineado para que Julieta muriera de vergüenza.

Pese a estar conociendo al novio de su hijita, a James esta situación le recordaba al día que conoció a su Inés. Pese a la circunstancia, Pablo le cayó bien.

Pablo tenía dos opciones. Una equivalía a un terrible dolor en sus partes

nobles que solo podría calmar con una ducha fría luego o inventar cualquier excusa y arrastrar a su chica para terminar con lo que habían empezado.

—Soy James Cameron, el padre de esta preciosidad. ¿Qué os parece si nos tomamos una copa y así puedo por fin pasar un poco de tiempo con mi niña?

—¡Qué no soy una niña!

Ambos hombres se miraron de reojo y luego rieron. Muy a pesar de su dolor, decidió aceptar la copa del que al parecer sería su futuro suegro.

Para Julieta, la noche se convirtió en una pesadilla. Su padre recordó cada uno de los momentos más bochornosos de su infancia, mientras Pablo se reía de lo lindo. Llegó a dudar si su padre y Pablo era la primera vez que se veían. Eran como amigos de toda la vida. Aquella familiaridad le hizo pensar hasta dónde estaría dispuesta a llegar con Pablo y el miedo le invadió. Necesitaba volver a sentir que pisaba sobre seguro.

Su padre sugirió que los dos la acompañaran a casa de Lucas y agradeció la familiaridad del lugar para poder pensar. Abrazo a su padre y luego a Pablo, quien le devolvió el gesto con un dulce beso en los labios.

—Quería que esta noche fuera distinta y no ha podido ser, que te parece si vamos a mi casa, los dos solos mañana.

Aceptó sin pensarlo y por unos segundos Pablo se sintió extasiado ante la imagen de todo lo que podía hacer teniendo a Julieta a solas. Pero la alegría le duró poco ante los planes que realmente tenía su chica en mente.

—Le diré a Caris y Miguel que vengan —Pablo aceptó resignado, Julieta le dio un beso en la mejilla y se fue junto a su padre.

Aunque se sentía un tanto frustrada, el brillo en los ojos de Pablo la había aterrado. Buscó el modo de que esa cena no fuera solo de dos, así que invitar a su prima y su mejor amigo era un buen modo de poder controlar las cosas, el miedo se apoderaba de ella y con ellos tendría un poco de control sobre la situación.

Pablo recorrió el camino de regreso a su apartamento maldiciendo por lo bajo, a sabiendas de que había vuelto a perder una oportunidad muy valiosa. No comprendía como en un momento, había perdido todo el territorio ganado. Una vez en su apartamento se fue directamente a darse una ducha muy fría, para intentar aclararse un poco las ideas y poner a su erección en su lugar.

Una vez en casa, Julieta se sentía como si hubiera cometido el mayor error de su vida. Pensó en llamar a Pablo y decirle lo mal que se sentía. Sin embargo, la sensación de que él solo quería un revolcón y alardeaba, la frenaban. Julieta tenía claro que para Pablo, ella no era más que un reto, una victoria más para su

larga lista de conquistas y ella no quería ser una muesca más en el cabecero de su cama.

Aquella noche no había sido muy agradable para Pablo, la frustración y el calentón que el agua fría no había podido disipar lo tuvieron en vela y le dejaron dormir tan solo unos instantes. Cada vez que despertaba recordaba los jadeos y ronroneos de Julieta, quería llamarla, cancelar la cena y buscar cualquier tipo de distracción que no le dejara con otra noche de frustración, pero las ganas de tenerla entre sus brazos era demasiado fuerte y lentamente, la necesidad de que nunca saliera de su vida, estaba creciendo por encima del deseo de poseerla.

El día fue terrible y por suerte, pudo dar por terminada su jornada pronto. Compró los ingredientes para preparar una pequeña cena *gourmet* y rezó para que esa noche, tras la sesión con amigos, Julieta aceptara quedarse.

Cuando el timbre sonó, estaba mucho más que ansioso, pero su viva imaginación no le había preparado para aquello. Al abrir la puerta su boca se secó, si hubiese sabido cómo iría, se hubiese negado a tener más invitados.

Julieta se sonrojó de los pies a la cabeza ante la atenta mirada de Pablo y tuvo la certeza de que invitar a su prima había sido una de las peores ideas de su vida.

—Pasa cariño, hace frío —dijo Pablo carraspeando.

Julieta bajó la mirada hacia sus pezones recordando la experiencia con Miguel en el aeropuerto. Todo estaba en su sitio, suspiró aliviada y sonrió. Pablo la observó frunciendo el ceño y Julieta simplemente negó con la cabeza y sonrió mientras caminaba.

—Tuve una situación peculiar con Miguel el día que llegamos a Edimburgo.

—¡Ah! ¿Otra? —dijo Pablo irónico, los celos le recorrieron. Puede que ellos solo afirmaran ser amigos, pero no podía evitar pensar que ahí había algo más—. ¿Se podría saber cuál es? —Julieta se sonrojó y negó con la cabeza, Pablo torció la boca, estaba claro que en cuanto llegara Miguel le preguntaría, no quería seguir dando vueltas al asunto y desaprovechar aquel preciado tiempo a solas y decidió invitarla a una copa.

—¿Te apetece una copa de vino?

—Estaría bien —respondió Julieta acercándose a él, deseaba que la besara en ese instante, pero Pablo se alejó y Julieta se quedó confundida sin comprender por qué le rehuía.

Pablo se obligó a mantener la compostura, si se acercaba mucho más no se responsabilizaba de sus actos. Llevando ese vestido estaba realmente sexy, así que muy a su pesar se obligó a mantener las distancias entre ellos.

Julieta quería que el Pablo juguetero volviera y un libro olvidado sobre la mesa de centro le dio la excusa que necesitaba para entablar una conversación, lo cogió leyendo en alto el título de la portada «*Grandes Esperanzas*» y observó a un Pablo silencioso que se había quedado parado al otro lado de la sala observándola.

—No te he mentado con respecto a mi gusto a la literatura.

Julieta dejó el libro y meditó sobre la sinceridad de Pablo, no era habitual ver a alguien adicto a la adrenalina leyendo los grandes clásicos.

—Quiero ver lo que has cocinado antes de que me envenenes —Pablo sonrió pícaro, tomó su mano y la llevó a la cocina. Sacó una cuchara y le dio a probar del primer entrante, Julieta saboreó la comida y se pasó la lengua por los labios, lamiéndose los restos de aquel delicioso manjar.

—¡No hagas eso! —Le advirtió Pablo. Julieta lo miró durante unos instantes y una sonrisa maliciosa apareció en su rostro.

—Está muy rica la crema —murmuró antes de morderse el labio. Pablo rio negando lo evidente. Se aproximó mandando todo al diablo y la besó como necesitaba hacerlo.

Pasaron de la cocina al salón en segundos, Julieta se había quitado la chaquetilla y estaba recostada en el sillón, deseosa de volver a sentir sus labios ardientes. Pablo separó sus piernas acariciándole el muslo, sus labios recorrían la distancia entre su cuello y su pecho haciendo que Julieta gimiera y se retorciera.

Se besaban con pasión y desenfreno. El deseo de arrancarle las prendas que les separaban, estaba nublando la mente de Pablo que se contuvo de romper la manga del vestido por unos instantes. El sentido común le invadió, en cualquier momento llegarían el resto de invitados y no podría pasar otra noche como la anterior, se separó de Julieta con un gran esfuerzo y se levantó.

—Lo siento.

Su voz estaba ronca y entrecortada a causa de la excitación que lo estaba volviendo loco. Julieta se había quedado sin respiración y se sintió violenta ante su rechazo. Se puso de pie como pudo y acomodó su vestido con fuertes tirones.

Pablo la atrajo hacia él, no quería que ella se quedara con la sensación de que no la deseaba. Ladeó el rostro y observó a Julieta esperando pacientemente hasta que sus ojos se encontraron.

—No pienses que no quiero, lo deseo —Pablo se pasó una mano por la cabeza intentando concentrarse—. Solo que en cualquier momento vendrá Caris y Miguel y no quiero que... —murmuró con una mueca lastimosa—. Si empezamos de nuevo, no podré parar —reveló con voz ronca tratando de volver

a recobrar la compostura.

Julieta se sintió culpable y sin pensarlo cogió su rostro y lo besó con la misma pasión que Pablo lo hacía. Él se rindió ante esa mujer que lo tenía a su merced, como lo había estado desde el día que la conoció.

Algo en el interior de Julieta quería que Pablo fuera en serio, saber con certeza que no buscaba solo un rollo de una noche. Quería convencerse de que todo aquello era verdad y lo arrastró de nuevo hacia el sofá. Las manos de Pablo subieron por sus muslos, deseosas de acariciarlos y sus labios volvieron a dibujar el camino que minutos atrás habían recorrido.

Pablo quería hacer desaparecer como fuera las medias que se interponía entre sus manos y la piel tersa que se moría por acariciar. Por otra parte, Julieta intentaba desabrocharle la camisa, pero la paciencia de Pablo se acabó y de un tirón rompió las medias, Julieta soltó un gemido de sorpresa y Pablo sonrió mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—No entiendo por qué os empeñáis en poner medias cuando...

Julieta jadeó haciéndole callar, su mano terminó de subir la falda del vestido llegando al centro de su vorágine y el timbre les interrumpió anunciando la llegada de Caris y Miguel.

—¡Joder! —Pablo gruñó—. Lo sabía —murmuró frustrado y se levantó de inmediato, Julieta se sentó con la culpa dibujada en el rostro.

Pablo trató de calmarse, aquello estaba siendo una tortura. Necesitaba encontrar un modo de desahogarse pronto o su cerebro explotaría por combustión espontánea.

Era la primera vez en su vida que había sido interrumpido tantas veces y su fuerza de voluntad estaba empezando a flaquear.

No les desearía ni a sus peores enemigos que vivieran semejante situación.

—¡Un momento! —Vociferó mientras se sentaba en el sillón maldiciendo una y otra vez. «*¿Por qué?! ¿Por qué no habían peleado por el camino y no habían acudido a la cita?*» Miró a Julieta intentando calmar su mal humor.

—Tendrás que abrirles tú la puerta, necesito... —suspiró durante unos segundos intentando controlarse y sonar razonable—. Un poco de tiempo para... calmarme.

—Lo siento —respondió la joven algo avergonzada—. No debí insistir.

Pablo respiró hondo. *¿Cómo podría sentir algo tan profundo por una mujer tan contradictoria? ¿Sería ese el motivo por el que lo tenía a sus pies?* Con las yemas de sus dedos acarició la mejilla de Julieta intentando resolver aquel enigma.

—No lo sientas, me gusta tú pasión y tú entrega, ya tendré tiempo para poder disfrutarla sin que nadie nos interrumpa.

Tal vez, dentro de un tiempo, aquello no sería más que una anécdota de la que se reirían, pero en aquel instante Pablo no lo encontraba para nada gracioso. Julieta se acomodó el vestido y se deshizo a toda velocidad de los restos de las medias dejándole el recuerdo para que él se deshiciera de ellas, mientras ella se encaminaba hacia la puerta.

Pablo se levantó para refrescarse y tratar de controlar un poco su excitación. Entró en el baño frustrado y ahí, tapando su boca con una toalla comenzó gritar maldiciendo a su mala suerte.

Julieta respiró varias veces antes de abrir la puerta intentando aparentar que nada había ocurrido. Algo que no hizo muy bien, Miguel al verla no tuvo ningún problema en hacer suposiciones bastante acertadas del motivo de la tardanza.

—Caris, ¿no crees que hemos llegado en mal momento?

Julieta hizo un mohín ante la burla de su amigo y Caris que hablaba por el móvil frunció el ceño intentando comprender a que se refería Miguel, hasta que se fijó en su prima.

—Creo que sí —respondió intentando ahogar una carcajada—. Al menos podemos estar seguros, que Pablo es bueno en algunas áreas.

Miguel resopló mientras Caris le guiñaba el ojo a Julieta. Esta se acomodó el pelo en un intento de no dar importancia a los comentarios y al hacerlo uno de sus pendientes cayó al suelo. Caris y Miguel se miraron y rieron a la vez.

Entraron al piso con sonrisas guasonas y vieron a Pablo que volvía con el pelo mojado y la camisa mal abrochada.

—Espero que la comida no se quemara, porque lo que es vosotros dos...

Miguel rio ante lo directa que había sido su chica, mientras Julieta bufó ante la noche que les venía encima.

La cena transcurrió sin ningún otro percance a excepción de un dolor inmenso en las partes bajas de Pablo. A pesar de las burlas de sus invitados, algo en Julieta había cambiado, supuso que ella no le dejaría arrastrarla a la cama y satisfacer su calentón. Debería hacer algo especial, podrían verse a solas mañana y estar juntos todo el fin de semana.

Su plan había ido madurando a lo largo de la cena y ahora solo le faltaba encontrar el modo de explicarle a su July, sin dejarle lugar a dudas que podrían tener aquel tiempo a solas.

Pablo suspiró al asimilar su nefasto futuro próximo, una triste ducha fría. Pero le consolaba tener toda la noche para planificar el ansiado momento y su mente bullía ya en cientos de ideas con las que sorprender a esa escurridiza chica.

Julieta debía marcharse ya a casa, había quedado con Agnes muy temprano. Pero no podía encontrar la manera de hacerlo. Por primera vez en su vida deseaba amanecer en la misma cama de un hombre y sintió pánico al darse cuenta de la terrible verdad, estaba enamorándose de Pablo.

Pidió al universo que no la siguiera cuando fue a por el postre, pero Pablo la siguió y la abrazó desde atrás.

—No te imaginas cuanto te deseo y seré paciente hasta mañana. No habrá ni padres, abuelas, primos o hermanos que quieran interrumpir las ganas que tengo de tenerte para mí, tiraré nuestros móviles a la basura si es necesario, pero nada impedirá que mañana seas toda mía.

Un suave cosquilleo se instaló en el estómago de Julieta, era la primera vez que un hombre expresaba tan claramente la necesidad de tenerla. Sintió la calidez de su cuerpo y se deleitó con el perfume de hombre y *aftershave* que la envolvían. Giró sobre sí misma para subir las manos hasta su cuello y lo besó dejándose vencer por ese sentimiento de amor floreciente que la envolvía.

—July —los interrumpió el con la voz entrecortada—. No me tortures de esta manera.

—Lo siento, no debí... —Pablo la silenció de nuevo con otro beso tierno. A pesar de lo inoportunos que habían sido sus invitados, estaba a gusto con Julieta. Si en ese momento le hubieran preguntado que se jugaría por ella, hubiera dicho su vida sin lugar a duda.

Otra botella de vino fue descorchada y el ambiente cambió, la anécdota del aeropuerto fue un tema de conversación. Pablo quería saciar su curiosidad, un pequeño sonrojo dio paso a las carcajadas de Julieta y Miguel que se negaron a contar lo ocurrido, logrando que la mente de Caris y Pablo volara echando mano a la imaginación.

Caris observó cómo Pablo miraba a Julieta con devoción y la enterneció, sin dejar de percatarse como Julieta también le hacía ojitos. Cualquiera que les mirara lo vería más que claro: Julieta y Pablo habían descubierto el amor. Suspiró en silencio, mirando de reojo a Miguel, ojalá ella lo tuviera tan claro.

Al terminar la noche se quedó sorprendida, hubiera jurado que Julieta se quedaría con Pablo y terminarían lo que ellos habían interrumpido. Sin embargo, se marchó con ellos y pese a la excusa tan mala que les había dado, decidió no presionarla. Mañana la acorralaría y si era preciso darle con un sartén en la cabeza para que su prima espabilara, lo haría. Era el momento de que abriera los ojos y se diera cuenta de lo evidente.

—Miguel, he visto claramente a Pablo durante la cena y está enamorado —determinó Caris mientras caminaban de regreso a casa—. Debemos ayudar a July.

Miguel estaba dispuesto a invitar Caris a una última copa, era el cuarto día que trabajaba en su reconquista. Debía atraer su atención para poder pasar más tiempo con ella.

—¿Y qué cara tengo yo? —Preguntó resignado esperando cualquier respuesta tonta. Caris quería lanzársele al cuello y besarle, aquel hombre siempre había sido su debilidad y varios días de sufrimiento eran más que suficientes. Añoraba estar en los brazos del moreno que tenía enfrente y por primera vez, lo miró con seriedad cogió su cazadora y lo acercó.

—De querer bajar mis pantalones y hacerme llegar al infinito y más allá —Miguel se detuvo y sin pensarlo la estrechó para besarla antes de que cambiara de opinión. Tal vez, aquella noche Pablo había hecho por Miguel, más de lo que él mismo había conseguido en todas las últimas citas con Caris.

Lucas estaba a tope de trabajo y de pésimo humor, era viernes y en su alrededor solo veía parejas. Varias veces tuvo la idea de plantarse en el hospital vestido con kilt e hincar la rodilla al suelo para suplicarle a Leslie que le perdonase.

Pero su orgullo le impedía hacerlo, aquello era rebasar lo absurdo y como un haz de luz, recordó la noche de karaoke en el *pub* de Charles. Tal vez, Leslie también se le ocurriera ir, aquella fue la primera vez que se vieron y quién sabe, quizás la nostalgia les llevara a reencontrarse de nuevo.

Por otro lado, su jefa Donna, supervisaba todo con lupa. Ese día tenían varias reuniones con clientes, una presentación importante dónde podrían hacerse con varios proyectos a lo largo del mundo. Pero Donna se pasaba de perfeccionista y era especialista en cerrar todos los detalles a última hora.

Y como para el universo aún no había sufrido suficiente tendrían una cena con su padre que le había sido impuesta sin previo aviso. Al parecer la relación de su hermana era noticia de sumo interés, tanto era, que su madre lo llamó confundida al mensaje recibido por James avisándola sobre el asunto.

Lucas solo quería darse un fuerte golpe contra la pared. «¿Cómo pudo su padre ser tan explícito? Nuestra hija por fin se ha hecho mujer. ¿Enserio?» Si Julieta llegara a enterarse mataría a su padre. No hacía falta ser un genio para saber el motivo real de la cena, aquello no era por su hermana. Estaba seguro de que los rumores del odio que le tenía Leslie, habían llegado hasta los oídos de su padre.

Se tropezó con Pablo que entraba a una de las tantas reuniones y recordó que Julieta lo había llamado.

—Pablo, July ha intentado hablar contigo. Le he dicho que has estado ocupado con reuniones durante todo el día, me imagino que es para decirte lo de la cena familiar.

Pablo también había caído en las garras del perfeccionismo de Donna y el estrés del día lo tenía de un lado al otro. Alzó una ceja ante la noticia, se había jurado que nada se interpondría esa noche entre él y Julieta y no estaba seguro de aguantar otra intromisión de los Cameron.

Quería que aquella larga jornada acabara y poder terminar lo que ayer había dejado a medias, había visto las llamadas perdidas y la presión de Donna no le había dado respiro, ni siquiera para darle un minuto para llamar a su doctora.

Apreciaba a Donna, pero era una jefa demasiado exigente y ese día su novio le había pedido tiempo. Eso para ella era igual a una ruptura y que mejor que

centrarse en su trabajo para distraerse y no en esa decepción.

—Estaré ahí, la llamaré al terminar la reunión —le indicó, mientras Donna le llamaba requiriéndole de nuevo su presencia en la reunión.

—Pero Pablo... —Lucas no pudo explicarle que aquello era solo la familia, ni siquiera Miguel estaba invitado. Se encogió de hombros, ya se lo diría Julieta. Había cumplido con avisarle y siguió con su trabajo.

Julieta evitó por todos los medios que su abuela se diera cuenta de que estaba en las nubes, Pablo le hacía sentirse viva y si no hubiera sido por su metedura de pata al invitar a Caris, por fin hubieran podido estar como anhelaban.

La promesa que la noche anterior, hizo que durante todo el día sintiera un cosquilleo que no tuvo en su única relación. Tras acompañar a su abuela, recordó la única vez que estuvo con un hombre y fue la peor experiencia de su vida. Sin embargo, siempre anheló sentir todo eso que una vez leyó en las novelas románticas, así como las series que Milagros le había recomendado.

«¿Cómo describiría a Pablo?» Pensó y rio entre dientes, sin lugar a dudas era un hombre persistente, acostumbrado a ganar y jugar con fuego. Aquello era todo lo contrario a lo que Julieta era.

Aunque también había descubierto que existía en él un hombre ingenioso, romántico y paciente y Julieta se sentía afortunada por darse cuenta de que las dos partes encajaban creando a un único Pablo; que lograba que su corazón se ralentizará con cada beso y sus piernas temblaran con cada caricia.

Le ilusionaba ese mensajes tan romántico que le había dejado antes de dormirse la noche anterior o el que encontró al levantarse a pesar de que fuera de *Shakespeare*.

Seguía sin comprender esa obsesión, así que tal vez, había llegado el momento de contarle el origen de su aversión hacia el autor y todo lo relacionado con aquellas historias.

A primera hora, su padre había llamado para informarle de una cena familiar de la que no podía escaquearse. Había intentado ponerse en contacto con Pablo pero había sido en vano, así que tuvo que recurrir a su hermano para conseguir noticias de él. Se sintió aliviada al saber que había estado reunido toda la mañana y no intentando evitarla.

Se reprendió porque las inseguridades la invadieran de nuevo y debía aprender a luchar contra ellas, eran sus peores consejeras.

Negó varias veces hasta echar de su cabeza cualquier idea extraña y se aferró en pensar cómo sería su noche y cayó en la cuenta que no tenía ninguna lencería

que tentase a Pablo.

«¡Julieta! ¿Cómo viajas si ningún kit de emergencia?» Resoplo para sí misma. «Como si fueras una mujer de un revolcón en cada ciudad.» Su imaginación voló y comenzó a reír. Sin pensarlo más sacó un vaquero, una camiseta y salió en busca de una sorpresa para Pablo.

Una vez comprada, su primo Charles la llamó y le invitó a comer con el pretexto de que no lo había visto desde que había vuelto de Durness y aceptó la invitación, no sin antes volver a casa y dejar lo comprado.

—¿En qué se habrán equivocado nuestros padres para que vosotras terminéis con un extranjero? —Julieta rio. Su primo nunca aceptaría a Miguel como cuñado. Lo quería con locura, pero esta vez lanzaría una lanza a favor de su amigo.

—Charles, ¿quieres que te recuerde que la última vez que vine te pillé con una británica?

—Eso fue un desliz producto del alcohol.

—Sí y ayer me condecoraron como la más ingenua del planeta —Charles rio y prosiguieron su camino.

Donna había invitado a varios del equipo a almorzar como parte de la celebración por haber ganado el proyecto, Pablo aprovechó ese instante para llamar a Julieta que no respondió. Decidió intentarlo de nuevo más tarde..

Pablo había tratado de escaquearse de esa comida, pero Donna no aceptó ningún tipo de excusa. Al entrar en el restaurante no podía creer lo que sus ojos veían, su July estaba con un hombre en actitud bastante cariñosa. Por un momento dudó, era imposible, pero Julieta se rio y los celos lo cegaron.

Dio la vuelta para irse y Donna sin necesidad de preguntar supo que Pablo estaba cabreado por algo de lo que ella no tenía constancia. Él pensó que eran imaginaciones suyas, sin embargo, la escena venía a su mente una y otra vez, la forma en como le hablaba y lo cariñoso que era el chico, le hizo hervir la sangre.

«Y Miguel me la vendió como una santa» se dijo para sí. Cuando regreso aquella tarde a la oficina, Donna sin dudarlo le invitó a cenar. Claramente los dos necesitaban desahogarse y Pablo pensando pagarle a Julieta con la misma moneda aceptó sin dudarlo, con la clara idea en mente de seguir aquella velada de venganza con unas copas en un *pub* muy especial.

La cena fue un desastre para los hermanos Cameron a la primera que atacó su

padre fue a Julieta, durante diez minutos había sugerido una y otra vez que se quedara en Edimburgo y que ese chico por muy agradable que fuera, no estaba a la altura de su pequeña si no era capaz de presentarse en una cena familiar.

Cada vez que escuchaba «pequeña» Julieta se agobiaba, una vez acabado el tiempo de reprimenda de ella, le tocó el turno a Lucas. Le había prohibido pisar el hospital y le había sugerido que madurara de una vez, estaba cansado de oír rumores sobre su hijo el gigoló entre las jóvenes enfermeras. Caris trató de animar a su prima en el *pub*, Julieta estaba de mal humor, no había tenido noticias de Pablo en todo el día y Lucas le había dicho que iba a ir a la cena.

Aquella noche el *pub* estaba abarrotado gracias al karaoke y la *happy hour*. Tras abuchear a un valiente desafinado, la gente prosiguió exigiendo más, si su tío no les hubiera amargado la noche a sus primos, hubiese sido todo muy distinto.

La sospecha que el mal humor de Julieta no era solo debido a su tío, sino también en gran medida a un español de apellido Olivas, tenía más del setenta por ciento de las papeletas ganadoras. Y todas sus sospechas se vieron confirmadas poco después.

Julieta había intentado a lo largo de la tarde ponerse en contacto con Pablo y él no había contestado y por mucho que luchó para que sus inseguridades no aparecieran, al final lo hicieron con más fuerza en el momento que Pablo entró en el *pub* con una chica a su lado.

Un gemido silencioso llamó la atención de Caris que al percatarse de lo que sucedía, abrió su boca sorprendida.

—¡Será capullo! —Exclamó segundos después Julieta. Caris creyó que debía hacer algo. A una Cameron nadie la humillaba y una gran idea cruzó su mente cuando vio a lo lejos a su amigo Henry.

Julieta trató de mantener la calma, no dejaría que viese reflejado ningún tipo de sentimiento, intentando tranquilizarse una y otra vez repitiendo como un mantra que aquello era un error. Julieta era una Cameron y si el juego de Pablo pasaba a otra fase de algún fetiche extraño, para ella había acabado.

Lucas no había perdido detalle de la entrada de Pablo y Donna y sus ojos se desviaron de inmediato a su hermana haciendo la pregunta que todos no se atrevían hacer en alto.

—¿Qué hace Pablo? —Se levantó y fue a encararse con el gilipollas de su amigo y en ese instante Leslie entró, se encontró entre la espalda y la pared y tuvo que decidir.

Caris regresaba con Henry del brazo, mientras Julieta mantenía la mirada en

un Pablo que no dejaba de sonreír con complicidad a la mujer que tenía al lado, quería irse y borrarlo de su vida.

—¡Julieta deja de mirarle! —Le reprochó Caris y con una enorme sonrisa en los labios, señaló con la cabeza a Henry que estaba a su lado—. Si Pablo viene acompañado, tú también lo estarás —Julieta desvió su mirada unos segundos dudando si debía hacer caso a su prima o no—. Ya he puesto a Henry al día, ¿verdad?

—*Aye, righth*[3], *¿Al write pal*[4]? —Henry recorrió a Julieta de arriba abajo y le dirigió una gran sonrisa lobuna—. Lo que no dijiste, es que tu prima fuera tan... *sexi* —sonriendo ampliamente ante la suerte que había tenido esa noche.

Julieta al escuchar el saludo del escocés y saber que estaba al tanto, alzó una ceja y negó de inmediato.

—No creo que sea una buena idea —para Julieta la noche estaba terminada y era mejor irse a casa y llorar por su estupidez en la intimidad, no caería en el juego sucio.

Caris resopló, ni loca dejaría que su prima fuera humillada por un hombre, pero no tuvo que discutir mucho con ella. Henry ignoró las palabras de Julieta, se acomodó a su lado y pasó su brazo por su cintura atrayéndola hacia él. Julieta dio un respingón y se sintió más incómoda de lo que estaba pero no se alejó del escocés.

Los músculos de Pablo se tensaron al ver un desconocido con la mano en la cintura de Julieta. «*¿Quién demonios era ese? ¿Otro?*» se preguntó. Estuvo a punto de mandar todo al diablo y recorrer la distancia que les separaba para reclamar a su chica. Él era el único que podía rodearla de esa manera. Pero por breves instantes logró contenerse.

Donna se dio cuenta de la tensión de Pablo y sus constantes miradas a una chica en la barra, no tuvo que preguntar mucho más tras la mirada de odio que le lanzó la mujer y se sintió utilizada. Giró a un Pablo enfadado y le preguntó.

—¿Me has traído para darle celos a esa chica?

—¡Sí! —contestó Pablo perdido en sus pensamientos.

«*¿Cómo era posible que estuviera con otro?*» se decía una y otra vez. «*¡Con otro! ¡Dos en menos de veinticuatro horas!*» Los celos de Pablo amenazaron con desbordarle y Donna alzó la ceja en respuesta sincera de Pablo.

—¡Mi vida es tan miserable que me estás usando para dar celos! —Se quejó Donna—. Pensé que querías ayudarme a distraerme, no que ibas a aprovecharte de mí —concluyó con sarcasmo.

—Lo siento Donna —se disculpó Pablo arrepentido—. Entenderé que quieras

irte —Donna volvió a observar a Julieta y de nuevo a Pablo, que en el instante que el desconocido le habló al oído a la chica, soltó varias maldiciones.

De pronto sonrió ante la situación y le vio el lado positivo, miró a un Pablo que no dejaba de estar pendiente a los movimientos del desconocido y decidió hacer algo por su amigo.

—Me alegro de que por fin, alguien te haya echo conocer lo que son los celos amigo —Pablo la miró resentido y contestó.

—No estoy para burlas —Donna rio flojito.

—¡Soo! —Respondió Donna, no le gustaba ser utilizada de esa manera, pero pensaba divertirse con eso y se aprovecharía de la situación. Olvidaría a su novio durante un rato y su absurdo tiempo para reflexionar. Y tal vez, haría algo bueno para su amigo Pablo.

—¿No te has dado cuenta? Ella simplemente está jugando el mismo juego que tú comenzaste.

Pablo se enfurruñó más y Donna rio a carcajadas, su amigo se había enamorado y ni él sabía hasta qué punto.

Durante un rato observó a ambos, la chica seguía con miradas furibundas y Pablo bebía su cerveza sin dejar de mirarles. Quería reír y reír, si alguien se lo hubiera contado jamás lo hubiera creído. Pablo estaba acostumbrado a que las mujeres bebieran el viento que el movía, y ahora que estaba celoso, no tenía ni idea de que hacer.

Como ninguno daba el paso para al menos discutir, no le quedaba otra que actuar metiendo más leña al fuego. Tal vez, de esa manera explotaban y de una vez liberaran esa tensión que había en el ambiente y que fácilmente se podía cortar con un cuchillo.

Pidió a un camarero otra cerveza, se excusó con ir al baño para terminar al lado del “presentador” y comenzar el espectáculo.

Miguel estaba completamente metido en sus pensamientos, Caris lo estaba volviendo loco. Creía que la noche anterior el hacha de guerra fue enterrada, la sesión de reconciliación fue magistral, pero de nuevo volvían al principio.

Una y otra vez releía el sms que le había enviado: *Hola, Miguel, hoy tengo asuntos importantes que resolver, se trata de vida o muerte, nos vemos mañana.*

Llamó a Lucas preguntando si había ocurrido algo en la cena y le confesó que aparte de la eterna discusión. Confuso sin saber que ocurría cogió el primer taxi y se dirigió al *pub*.

Pensó que era el momento de actuar, se la llevaría a rastras si era necesario y no la dejaría libre hasta que ella cambiara de parecer, aunque volvieran a poner una foto suya en la diana de los dardos.

Al llegar, se dirigió directamente a la barra, pero escucho su nombre y giró para encontrarse a un Pablo con cara de mala leche.

A Pablo la rabia le carcomía cada vez que su chica se reía con otro que no era él.

Miguel pasaba en ese momento por su lado y le llamó, necesitaba explicaciones y se las daría el mismo que lo impulsó a luchar por Julieta.

—¡Miguel!

—¿Qué pasa Pablo? —Se extrañó no ver a Julieta con él, supuso que estaría buscando algunas bebidas y recorrió el local buscándola. Sus cejas se alzaron sin creer lo que veía.

—Definitivamente, las Cameron están locas.

—Ni que lo digas —ironizó Pablo. Se levantó para irse, le importaba un rábano todo, odiaba como se sentía y no iba a permitir que nadie le viera perder los papeles de esa forma.

—*Gracias a todos los que han venido a esta gran noche, pero tenemos más participantes, con ustedes desde Glasgow la sexy Donna que dedicara una canción a su Pablo.*

Julieta sonrió a uno de los chistes de Henry y dejó de hacerlo cuando escuchó al presentador, no solo había traído a una mujer, ahora ella le dedicaba canciones. La rabia crecía en su cuerpo y se levantó, tener que ver cómo le restregaba que tenía una relación con otra no lo iba a tolerar, Caris al ver su intención la detuvo.

—No lo harás, no les sigas el juego —Julieta no entendió, Caris la cogió de un brazo y se la llevó arrastra a otro lado del *pub*.

Donna sonrió al público y comenzó a cantar con una voz desafinada *Young folks*, mientras el público la animaba, Julieta estaba cada vez más roja por la rabia y Pablo se tapaba el rostro avergonzado.

La mandíbula de Miguel cayó al suelo de sorpresa, volteó a Pablo y luego a Donna sin creer lo que pasaba, lo primero que pensó era en matarlo a golpes. «¿Cómo se ha atrevido a jugar con mi amiga?» Pero de algo estaba seguro, no necesitaría mancharse las manos, los Cameron lo matarían y lanzarían al Leith, así que, se giró y le dio palmaditas en la espalda.

—Amigo, ¡estás muerto! —Y sin decirle nada más se alejó cuando vio como

Caris se perdía de nuevo entre la multitud.

Pablo se dio por vencido, en cualquier momento aparecería Lucas y todo esa loca familia para cortarle la cabeza.

Caris corrió de nuevo a la barra para contarle a Charles lo que sucedía, su hermano se tensó y dio un puñetazo a la barra.

—¡Españoles, cabrones! ¿Dónde está Julieta? —le gritó.

—Está saludando a unos amigos, tenemos tiempo suficiente para actuar — Charles que solo conocía a Pablo de oídas tenía clara una cosa, de un modo u otro, le haría pagar.

Pensó en un escarmiento por los que eran conocidos en su familia, pero con tanta gente dentro del local no tendría tiempo de organizarlo sin que terminara en un baño de sangre y se le ocurrió otra.

Caris volvía con rapidez con Julieta antes que se deshiciera de sus amigos y se marchara, pero se tropezó con Miguel que la retuvo sin pensarlo.

—¿A dónde vas? Tú y yo tenemos que hablar.

—Cariño, ahora no puedo —Miguel se quedó sin habla, le había respondido con un apelativo cariñoso algo que supuestamente Caris odiaba.

—¿Me has dicho cariño? —Caris se detuvo, no tenía tiempo para explicaciones así que se despidió con un beso en los labios.

—Tengo que irme, *Bonnie*^[5] —y sin más explicaciones corrió alejándose de él hacia Julieta.

Miguel se quedó inmóvil lo había llamado guapo en *Scots* y eso era un gran paso en la reconciliación, pero aún seguía sin entender qué estaba ocurriendo aquella noche.

Donna terminó la canción y se bajó del escenario con una reverencia, Pablo la esperaba con la mandíbula tensa, mientras ella sonreía.

—¿Las mujeres se han vuelto locas hoy? —Protestó—. Ahora sí que no tendré ninguna posibilidad.

—No te des por vencido, espera unos minutos.

—No esperaré. ¡Me largo! Esto no estaba saliendo como esperaba —giró dejando a Donna en medio de la multitud y escuchó de nuevo un carraspeo del presentador.

—Bueno, bueno esto no es habitual —aclaró el joven. Los acordes de una nueva canción sonaron y algo lo hizo girarse hacia el escenario para encontrarse con los ojos de Julieta llenos de rencor.

Julieta se había negado ante aquel descabellado plan y sin darse cuenta sus primos la habían empujado hasta el escenario. No recordaba cuándo le habían

dado el micrófono ni cuando comenzó la canción donde sus primeras notas fueron desafinadas, al menos, cantar era algo que no se le daba del todo mal.

A lo lejos pudo ver a Pablo con los ojos abiertos y a su lado a la desconocida sonriendo. El **monstruo** de los celos la invadió, se giró hacia el presentador tapando el micrófono y el abucheo comenzó.

Pidió cambiar la canción a una que dominara, ya que si iba a hacer el ridículo de su vida, lo haría dignamente y con una canción que Pablo recordaría para siempre. Levantó el mentón y fijó sus ojos en un Pablo que los cerraba en ese instante.

We are never ever ever ever getting back together.

Pablo escuchaba cada palabra como un reproche y si le sumaba la rabia que veía en los ojos de Julieta era más que suficiente para saber que era una clara declaración de intenciones.

Nosotros nunca, nunca, nunca, volveremos a estar juntos se repetía en su cabeza una y otra vez y creyó que para ella todo estaba terminado cuando ni siquiera había comenzado como debería ser, no le dejaba otra opción, también se lo dejaría muy claro.

Lucas estaba sin habla por como su hermanita desnudaba sus sentimientos en público. Se vio en una tesitura, llevaba veinte minutos tratando que Leslie le diera otra oportunidad de explicarse y ahora tendría que recoger los pedazos que quedaran de su hermana cuando bajase del escenario. Buscó por todo el lugar al causante de todo aquel desastre, pero entre tanta gente no había manera de divisarle, el daño a Julieta sería irreparable y Lucas no iba a permitir que eso ocurriría.

El sentimiento de culpa recayó en Pablo con un dolor que nunca había experimentado, la letra ya no le importaba, era los ojos de Julieta que se fueron apagando no sin antes demostrarle todo lo que sentía.

Unos focos se encendieron y lo cegaron, la gente fijó la mirada en él y la vergüenza se apoderó de su cuerpo. Miró alrededor y a lo lejos vio a Caris chocar las manos con un chico y clavó sus ojos en él. Parpadeó varias veces y tragó saliva, era el mismo que había visto en la tarde con Julieta.

Volvió a ver al uno y luego al otro y se maldijo. Después de su estupidez, tal vez se había precipitado en la conclusión de quien era el acompañante de Julieta aquella tarde. Donna quiso ayudar a Pablo y la apartó, si bien quería darle un empujoncito, no lo logró, era mejor dejar que él resolviera ese enredo.

Una vez terminada la canción todo el mundo aplaudió, Charles aprovechó el momento para dejar hundir un poco más aun a Pablo.

—¿Qué les parece si el chico al que está noche dos mujeres han dedicado canciones, sube al escenario?

Julieta abrió mucho los ojos no quería eso, se dejó llevar por sus primos y los celos, trató de bajar y Charles no la dejó.

—¿Quién quiere volver escuchar a mi preciosa prima que está soltera, cantar de nuevo? —Algunos hombres silbaron pidiendo otra y aplausos y silbidos llenaron el local.

Pablo se llevó la mano a la cabeza tirando con fuerza de su pelo, había sido un completo estúpido y Julieta no iba a perdonárselo.

—Me parece que nuestro protagonista no quiere subir para que nos deleite con su voz y alguna canción a cualquiera de las dos chicas... —volvió a chincar Charles, esperando cualquier reacción de Pablo.

—¿Tal vez, pueda subir Henry? Y ser el poeta de esta noche y ganarse el corazón de mi prima, no me negaréis que es una buen escocés de pura cepa.

De nuevo silbidos y gritos afirmaban lo dicho por Charles. Henry corrió hacia el escenario, se arrodilló y besó la mano de Julieta, logrando que la iría terminara de consumir a Pablo. Aplaudió fuerte y no dejó de hacerlo hasta llamar la atención de todos, lo que logró de inmediato.

—*Mi único amor nació de mi único odio, pronto le veo y tarde lo conozco* —culminó sus cinco minutos de fama citando a *Shakespeare*.

La gente vitoreó creyendo que era parte del *show* de ese día. Julieta tensó la mandíbula y Donna desconcertada sujetó el brazo de Pablo para llamar su atención.

—¿Qué fue eso? —Pablo no respondió, harto de toda esa familia quería largarse lo más rápido posible y no saber nada más de los Cameron durante el resto de su vida.

Julieta se bajó buscando la salida, quería llorar, no se había equivocado desde un principio. El propósito de él fue siempre llevársela a la cama y nada más.

Pablo vio como Julieta huía y la siguió hasta la salida, ella caminaba rápido para alejarse y poder soltar su llanto reprimido, pero escuchó a Pablo vociferar.

—¿Y ahora te vas? Cada vez que *Shakespeare* sale a la platea huyes —Julieta se detuvo y se giró dispuesta dejarle clara las cosas de una vez y por todas.

—Es la manera más baja de conquistar a una chica, juegas con sus sentimientos y es lo que has hecho desde que me conociste —vio un taxi, levantó la mano y cuando se detuvo se montó sin esperar a que el dijera nada

más.

Pablo se quedó inmóvil, en ningún momento había jugado con sus sentimientos, nunca había ido tan en serio con una chica y mucho menos había usado una frase del autor para conquistar a nadie.

Solo un idiota usaría a *Shakespeare* para intentar llegar hasta una chica y esperaba no conocer nunca a ese idiota, pero tras esa estúpida reflexión, estalló en carcajadas. Porque conocía muy bien a ese idiota, el idiota era él.

Julieta llegó a casa se quitó los zapatos y se acostó en el sofá. Dejó por primera vez aquella noche, que las lágrimas salieran sin ninguna restricción. Sabía que no debería haberse fiado de Pablo. Y había sido una estúpida al dejar que la chica romántica, que mantenía prisionera, aflorara dejándola creer que él era distinto. Se hizo un ovillo dejando que sus lágrimas siguieran recorriendo su rostro. Debería haber seguido con su plan, no haberse dejado distraer y seguir centrada en su trabajo.

Tocaron el timbre y ella se negó a creer que Pablo hubiese sido tan estúpido como para ir hacia su casa. No quiso levantarse para abrir, no quería volver a verlo nunca.

Pablo estaba desesperado había cometido el error más grande de su vida. July lo era todo y él lo había echado a perder. Con lo echado para adelante que era siempre, se había dejado llevar por los celos y solo cuando ella se había sincerado, se había dado cuenta de que no quería perderla.

Se había plantado en casa de Lucas para no moverse hasta que ella lo escuchara, algún día tendría que salir y entonces ella lo mandaría a freír espárragos pero antes de que lo hiciera, tendría que escucharlo.

Julieta estuvo a punto de llamar a la policía, supuso que era una medida desesperada, también podría llamar a sus primos, pero Julieta era una mujer adulta y una mujer adulta tenía que enfrentarse a los problemas. Y Pablo era su problema. Lo mejor sería que se deshiciera de él ahora antes de comenzara a echarle de menos y se ablandara.

Se acercó a la puerta dispuesta a echarle pero cuando puso la mano sobre el pomo se acobardó. Aunque la madera separando a ambos le proporcionaba tranquilidad, así que decidió intentar que se marchara.

—Pablo vete, ha sido suficiente por hoy —intentó sonar segura de si mis, pero

su voz era estrangulada y se maldijo por no tener más seguridad.

—He sido un completo gilipollas —Pablo suspiró y se llevó las manos al pelo intentando encontrar las palabras para explicarse—. En el almuerzo te vi con tu primo y creí que...

—¡Pablo! —Julieta tomó aire—. ¿Cómo has podido imaginar eso? No soy de esa clase de mujeres ya deberías saberlo.

—Es por eso por lo que estoy aquí, me he comportado como un imbécil, para mí todo esto es nuevo —volvió a suspirar—. Es la primera vez que me siento... celoso y no he sabido reaccionar.

Julieta lo escuchó y apretó sus labios cerrando los ojos con fuerza apoyó la espalda en la puerta y dejó que su peso la arrastrase hacia el suelo. Dudaba y dudaba, el recuerdo de esa mujer que le había dedicado una canción no ayudaba mucho en que pudiera aclararse las ideas.

—Deberías irte, te espera tu chica —Pablo cerró los ojos apoyando su espalda en la puerta.

—Donna es mi amiga —tomo aire y con voz avergonzada confesó—. Lo hice para darte celos. Te quiero, te quiero tanto que no quiero perderte. Y verte con otro me nubló un poco la mente.

Julieta abrió los ojos y su corazón se ablandó. Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro. Era la primera vez que un hombre, que no fuese su padre o su hermano, le decía esas palabras que tanto había soñado escuchar. Se separó de la puerta y la abrió muy lentamente.

Pablo se apartó y esperó, en cuanto estuvieron frente a frente la atrajo a él y la besó con ansias. Cuando se separaron, recorrió con los pulgares sus mejillas limpiando el rastro de las lágrimas que había derramado.

—Lo siento, lo siento tanto. Sé que me merezco una patada en el culo y entenderé si quieres dármela —Julieta le sonrió y Pablo la apretó con fuerza entre sus brazos antes de besarla en la coronilla y bajar hasta sus labios de nuevo. Julieta no pudo resistirse y abrió la boca dejando que profundizara el beso.

Se adentraron en la vivienda y tras cerrar la puerta a duras penas recorrieron el trayecto hasta la habitación de Julieta perdidos en un enredo de miembros y pasión. Pablo la dejó caer en la cama y su mano subió por el muslo y gruño al sentir de nuevo las medias se interponían en su camino.

—¡Otra vez! De verdad que las odio —Julieta rio y lo arrastró de nuevo hacia ella para quitarle el jersey.

Pablo se levantó y le sacó la falda, si hubiera sido otro momento se hubiera

deleitado en quitarle cada pieza despacio, en disfrutar de cada instante que tuviera las manos sobre su piel. Pero la necesitaba y para su gran deleite, destrozó otro par de medias, ya se encargaría de que más adelante no volviera a llevarlas nunca.

Recorrió su rostro y dejó un reguero de besos que dejaron a Julieta jadeando rogando pidiendo más. Pablo sonrió, besó, mordió y lamió cada parte de ese cuerpo que le volvía loco y cuando Julieta rogó que se apiadara, Pablo terminó de quitarse la ropa y en un rápido movimiento le separó las piernas con su rodilla y se hundió.

Fue cuidadoso al principio, aun así, Julieta quería más y se dejó llevar perdiéndose en el frenesí de la pasión.

Lentamente sus respiraciones volvieron a su cauce, Pablo la abrazó atrayéndola hacia su cuerpo. Rozando con sus dedos suavemente su rostro para seguir posteriormente con el resto del contorno de su cuerpo.

Julieta se sentía en el cielo, ahora sí que por primera vez, aquel acto había sido de la manera que se esperaba. Elevó el rostro acercándose al de Pablo, que le correspondió con un beso en los labios.

—Me gustaría contarte una historia... —murmuró Julieta mientras besaba suavemente su pecho.

Pablo la contempló y retomó sus caricias recorriendo el contorno de sus pechos y deteniéndose para besarlos con adoración, logrando que Julieta volviera a perder su cordura, mientras siguió bajando, hasta llegar al vértice de su cuerpo donde la humedad en los muslos de Julieta le recordó que no había tomado precauciones y se congeló.

—Olvidé usar un maldito condón —Julieta lo miró boquiabierta antes de estallar en carcajadas tapándose con la sabana. Pablo levantó una ceja confundido.

—¡Señor Oliva vaya con la precaución! Gracias a dios, en ocasiones las mujeres necesitamos tomar la píldora sin ser sexualmente activa —Pablo abrió la boca sin saber que decir—. En ocasiones las hormonas necesitan algunos ajustes.

—¿Te burlas de mí? —Ella asintió con la cabeza y con una enorme sonrisa en los labios se acercó de nuevo a su cuerpo, apartando la sabana que la cubría y esta vez no tuvo ningún reparo en besar, mordisquear, lamer y acariciar cualquier parte de Julieta donde le apetecía.

—Pablo —rogó Julieta con voz entrecortada.

—No hables, solo siente —claro que sentía. Él se había encargado de que así

fuera. Cada beso, cada lametón, cada caricia era una tortura y una bendición al mismo tiempo, que jamás pensó que viviría. Pablo había entrado en su vida de una forma tan intensa como lo que ocurría en ese instante.

—Pablo —volvió a suplicar con mucho esfuerzo. Pablo ignoró la urgencia de Julieta, quería llevarla al borde de clímax y que jamás olvidara sus besos y mucho menos sus caricias. Estaba dispuesto a tatuarlos en su piel si era necesario.

—¡Pablo! —Gimió Julieta de nuevo, desesperada por la tortura y sin más, Pablo la complació. La penetró con ansias dejándose llevar por la premura, para luego llevarla al clímax con embestidas llenas de fuerza y pasión.

Sus cuerpos encajaban como si hubieran sido creados para estar juntos y sus caricias se anhelaban como si siempre hubieran esperado aquellas maños. El compás de cada movimiento perfectamente ajustados y les llevaron a la explosión de placer que les arrastró al éxtasis donde ambos sucumbieron.

El teléfono de Julieta sonó en varias ocasiones, contestó antes de que volvieran a colgar, sin mirar quien llamaba.

—¡Julieta! Llevó media hora llamándote —la voz enfadada de Agnes consiguió que Julieta espabilara por completo. Miró el reloj sobre la mesilla de noche y se llevó las manos a la cabeza, había olvidado por completo que había quedado con su abuela para ir al mercado.

—Abuela estaré ahí lo antes posible. Lo siento, me he quedado dormida — Agnes bufó.

—Me lo imaginaba, ya no encontraré las frutas más frescas, pero no queda otra —y sin más que decir, colgó.

Julieta se revolvió en la cama, intentando desasirse de los cálidos brazos que la aprisionaban para ponerse en pie. Pablo se desperezó, alzó la vista y sonrió.

—Buenos días, preciosa —la sonrisa de Pablo se amplió verla desnuda, era muy buena manera de empezar la mañana e hizo que el deseo de volverla a poseer creciera de nuevo.

Para Pablo, Julieta era hermosa y perfecta. Quería calmarse y no parecer un perverso desesperado, pero los movimientos de Julieta al ponerse en pie con la vista de aquel espléndido cuerpo desnudo, no hizo mucho para evitar que el tirón apareciera al instante.

A Julieta le gustaba como Pablo la observaba. La noche anterior su alma había quedado al desnudo y su cuerpo recibió un cúmulo de sensaciones que jamás creyó posibles, volvió a la cama y se sentó.

—Tengo que ir a la ducha, había quedado con Agnes y lo he olvidado.

—¿Me estás echando? —Preguntó el con picardía.

Julieta abrió la boca y la cerró de inmediato arrugando la nariz. Pablo sabía que ese gesto lo hacía cuando se preparaba para contratacar y esbozó una pícaro sonrisa. Julieta hizo un mohín, intentó levantarse y Pablo la detuvo llevándola a

la cama de nuevo.

—Pablo, en serio, Agnes me espera.

—Diez minutos más, no le harán daño a nadie.

Y sin dejar que se negara, Pablo se abalanzó sobre ella, directo a mordisquear su cuello y siguió bajando, logrando así que sucumbiera.

Julieta cerró los ojos sintiendo las manos de Pablo por todo su cuerpo y junto al suave roce del vello de su pecho hicieron que las caricias fueran más intensas, ambos estaban embriagados por la pasión.

Julieta se abandonó al desenfreno se puso a horcajadas y lo imitó, recorriendo con su boca una y otra vez el cuerpo de Pablo y esta vez no esperó para hundirse en ella.

—Quiero verte, quiero tenerte en mi memoria —Julieta se centró su mirada en Pablo. Se dijeron de todo con solo una mirada y sus cuerpos llegaron juntos al orgasmo, con las sabanas enredadas en sus cuerpos. Se abrazaron dándose ligeras caricias.

—¿Quieres qué te acompañe?

—Vamos al mercado —le recordó Julieta—. ¿Quieres ir?

—No quiero estar lejos de ti ni un solo instante. ¿Te sirve como respuesta? — Julieta rio entre dientes.

—Nunca me imaginé que tu lado femenino saliera a flote de esa forma.

—No comiences, sobra decir que sé que te gusta. —Julieta apoyo el codo y su mentón descansó en su mano y con la otra le acarició suavemente con la punta de los dedos el rostro.

—July... —ella curvó sus labios, tenía razón en volver a tentarlo—. Tengo que ir a cambiarme, además, no quiero que tu hermano saque la guillotina familiar y la afile —Julieta hizo un puchero y se levantó.

—Eres cruel, ayer solo buscaban protegerme —Pablo ya de pie para vestirse la observó con una sonrisa traviesa.

—Y yo busco salvarme, siempre y cuando tu deseo sea un novio con el cuerpo completo —Julieta sonrió y lo besó, volviendo a llevar sus manos juguetonas por el cuerpo fibroso del hombre que rodeaba su cintura.

—¡He despertado una fiera indomable! —Julieta hizo un mohín, Pablo le guiñó un ojo y le dio un beso fugaz—. Debo irme cariño, quiero presentarme un poco decente ante tu abuela.

—Está bien, te acompaño a la puerta.

—No, si estoy un minuto más a tu lado no saldremos nunca de la habitación, nos vemos en treinta minutos —Julieta río y Pablo la besó suavemente en los

labios antes de marcharse.

Hora y media después, los dos se dirigían a casa de Agnes que los esperaba con el ceño fruncido. Fueron al mercadillo y recorrieron los puestos cogidos de la mano, Julieta charló con algún que otro vecino que se encontraban por el camino. Pablo se presentaba como su pareja, cada vez que lo hacía Julieta sentía un suave cosquilleo en la boca del estómago y le apretaba su mano con firmeza.

Probaron distintos licores de frutas que Pablo no perdió el tiempo de comprar, seguido de tartas caseras y queso.

Agnes estaba feliz de ver a su nieta llena de ilusión, era lo que siempre había deseado y por fin, podía verlo ante sus ojos, volvieron a su casa y siguió pasando tiempo con la pareja invitándoles a un leve refrigerio.

Julieta volvió acercarse al piano y se sentó. Sus dedos volvieron a tocar las teclas para recrear *Serenade*^[6] trasladándola al pasado, al recuerdo de todas las veces que había tocado junto a su padre. Con mucho esfuerzo, Julieta aparcó los sentimientos y cerró la puerta para no volver a abrirla nunca más.

Pablo, desde el marco de la puerta, se fijó en como cerraba los ojos transmitiendo sus sentimientos. Quería a esa mujer, no tenía ni idea de cuándo ni dónde había ocurrido, pero lo estaba.

—La última vez que Julieta tocó fue hace tanto tiempo que lo había olvidado —dijo Agnes quedándose junto a Pablo, observando a su nieta—. Gracias por hacerla feliz y propiciar que lo haga de nuevo. Eres un buen chico, espero que vuestra relación funcione.

—Yo también lo espero —Agnes le tomó la mano y le dio unas suaves palmaditas antes de volver a la cocina para darles intimidad, mientras Julieta terminaba la canción.

—¡Vaya! —dijo Pablo frotándose la nuca—. Es difícil competir con otros para tener el corazón de una mujer polifacética —Julieta sonrió y se levantó.

—No tienes por qué hacerlo... —respondió. La rodeó y besó con delicadeza. Le sujetó el rostro con las manos y besó suavemente sus labios, deseosos de más, mucho más.

Pablo dejó a Julieta con su abuela tras la amena comida. Lucas lo había llamado para recordarle su cita en el partido y quedaron en encontrarse en el campo. Se marchó a casa en busca del equipamiento que siempre le acompañaba

a todas partes y el sonido de su móvil le sacó de sus pensamientos.

—*¡Pablo! Llevo un montón de tiempo llamándote* —gritó su hermana al otro lado de la línea con urgencia—. *¿Dónde estás?*

—Estoy en Escocia, Lucía. ¿Qué ocurre?

—*Mamá ha tenido un accidente y nadie me dice nada, por favor, ¡te necesito! Tengo mucho miedo.*

Pablo se pasó las manos por la cabeza. Entre sollozos su hermana le contó lo que había descubierto, sin pararse a pensar mucho en ello, buscó el primer vuelo hacia España. La separación y el traslado de su padre, habían sido muy dolorosos para su hermana, su padre había preferido una nueva familia antes que sus hijos y su madre, había sido su punto de apoyo.

Tras una exhaustiva búsqueda logró encontrar un vuelo para esa misma tarde, se apresuró en arreglar su equipaje, e intentó llamar varias veces a Julieta. Pero no hubo modo de localizarla y sin disponer de tiempo para detenerse e ir a buscarla, salió hacia el aeropuerto.

Julieta llegó junto con su hermano al campo donde iba a tener lugar el partido sin ver a Pablo por ninguna parte. Intentó ponerse en contacto con él, pero el contestador no dejaba de responderle en su lugar.

«*Debe estar conduciendo*» se dijo. Su primo también acababa de llegar y se disponía a aparcar. Así que optó esperar y así poder hablar sobre lo que había pasado la noche anterior.

Pablo llegó a Barcelona y se dirigió directamente hacia el hospital. Su hermana se abalanzó contra él en cuanto lo vio. Se abrazaron y dedicó todo el tiempo que necesitaba a consolarla, mientras su hermana no paraba de llorar desconsolada.

Las heridas internas eran demasiado graves y su madre no había sobrevivido. Aquello amenazaba con desbordarle. Su madre había sido fuerte para ellos y ahora, a él le tocaba serlo para su hermana. Con mucho pesar, recordó la última vez que la había visto, tres meses atrás y lamentó no haberla podido ver de nuevo para despedirse.

Pablo sonrió con nostalgia. Recordó un día que su madre le echaba una buena

bronca, una exnovia despechada había encontrado el número de su casa y le llenó la cabeza de mentiras tachándole de amo dominante y a eso le sumaba el «*¡Otra vez otro accidente!*» Dado que se había presentado con una nueva herida de guerra, tras una sesión de deportes.

Ahora, su madre ya no estaba con ellos y no podía creerlo. Aparcó sus sentimientos y se centró en su hermana. No tenía intención alguna de llamar a su padre, no tendría paciencia para informarle y tampoco se merecía ninguna explicación. Era hora de tomar las riendas de su familia y se haría cargo de su hermana de diecisiete años sin tener que recurrir a su progenitor.

Julieta pasó todo el sábado llamando a Pablo y no consiguió de ningún modo comunicarse con él. Y a pesar de que luchó con fuerza contra sus inseguridades, el miedo y estas la invadieron y su imaginación voló a lugares poco agradables.

«*¿Y si solo fui un pasatiempo?*» Desechó esa idea de inmediato. Pablo le había demostrado con creces lo que sentía, pero aquella ausencia no era normal. Preocupada, le pidió a su hermano que intentara localizarlo, pero su hermano también tuvo el mismo resultado.

—Solo quería saber si se encontraba bien, al fin y al cabo, somos amigos — dijo intentando excusar su estado de preocupación.

Lucas no la había creído y la escudriñó con detalle. Su mirada reflejaba desconsuelo, pero no la presionaría. Pablo no era un hombre que desapareciera de repente sin dar explicaciones. Y aquella mentira de que solo eran amigos, no se la creía nadie.

Estaba seguro de que habían pasado la noche juntos. Pero veía a Julieta tan desanimada que prefirió protegerla de cualquier dolor que pudiera terminar teniendo, por culpa de Pablo, y no mencionar nada sobre el asunto.

Pablo nunca pensó que los trámites de un sepelio fueran tan engorrosos y todo ello se había complicado más, dado la ausencia de su teléfono móvil. Se devanó los sesos intentando recordar donde lo había dejado y no hubo manera de averiguar si lo perdió o lo olvidó.

Estaba preocupado porque July, aún no había conseguido saber por qué la

había dejado plantada y dónde se encontraba. Lo peor de todo es que no podía llamarla, aunque su primo le prestase el móvil. No sabía su número de memoria, ni el de Lucas. Tampoco podía llamar al trabajo para preguntar, era domingo y tendría que esperar hasta el lunes para solucionar ese percance.

Le urgía contarle a Julieta lo que había ocurrido y se lamentó de no haber dispuesto de algo de tiempo para mandarle un *WhatsApp*.

Tenía la esperanza de que su móvil apareciera en algún momento o de que alguien lo encontrara y llamase a alguno de sus contactos, permitiendo que recuperara el dispositivo. Tenía claro que era algo que no iba a ocurrir, pero deseaba fervientemente que ocurriera. En sus circunstancias, debía aferrarse a cualquier resquicio de esperanza que hubiera.

Julieta pasó la noche llorando, dejó de insistir en las llamadas cuando una voz robótica de la compañía telefónica le informó muy educadamente que ese número no pertenecía a ningún cliente. A la mañana siguiente recogió sus cosas y se fue temprano a casa de su abuela.

—Mi Julieta preciosa —su abuela vio los ojos hinchados y rojos, se alarmó enseguida—. ¿Por qué has estado llorando?

—Es una pequeña alergia, abuela. Nada importante —Agnes alzó una ceja, puso la tetera a calentar y buscó las galletas preferidas de su nieta. Las puso delante de ella, si no se lo contaba ahora, lo haría de camino a Durness.

Julieta se levantó y la abrazó para luego echarse a llorar.

Para Pablo la semana fue extenuante, tanto papeleo y traslados lo tenían agotado. Tenían que buscar un instituto que aceptara a una alumna a mitad del curso y una mudanza a un piso más grande, aunque sus tíos se ofrecieron para que Lucía se quedara en su casa. Pablo se negó, sus tíos la querían como una hija, pero ella le había pedido que no la dejase sola y lo cumpliría, costase lo que costase.

El lunes al recuperar su número, lo primero que hizo fue llamar a Julieta y solo obtuvo la respuesta del contestador. Intentó llamar a Lucas y de nuevo cortó la llama sin respuesta alguna. «¿*Qué coño está ocurriendo?*» No le había dicho a Lucas nada de su relación con Julieta, pero había supuesto que Julieta le habría

dicho a su hermano que estaban juntos. Volvería a intentarlo más adelante, ahora debía centrarse en su hermana e intentar que superara la muerte de su madre.

Lucas intentó averiguar en el trabajo si Pablo había vuelto a España, pero nadie había podido darle una respuesta. La única que podría ayudar a despejar toda aquella situación era Donna, se había marchado a Londres sin haber previsiones de cuándo regresaría.

Se debatió mentalmente en llamarla y preguntar, aunque eso supusiera jugarse su puesto de trabajo. Pero su jefa siempre había sido muy radical en cuanto a sus desplazamientos laborales. Cuando su jefa viajaba a Londres, su humor cambiaba por completo y siempre les decía que solo la llamaran si el mundo era invadido por extraterrestres. De lo contrario, ni se les ocurriera. Lucas tendría que enterarse por otros medios, o esperar a que su jefa volviera.

A pesar de haber estado una semana desconectada en Durness en sus recuerdos estaban Pablo una y otra vez. Su risa, su ironía, su modo de hacerla rabiar y de amarla...

Cuando volvió a encender su móvil y comprobó que la había llamado varias veces. Sintió rabia, ya era demasiado tarde para explicaciones o excusas, necesitaba dejar que su dolor se apaciguara y sobre todo cuando volvió a Madrid, lejos de todos los que intentaron que se evadiera de la tristeza.

Desde que volviera de Durness, todas las llamadas de Pablo habían sido mandadas al buzón de voz directamente. «*Si para él solo fue sexo, entonces para mí también lo fue*». Y tras convencerse de ello, se volcó en el trabajo en cuerpo y alma.

Pablo estaba desesperado. Cada vez que llamaba a Julieta era remitido directamente al buzón de voz donde ya había dejado cientos de mensajes. Pero tras la centésima llamada a Lucas le habían dejado bien claro, por donde podía perderse.

Tendría que esperar hasta el miércoles y presentarse en consulta dónde no podría negarse a hablar con él.

Se sentía como un completo idiota, no le había preguntado donde vivía en Madrid, necesitaba explicarse por qué no quería perderla. La echaba tanto de menos... Su July le daba esa chispa electrificante en su vida. Había necesitado su apoyo durante todo el trance aquella semana, su vida se había convertido en un infierno.

El miércoles en el hospital tenía la esperanza de verla pero no fue así.

—¡Estás recuperado! —Señaló Tomás cuando le pidió que hiciera algunos movimientos y revisó los resultados de sus pruebas.

—Sí, no he vuelto a jugar.

—Vi las radiografías que la doctora Cameron te hizo y te daré el alta —Tomás sonrió y carraspeó—. Puedes volver a la rutina, eso sí, ten cuidado con el hombro durante un tiempo —pero Pablo estaba demasiado ansioso, así que fue directamente al grano.

—Me gustaría darle las gracias a la doctora Cameron, personalmente —Tomás dejó de teclear y lo miró quedándose quieto durante un instante.

—Lo lamento, pero eso no podrá ser —Pablo se quedó de piedra, desesperado por saber que había ocurrido y donde se encontraba ella—. La doctora Cameron, ha vuelto a Escocia.

Pablo sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. «¿¡Escocia!?» se preguntó. «¿Y no ha podido enviarme un puñetero mensaje o responder a alguna de mis llamadas?». Intento aclararse las ideas, pero estaba claro que el hombre que tenía frente a él no iba a soltar prenda y su frustración aumentó.

—Me hubiese gustado poder agradecerle sus atenciones. Si habla con ella, díglele que fue un placer conocerla a fondo —se levantó sin decir nada más a excepción de un portazo como despedida. Tomás y Milagros se miraron sorprendidos y cinco minutos después, recibió una llamada de Julieta.

—*Hola, Tomás.*

—Julieta no sé qué pasó con Pablo Olivas, creo que eso de que has vuelto a Escocia no le ha hecho gracia alguna.

—*Lo sé y te agradezco que me cubrieras.*

—Lo he hecho porque te aprecio, pero se nota a leguas que ese chico no te ve como una simple especialista —Julieta trató de cambiar el rumbo de la conversación y Tomás la ignoró y prosiguió—. Dijo algo como que había sido un placer conocerte a fondo —Julieta arrugó su nariz—. Deberías llamarle, tal vez, necesite explicarse.

—*No hace falta, recuerda, dijo que fue un placer conocerme a fondo* —Tomás

siséó.

—Me dio la sensación de que no estaba bien, incluso lo vi cansado y más delgado. Espero que solo sea una broma eso de que te quieres ir a Escocia, no me gustaría perder a una buena compañera.

—*Dilo Tomás, una buena amiga* —Tomás sonrió.

—Aparte de una excelente profesional — respondió su amigo y ambos sonrieron.

—*Serás el primero en saber mi decisión, gracias y hasta luego.*

Julieta cortó la llamada y se abrazó así misma cerrando los ojos, necesitaba borrar a Pablo de su vida. Cada noche lloraba recordando sus besos, las sensaciones de sus manos por toda su piel.

Sacó su móvil del bolsillo y por unos instantes, las ganas de llamarlo fueron casi irresistibles, Tomás le había dicho que se le veía cansado y delgado. Pero tras el instante de debilidad, zarandó la cabeza y desechó la idea. Lo más probable que fueran estragos de alguna juerga que se habría pegado la noche anterior y se dispuso a prepararse para su próxima operación.

Dos meses después.

Julieta recibió una alerta de urgencias en un día que había sido muy largo, seguía pensando en Pablo más de lo que le gustaría aunque esperaba que en cualquier momento aquel luto por el desamor terminara.

Cada noche soñaba con sus besos y la tentación de llamarlo era muy grande. Aunque al final desistía. Estaba considerando aceptar el puesto, que su padre le había ofrecido reiteradas veces, en Edimburgo.

—Doctora Cameron —la suave voz de la enfermera la devolvió a la realidad—. Ha llegado una joven con la tibia y el peroné fracturado, se encuentra en el box número siete, se llama Lucía.

Julieta escuchó, a la chica quejarse, desde el mostrador y esperaba que fuera una fractura simple. Se acercó y pese a no conocerla de nada, la joven le resultó familiar.

—Hola, soy la doctora Cameron. ¿Me permites? —preguntó a la chica que lloraba y se quejaba de dolor.

Julieta examinó la pierna y lo que parecía una aparatosa y multi fracturada pierna, llamó de nuevo a la enfermera para que se quedara con ella y así poder comunicar la situación a sus familiares.

—¿Lucía, como fue tu caída? —Entre sollozos le contó cómo había resbalado mientras practicaba *Skate*—. Está bien, te harán una radiografía y... — Los gritos de la persona que no creía que volvería a ver la interrumpieron. Su corazón se aceleró y se quedó sin habla cuando Pablo entró nervioso dentro del box.

Pablo volvía a casa, cuando recibió la llamada de una sollozante Lucía. Entre lágrimas y gritos, su hermana le había informado que se encontraba en el hospital y aceleró el coche para llegar ahí de inmediato.

Entró en urgencia sin preguntar ni detenerse en recepción y comenzó a gritar el nombre de su hermana desesperado por encontrarla. Escuchó un sollozo y se dirigió hacia la voz. Por primera vez desde que recibió la llamada todas sus funciones corporales se detuvieron por completo cuando se encontró de frente con Julieta.

Julieta tragó saliva e intentó encontrar la manera de encontrar su voz para dirigirse a Pablo. Tenía que encontrar su yo más profesional, pero sentía un gran nudo en la garganta y no era capaz de tragar. Debía ser profesional, pero era incapaz de decir nada, y el pánico la encomiaba a salir de ahí lo más rápido posible.

—¿Usted es pariente de la joven? —Pablo apretó los dientes, le habían mentido y no entendía el porqué. Ahora después de dos meses sin saber absolutamente nada de ella le hablaba como si fuera un desconocido.

En el peor momento de su vida lo decepcionó, sin explicación alguna le apartó y a pesar de que, había tratado de olvidarla y dejar aquellos días en Escocia atrás, no pudo.

«No, no voy a aceptar este desplante» se dijo con rotundidad. «Si ella quiere ocultar lo que pasó, que lo haga. Yo no pienso hacerlo».

—Hola, July. Te hacía en Edimburgo cantando alguna canción de reproche — Julieta se tensó, impresionada ante un ataque tan directo. Fingió una sonrisa y respondió intentando mantener aquella fachada de mujer profesional.

—Es necesario hacerle una radiografía a Lucía, me gustaría hablar con sus padres — Julieta se dio la vuelta para escapar de aquel asfixiante lugar y darle las indicaciones a su personal de cómo debían de proceder, ignorando de esa manera a Pablo y poder reponerse de aquel ilógico encuentro.

—Puedes fingir que no me conoces — Pablo alzó su voz con rabia y sus palabras la persiguieron mientras recorría el pasillo entre los boxes—. Pero sabes bien que sí. Y para tu desgracia princesita, soy el tutor legal de Lucía, así que estoy a tu plena disposición para hablar.

Julieta no podía creer que el destino le hiciera esa jugarreta y se detuvo en seco. «¿Tutor?» se preguntó y un escalofrío la recorrió por completo. No tenía

absolutamente idea de nada sobre la vida de Pablo Olivas. Con los nervios a flor de piel pidió, al primer celador que pasaba por su lado, que llevaran a Lucía de inmediato a hacerle la radiografía y entró en el primer box que encontró para tomar aire y recuperar la compostura.

«Julietta has deseado mil veces volver a verlo y gritarle por qué te dejó, ahora tienes la oportunidad de hacerlo» Se repitió aquello como un mantra para sí misma al menos durante diez minutos y comprendió que a pesar de desearlo, la realidad era otra, no podía hacerlo.

No podía gritarle, ni echarle en cara nada de lo que hubiese querido. Volver a verlo le había demostrado que no era tan valiente como creía. Y revivir lo que sentía cuando estaba junto a él, todo de golpe y sin filtros, le había turbado.

Pablo esperó a que se llevaran a Lucía y de inmediato salió en busca de Julieta sin tener éxito alguno, esa mujer tenía algún poder mágico para desaparecerse en los momentos precisos.

Furioso ante la actitud tan fría y distante que ella le había mostrado, no hacía más que hacer crecer ese sentimiento y miles de preguntas le inundaban la mente. Necesitaba calmarse y aprovechó para llamar a su primo Gerard y explicarle lo que ocurrió, intentando encontrar un apoyo que lo liberara de cometer una locura.

Julietta salió de la consulta para verificar las radiografías y en efecto, era lo que pensaba. Tendría que volver a hablar con Pablo, pero el tiempo y las distancias hacían que se sintiera más segura para poder enfrentarlo. Salió a la sala de espera y el recuerdo de la primera noche que había visto a Pablo, le inundó la mente.

—¿Familiares de Lucía Olivas? —El simple sonido de la voz de Julieta hizo que el corazón se le acelerara, logrando que su rabia fuera a más, pero hacia sí mismo.

Por mucho que quisiera olvidarla y enviarla muy al fondo de su mente, estaba feliz de volver a verla y deseoso de sujetarla contra su cuerpo, para saciar esa necesidad que tenía de besarla hasta que necesitaran aire para respirar. Sin embargo, el orgullo era más fuerte que todo lo demás y estaba dispuesto a hacer que ella admitiera lo que había habido entre ellos. Ella lo trataba como desconocido, él le echaría en cara que no lo eran.

—Aquí estoy, cariño —Julieta se tensó y lo miró con frialdad.

—Tengo que darle una... —la interrumpió negando con un dedo y siseando con los dientes, Julieta abrió los ojos temiendo lo que Pablo pudiera decir en el hospital y que la comprometiera.

—Tengo que darte una noticia, cariño —enfaticó Pablo a sabiendas que eso la haría cabrear, Julieta dejó de respirar, frunció el ceño y arrugó su nariz.

—Solo tengo cinco minutos y si quieres perder el tiempo en estupideces puedes hacerlo solo. Si quieres saber el estado de Lucía puedes dejarme hablar.

—No pierdo el tiempo, no soy el que estoy fingiendo que no nos conocemos —se acercó más de la cuenta haciendo que las piernas de Julieta comenzaran a temblar—. Aquí la que hace estupideces eres tú.

Julieta temerosa de no poder controlar su reacción se giró y lo dejó ahí plantado sin darle el diagnóstico. Pero Pablo no estaba dispuesto a que ella se marchara tan pronto.

—¡No me moveré, princesita! Por cierto, estás preciosa. Tal vez, hasta te espere para irnos juntos —Pablo era muy consciente de la tensión en los hombros de Julieta y conociéndola, sabía que no daría su brazo a torcer. Se sentía impotente, pero nada le importaba ya, así que no detuvo su boca cuando volvió a hablar de nuevo—. Siempre haces lo mismo, ignorar lo que no quieres oír.

La rabia consumía a Julieta. Pablo la estaba humillando delante de otras personas, en su puesto de trabajo. Y se decía así misma que estaba mal de la cabeza y que no debía caer en su juego.

Buscó a una enfermera y le pidió que les explicara a los familiares de la joven sobre el procedimiento y se preparó para la operación. Cuanto más alejada de Pablo estuviera, menos problemas tendrían.

Pablo se pasó la mano por la cabeza, cabreado. Lo había vuelto hacer, lo había despreciado y se maldijo por haberse enamorado de esa mujer. Se reprochó una y otra vez su actitud hasta que una enfermera salió preguntando por los familiares de Lucía Olivas e interrumpió su retahíla de reproches.

Quería estranglarla. Literalmente. Había encontrado la manera de no hablar con él y eso lo mataba, deseaba tenerla en sus brazos y ella no se lo permitiría.

«¡Cobarde!»

Julieta estaba exhausta física y mentalmente. Durante la operación, no había

parado de pensar en Pablo y en cómo había acabado siendo el tutor legal de Lucía. La única manera era que fuese el tío o el hermano, o... su padre.

Intentó que los pensamientos no la desbordaran, tratando de mantener la conversación con el equipo que la acompañaba. Pero su imaginación volaba hacia los días que compartieron juntos y la pasión con que la amó. Se detuvo unos segundos y se aferró a lo único en su vida que siempre la había centrado: su trabajo. Era una profesional y tenía una meta, ser reconocida y eso es lo que conseguiría.

Satisfecha con el procedimiento que había decidido para la operación, repasó la intervención: era una fractura de segundo grado. Siguiendo el procedimiento habitual, insertaron con clavos de 9 mm de diámetro bloqueando con un tornillo proximal.

—¿Quiere que le diga a los familiares que la joven irá a recuperación? —Se prestó solicita una de las enfermeras del equipo. Julieta salió de sus pensamientos, cayendo en la cuenta que de nuevo, debería volver a ver a Pablo e informarle de cómo había ido la operación.

Podía enviar a la enfermera, pero tarde o temprano tenía que encararse con Pablo, no podía evitarlo eternamente. Y era mejor ahora que nunca.

—No, iré yo —se quitó la bata quirúrgica y salió del quirófano hacia la sala de espera, en busca de Pablo. Su corazón volvió a acelerarse en cuanto lo vio. También estaba Gerard y una señora mayor. Su cuerpo se relajó, teniendo público familiar, Pablo se comportaría.

Gerard abrió los ojos sorprendido, cavilando sobre cuál sería la probabilidad que la doctora guapa que traía a su primo de cabeza, operara a su primita. Aquella, era una posibilidad remota, pero estaba siendo testigo directo de la imposibilidad.

—Buenas noches —dijo Julieta en tono conciliador.

—Buenas noches, soy Rosa tía de Lucía —respondió la mujer mayor y Julieta sonrió en respuesta.

—Buenas noches. ¡Qué casualidad verla de nuevo doctora! —le dijo Gerard guiñándole el ojo, Julieta sonrió. Pablo apretó los dientes ante la sonrisa de sinceridad que otorgó Julieta a su primo. «*Si lo que quiere es sacarme de mis casillas, lo está logrando*» se dijo.

La señora y Gerard fijaron su mirada en Pablo, esperando que fuera cortés, sin embargo, no fue así y se fue al grano con prepotencia.

—¿Podría decirme cómo fue la operación? —Gerard alzó una ceja y miró a su primo extrañado. Era como si de repente la doctora fuera su enemiga número

uno. Esperó en silencio la reacción de la mujer. Julieta mantuvo su fachada profesional y volvió a sonreír.

—La operación salió como esperábamos, le pusimos clavos y estará unos días hospitalizada. Tiene una férula y antes de darle el alta se le pondrá una escayola, que tendrá que llevar unos dos meses, pero va a recuperarse sin problemas.

—¡Oh, Dios mío! —Exclamó la mujer—. Pobre Lucía, ya bastante ha tenido la pobre, para ahora tener que estar encerrada otros dos meses más.

Pablo clavó la mirada en su tía, lo que menos deseaba era que Julieta se enterara de lo de su madre, no tenía derecho de saber lo sucedido. Había perdido el derecho a ello.

Julieta fijó la mirada en Pablo, esperando alguna respuesta. Él la sorprendió ignorándola y Julieta comprendió, sin necesidad de palabras, todo lo que había sucedido. Volvió a intentar centrarse en su papel de la doctora Cameron, irguió hasta los límites su postura y sacando de su cabeza y corazón al hombre que amaba, prosiguió con su trabajo.

—No se preocupe. Se acostumbrará rápido. Una vez quitada la escayola, tendrá que ir a rehabilitación, pero lamento decir que no podrá volver a subir a un *Skate* en mucho tiempo.

—¡Claro que me preocupo! —exclamó Rosa alterada y negando con la cabeza—. Esa niña ha perdido a su madre y ha tenido que trasladarse con...—Pablo la interrumpió.

—Tía, no hace falta dar tanta información, es un médico más y no el cura del confesionario —Julieta se quedó sin palabras.

Trató de recordar fechas, la amable mujer había hablado de dos meses atrás, el mismo periodo de tiempo en el que Pablo desapareció. Julieta cerró los ojos y un gran dolor se extendió por su corazón al darse cuenta su terrible equivocación. Pablo vio la reacción de Julieta. Quería largarse de ahí, no necesitaba su lastima ni su disculpa, ya no.

—Lo siento, Pablo.

—¿Puedo ver a mi hermana? —Julieta fijó sus ojos en él. El sentimiento de culpa se veía claramente en su clara mirada.

Cansado de preguntarse tantas veces qué había hecho mal para que ella lo expulsara de su vida de esa manera tan cruel, respondió de la misma forma que ella actuó desde el momento que se reencontraron.

—No tiene nada que sentir doctora Cameron. Insisto de nuevo, ¿puedo ver a mi hermana?

Julieta tragó saliva y afirmó con un leve movimiento de cabeza. Gerard y su

madre decidieron alejarse desconcertados a la actitud de ambos, Julieta carraspeó.

—Está en la sala de recuperación, al final de este pasillo. Di que la doctora Camerón te autorizó a entrar y puedes estar el tiempo que quieras con ella.

—Gracias —y sin más, le dio la espalda y la dejó para volver tras pocos pasos y descargar sobre ella todo lo que lo estaba carcomiendo por dentro—. He vivido un infierno durante dos meses tratando de entender qué coño hice; de intentar hablar conmigo.

»Pero me has demostrado que la primera idea que se te cruzó en la cabeza es la que diste por buena. Todo por tu maldita inseguridad. Es más fácil escudarse con suposiciones que afrontar cualquier situación. No todos los hombres somos unos hijos de puta, aunque tengamos los mismos cromosomas y pene.

»Lo que más me jode, es que me enamoré de ti como un idiota y sigo enamorado de ti. Que el demonio me dé la bienvenida a los infiernos si miento, al decir que deseo en estos momentos volver a besarte y hacerte mía.

Julieta se quedó completamente sin palabras. Aquella confesión llena de sentimientos le había dado una lección de humildad. Sabiendo que él tenía razón, su falta de seguridad había sido la que había dictado sus pasos en aquel momento, había creído lo peor y se refugió, como siempre, en lo que se había planteado años atrás, en lo que era seguro.

—Pablo, no sé qué... —pero no pudo explicarse porque el volvió a interrumpirla.

—No quiero saberlo. Ya es muy tarde, demasiado tarde.

Se giró de nuevo para irse, dio unos pasos pero se detuvo una vez más y en dos zancadas volvió al llegar hasta Julieta y hacer aquello que más deseaba, besarla por última vez.

La besó con urgencia, deseando sentir los labios de la mujer que amaba y con la que quería compartir su vida. Pablo se apartó al instante y se giró maldiciendo el día que la conoció.

—¿Gerard? —preguntó Rosa desconcertada.

—Mamá, no lo sé —desde el lugar donde estaban apartados no perdieron ningún detalle y en ese mismo lugar ambos vieron como Julieta se tapó sus ojos tratando de mantener la calma.

—Deberías ir con él, mamá —su madre afirmó sin decir nada más y fue detrás a la pos de Pablo, que se alejaba a toda velocidad pasillo abajo. Gerard se acercó, se sentó y palmeó la silla que estaba a su lado logrando captar la atención de Julieta para que reaccionara y se sentara a su lado. Tenía ganas de saber, qué

había pasado.

Durante dos meses aceptó sin más, aquello que en su imaginación había ocurrido con Pablo. Había dejado que sus miedos y sus inseguridades le royeran la mente. Conocía a varios tipos de hombres y alejarse de aquellos, que entraban en la lista de los que solo buscaban un rato, había marcado sus decisiones. Y por supuesto, pese a todo lo que él le demostró, no le había llevado mucho tiempo meter a Pablo en el mismo saco que los demás

Decir que era una mula, ofendería al animal. No tenía ninguna excusa ni justificación a lo injusta que había sido. Y pese a que ahora estaba sentada junto a Gerard, no encontraba palabras para poder explicarse.

—Deberías hablar con a alguien de cómo y dónde ambos perdisteis el norte — Julieta suspiró y se sentó, quitándose el gorro quirúrgico.

—He metido la pata y no hay nada que arreglar, siempre tuve dudas. Todo ha sido por mi culpa —se apretó con fuerza los párpados para evitar llorar y Gerard suspiró profundamente.

Iba a ser más complicado de lo que se esperaba. Conocía a su primo y jamás lo había visto tan afectado por una mujer. No le quedaba ninguna duda que sentía algo muy profundo y que la mujer que acaba de partirse en mil pedazos delante de él también.

—¿Qué te parece si te invito a un café y así puedes quizás, contarme exactamente qué ocurrió? Y... ¿quién sabe? Tal vez, pueda ayudaros —Julieta sonrió amargamente y aunque estaba agradecida por la proposición de Gerard, debía declinarla.

—Lo dudo. Debo irme, tengo que hacer el informe. Pero gracias por intentar que me sienta mejor —se levantó taciturna y le sonrió a modo de despedida. Gerard soltó aire resignado. Si ninguno daba su brazo a torcer, él no tenía nada que hacer y lo dejaba en manos del destino. Las normas eran las únicas que podía ayudar a limar esos corazones heridos.

Pablo hizo lo que Julieta le aconsejó. Su hermana dormía y la enfermera le dejó quedarse a su lado. Pablo se lo agradeció. Buscó una silla, se sentó a su lado. Dejó que sus ojos se humedecieran y que las lágrimas se deslizaran en silencio, llevaba dos meses dejando sus sentimientos a un lado y volver a ver a Julieta y su hermana postrada en una cama, lo hundió por completo.

Julieta pasó toda la noche con la cabeza en otro lugar, era normal que Pablo la odiase, no le había dado la oportunidad de explicarse y llegó a la conclusión que ni siquiera le dirigiría una palabra más después de aquella declaración.

Si él escogía ese camino, lo aceptaría. Tal vez era lo mejor, no quería un acercamiento por lástima. Reprimió las lágrimas de culpabilidad y comenzó a tomarse en serio la posibilidad de aceptar el puesto que su padre le había ofrecido en Edimburgo. Una manera cobarde de cerrar ese capítulo de su vida, pero una manera al fin y al cabo. Aunque en su corazón, sabía sin miedo a equivocarse, que Pablo tendría su lugar para siempre.

Esperó con impaciencia durante toda la noche a que amaneciera para poder pasar por la habitación de Lucía y explicarle los pasos a seguir. Se lavó la cara, se hizo una coleta alta y salió rumbo a la habitación aparentando más confianza de la que sentía.

Después de ser trasladada a una habitación, Pablo no quiso moverse y el cansancio lo venció. Dormía con la cabeza apoyada en la cama cuando sintió un tirón de pelo.

—¡Ay! —Se llevó la mano a la cabeza y con el ceño fruncido, levantó la cabeza de la cama y exclamó—. ¡¿Qué manera es esa de levantar a tu pobre y guapo hermano?!

—La que ayuda a que dejes de roncar. ¡Tío, te has pasado toda la noche roncando! —Se quejó burlona. Pablo negó con la cabeza y se levantó para estirar sus extremidades.

—Deberías ir a dormir, la tía Rosa llegará pronto para darme la lata —Lucía se removió un poco en la cama intentando acomodarse antes de continuar hablando—. Dime, ¿qué te ha dicho el médico? Dime qué solo tendré que llevar esta horrible escayola quince días.

Pablo observó la mirada agobiada e inquieta de su hermana y se encontró con

el dilema de cómo explicar que tendría que pasar dos largos meses en Madrid con ella. Si bien, tenían la mudanza hecha, habían acordado que terminaría el instituto en Barcelona.

Pablo se culpaba de ese pequeño accidente, no hubiera ocurrido si él, no la hubiera invitado a pasar juntos los días festivos. Tan solo había querido animarla. Que sintiera que no estaba sola y todo le había salido mal. Se frotó la mandíbula y respiró profundamente para darle la noticia, cuando como un ángel caído del cielo apareció: Julieta.

—Buenos días —saludó evitando cruzar la mirada con Pablo, trasladó su atención directamente a Lucía y no reparó en el en ningún instante.

—Buenos días, ¡qué casualidad! Mi hermano me iba a contar como fue la operación y cuánto tiempo estaré con la escayola.

Julieta frunció el ceño tratando de entender por qué no se lo había dicho y comprendió que para la chica sería otro palo muy grande.

—Lucía, verás —dijo Pablo mientras la cogía de la mano fijando sus ojos en ella—. Tendrás que llevar dos meses la escayola.

—¿¡QUÉÉÉ?! ¡NOO! —La joven se tapó la cara para llorar desconsolada, Pablo quiso abrazarla y ella se negó a que se acercara.

—No podré ir al viaje de fin de curso, ni volveré a ver a mis amigos.

—Si los verás, te prometo que iré contigo a Barcelona en cuanto estés recuperada —pero la joven no le escuchaba, negaba con la cabeza una y otra vez, llorando.

—No lo entiendes, estaré encerrada y no puedo estarlo. ¡No quiero estarlo! No puedo hacerlo de nuevo.

A Julieta aquellas palabras le partieron el corazón, se sentía totalmente identificada con la joven y aquella negativa a verse atrapada. Recordó el divorcio de sus padres, el dejar Escocia de repente, sus amigos, el colegio... Tal vez podría haberlo soportado una vez, pero no, la segunda vez, la llevó a sentirse aún más sola. Sus padres se enfrascaron en sus carreras y para ese entonces apareció Javier.

Y pensar en Javier era atraer malos recuerdos, era el hombre que le había dejado una huella y que había conseguido cambiar su visión de la vida, dejando claro cuáles eran sus metas primordiales. Tomó la mano de Lucía y pensó que en contarle parte de su historia tal vez, la aliviaría.

—Lucía, cuando vine a vivir a España, mi español era muy malo y no conocía a nadie, mis padres se acababan de divorciar. Me sentía sola y me costó hacer amigos.

Lucía se limpió las lágrimas y al ver que la joven le prestaba atención Julieta prosiguió, sentía la necesidad de que Pablo la escuchase y entendiera de dónde provenían todos sus miedos.

—Poco tiempo después de que nos instaláramos, mi madre nos hizo cambiar de ciudad y eso era, volver a empezar. Cuando todo el instituto se enteró de mi nombre completo, me pasé meses siendo protagonista de burlas, bromas sarcásticas e ironías.

»El divorcio de mis padres no fue fácil tampoco para mi hermano. Y para mí, nuestras estancias en Escocia nunca fueron como antes. Pensé que no sobreviviría. Gracias a mi hermano y su mejor amigo pude sobrellevarlo —Lucía cabizbaja seguía llorando hasta que escuchó sobre el nombre y quiso saber a qué se refería.

—¿Cuál es su nombre? —Julieta fijó sus ojos en los de Pablo por primera vez desde que entro en la habitación. Se mantenía escuchando y en silencio.

—Julieta Fiammata Asto Cameron —y volvió a otorgar su atención a Lucía con la sensación de que había desnudado su alma por primera vez—. No podrás ir de viaje de fin de curso, ¡es una putada! Lo sé —Lucía sonrió—. Pero estoy segura de que tu hermano hará lo posible para que estos dos meses se pasen volando —Julieta dibujó una pequeña sonrisa y Lucía intentó sonreír pese a su hipo tras sus sollozos—. Vine a ver cómo habías pasado la noche, mañana volveré a pasar para la radiografía y explicarte cómo tienes que cuidarte. ¿De acuerdo?

Lucía asintió con tristeza, Julieta se despidió y salió lo más rápido que pudo de la habitación. El hablar por primera vez, de sus comienzos en España le había despertado viejos fantasmas aunque se sentía liberada.

Pablo se había quedado sin habla, juraba ante todo los santos que se llamaba Julieta. Un escalofrío recorrió su cuerpo comprendiendo su actitud cada vez que citaba a *Shakespeare*, soltó aire lentamente y cuando se dispuso a hablar, se percató que ella ya no estaba en la habitación.

Sin pensarlo salió tras ella y cuando la vio, la tomó por el brazo quedando ambos mirándose frente a frente.

Julieta gimió en silencio, estar de nuevo en los brazos de Pablo hizo que su corazón se desbocara y a pesar de que, por unos segundos creyó que volvería a

besarla como la noche anterior, no sucedió.

La soltó de inmediato y se pasó la mano por la cabeza apartándose, ambos trataban de buscar las palabras adecuadas. Tenían demasiado por decir, por reprocharse y tanto que disculparse que ninguno sabía por dónde empezar.

Sin poder soportar más la tensión Julieta se dio la vuelta, si se quedaba otro minuto las lágrimas que tanto le estaba costando contener, la desbordarían. Y estaba comenzando a dudar si había sido un enorme error prometerle a la chica que volvería.

—¿Por qué nunca me has dicho tu verdadero nombre? —Julieta apretó los dedos con fuerza y se volteó de nuevo para enfrentarle.

—Iba a hacerlo la noche que estuvimos juntos, pero no tuve oportunidad de hacerlo, no me dejaste —Pablo sonrió con desgana a sabiendas que tenía razón, deseaba tanto tenerla en ese momento que prefirió saciar el deseo de ambos antes de escuchar lo que tenía que decirle.

—Lo siento —es lo único que pudo decir y Julieta le respondió con una sonrisa triste.

—No debes hacerlo —señaló Julieta—. Fue una noche inolvidable, además, debí hacerlo antes. Tenía miedo a que te lo tomarás a cachondeo.

—¿Miedo?

—Sí, el día que nos conocimos, me citaste a *Shakespeare* y cada vez que coincidíamos lo hacías, creía que te burlabas de mí.

Pablo se llevó una mano a la nuca comprendiendo muchas cosas. Disminuyó el espacio que les separaba, con el impulso de abrazarla y acunarla para demostrarle cuanto la amaba.

—Nunca me hubiera burlado de ti por ese precioso nombre. No sé por qué citaba a *Shakespeare*. Creo que desde el mismo momento que entraste en el box, irradiaste una calidez que nunca había percibido en ninguna mujer y era el único modo que podía usar para llamar tu atención, cuando estaba borracho y con un gran dolor.

»¡Soy raro! Lo sé, acabo de darme cuenta —resopló—. Me gustan los deportes rudos llenos de adrenalina, la literatura clásica y cito a *Shakespeare* cuando me enamoro a primera vista.

Julieta estaba abrumada por su sinceridad, el impulso de besarle era muy intenso y la ternura se apoderó del ambiente. Era la primera vez que ambos hablaban con el corazón en la mano, con las sensaciones a flor de piel.

Quien no conociera a Pablo Olivas de verdad, también se hubiera creado una

imagen como la que ella se había formado en primer lugar. Le gustaban los deportes de riesgo, de contacto y los grandes clásicos de literatura y en aquel instante quería gritar que, tal vez, había cometido el peor error de su vida.

—Debo irme —fue lo que finalmente le dijo Julieta, era la mejor forma de dar por terminada esa conversación. Ambos podrían tomarse un respiro y ordenar sus sentimientos.

—¿Qué pasó realmente? Unas cuantas burlas no te llevarían a desconfiar de esa manera —Julieta volvió a apretar los dedos y suspiró antes de seguir hablando.

—Miguel y Lucas siempre han tenido facilidad para hacer amigos. Cuando comenzaron la universidad conocieron a un chico que en un principio quiso ligar conmigo.

»Creyó que enviando SMS con citas de *Shakespeare* cambiaría mi perspectiva y aunque le aclaré que si mantenía esa actitud acabaría muy mal, siguió con ello. Días después entró a casa y cambió su forma de ser, era como si se hubiera dado cuenta de como me trataba Miguel y otros amigos más y logró ganarse mi confianza.

»Me hizo creer que era más importante que cualquier otra cosa, discutía y me criticaba sin importar quien estuviese y a la vez, me sorprendía dejando pequeños detalles en lugares inesperados. En aquel entonces, mis padres se preocupaban más por su carrera y él supo aprovechar el momento y consiguió que creyera a ciegas en él.

»Pensaba que de verdad sentía algo y que era sincero, hasta el día que nos acostamos. Varios días después Miguel lo escuchó en un bar de copas alardear de como todas las mujeres bonitas caían rendidas a sus pies con unas cuantas palabras estúpidas. —Julieta respiró profundo—. Empezó a evitarme y tras varios días de no entender por qué me rehuía, le encaré y se rio de mí. Me dijo que estuvo a punto de no seguir, si no hubiera cedido esa noche. Pero dijo que no tenía de que preocuparme, que tendría una reputación muy buena. La hermana de Lucas, la escocesa Julieta, por fin, caía de ese pedestal que hacía que fuese imposible para todos. Pero él, había conseguido ese premio.

Pablo intentó imaginar cómo se sentía Julieta, la rabia le embargó y le dio gracias a Dios de no tener cerca al pobre infeliz que le había hecho daño. Lo hubiera matado. Y eso lo llevó a pensar que Miguel le había contado la verdad a medias, le había advertido desde el principio sobre todo aquello.

—Ahora entiendo por qué Miguel me dijo que no tenías experiencias con hombres —Julieta se tensó y arrugó la nariz.

—¿Qué?! —Escéptica a esas conclusiones, necesitaba saber que pensaba Pablo de todo aquello.

—Es decir, yo no...

Pablo se había dado cuenta de que acaba de meter la pata, se llevó las manos a la cabeza, nervioso.

—¡Oh, Dios! ¡La he cagado! —Julieta tuvo deseos de llorar, tensó la mandíbula y fue directa.

—Según entiendo, Miguel te dijo que no tenía experiencia con hombres y asumiste que nunca había tenido sexo.

—¡Noo!, Bueno... sí —Julieta gruñó con impaciencia. Pablo percibió en sus ojos rabia y por mucho que quisiera disculparse había metido la pata hasta el fondo.

«¿Cómo había podido pensado semejante estupidez?!» «Desde cuando me he vuelto tan imbécil». No podía disculpar su actitud de ningún modo y ahora más que nunca era consciente de que la había perdido para siempre. «¡Miguel, debiste ser un poco más claro!» refunfuñó para sí mismo.

—Lo siento, July, no debí ser tan animal.

—Eres como todos —le reprochó ella con rabia—. Siento no haber cumplido tus expectativas, buenos días.

Julieta giró sobre sus talones y se marchó sin mirar atrás. Por unos segundos creyó que Pablo era diferente y la realidad era otra. Pablo gritó varias veces su nombre y ella lo ignoró adentrándose a un área restringida sin mirar, ni una sola vez, hacia atrás.

Entró en una de las consultas y cerró la puerta. Se escurrió sobre la puerta llorando con amargura, había dejado que el pasado la devorara de nuevo. La diferencia era que, en esta ocasión, sí estaba enamorada de un hombre que le veía como un trofeo.

Pablo quería ir tras ella pero después de su metedura de pata, querría volver a verla de nuevo. No quería darse por vencido, necesitaba disculparse. Le había sacado cientos de veces de sus casillas, le había hecho reír y sabía a ciencia cierta, desde hacía tiempo, que la amaba. Era su complemento, la mujer perfecta para él.

Esperó durante media hora parado donde estaba por si volvía a salir, pero no, ni ella ni nadie lo hizo. La llamó al móvil y no respondió. Frustrado volvió a la habitación donde estaba Lucía, que ya no estaba sola. Su tía junto a Gerard acababan de llegar y le aguardaban.

—¡Pablo! ¿Pensé que te habías ido? —Le dijo mientras sonreía Lucía.

—¿Porque pensaste eso?

—¡Te fuiste corriendo detrás de la doctora! —Le reprochó con una pequeña sonrisa. Gerard clavó la mirada en Pablo, tras las palabras de su prima. Aquello era muy interesante.

—Yo no he ido tras ella, solo, solo... —respondió avergonzado—. Vi que tenía prisa y quise preguntarle otras cosas sobre la operación.

—¿Y? — Le instó a continuar su hermana.

—¿Y? —repitió la pregunta intentando ganar algo de tiempo.

—¿Qué te dijo? —Pablo quería que la conversación cambiara de tema, pero su familia no estaba muy dispuesta a ello.

—Lo normal Lucía —intervino Gerard intentando echarle un cable temporal a su primo, aunque iba a averiguar que estaba ocurriendo—. Debes tener paciencia cuando te pique la escayola y demás.

—Si eso —señaló de inmediato Pablo. Gerard lo miró de reojo mientras Lucía comenzó a quejarse de nuevo.

—Creo que Pablo debería descansar. Vamos, te llevo.

Pablo aceptó la sugerencia de su primo, acordando que Rosa se quedaría a

pasar el día con Lucía y él volvería más tarde a verla.

Salieron de la habitación y se dirigieron hacia los ascensores. Pablo no podía poner suficiente distancia entre su familia y él. Aunque la mente le bullía con mil pensamientos distintos, necesitaba encontrar algún modo de sacarlos de allí, elaborar un plan y arreglar las cosas.

—Ahora que te he salvado el culo. Ya estás largando, ¿qué coño pasa con la doctora guiri?

—No es la doctora guiri —le advirtió Pablo—. Se llama Julieta Cameron — Gerard levantó una ceja sorprendido.

—¡Y estás colado por ella! —Pablo resopló resignado y no negó lo evidente.

—Sí, estoy colado por ella.

—Entonces, tenemos un buen rato para que me cuentes como puedo ayudarte a arreglar la que has liado con tu Julieta, Romeo —Pablo sonrió con tristeza, era difícil explicarle que ya no había nada que arreglar.

—No hay nada que arreglar, la he cagado bien cagada —Gerard silbó.

—Esa mujer te ha echado bien el lazo.

Pablo volvió a reír. En ningún momento había negado su interés hacia ella. Desde el instante en que la vio, se había sentido atraído hacia a ella. Había caído en sus redes y, si pudiera cambiar las cosas, cambiaría los últimos dos meses. Habría encontrado un modo de ponerse en contacto con ella y arreglar lo ocurrido. Habría hecho algo más que estar plantado, llorando por la muerte de su madre y resentido por no poder apoyarse en la mujer que amaba.

Varios días después

Julieta se las ingenió para no encontrarse con Pablo cuando visitaba a Lucía, recibió innumerables llamadas y mensajes pidiéndole cinco minutos para que hablasen y, aunque muchas veces estuvo tentada a aceptar, al final, sabía que lo mejor era dejar que las cosas siguieran su curso.

Pablo fue el hombre que había trastocado su vida, la llevó hasta el extremo, le hizo perder la paciencia y la compostura. Y al mismo tiempo le mostró como amar con toda el alma y a descubrir la pasión que desconocía que había reprimido durante tanto tiempo. Y tal vez, creer en que algún día, encontraría al hombre indicado.

Necesitaba aclarar sus sentimientos y sus erráticos pensamientos y no había mejor forma que distanciarse. Aquella noche, lo meditó concienzudamente y un tiempo alejada de la constante tensión de tener que escapar de Pablo, sería la solución.

Una vez tomada la decisión, Julieta hizo todos los preparativos pertinentes para poder ausentarse de la consulta y dejar todo organizado en su apartamento. El último día le pidió a su amigo Tomás que le hiciera un enorme favor, no sin antes explicarle lo que había pasado. Tomás, no estaba de acuerdo con su actuación, pero a pesar de ello, la ayudó.

Julieta había solicitado una excedencia y se debatió en unirse a Inés, su madre, que estaba en el extranjero o volver a refugiarse con su familia en su Escocia natal.

Pablo se la ingenió para intentar poder ver a Julieta y era como si el destino se negase a darle una última oportunidad. Estaba todas las horas posibles junto a la cama de su hermana, y en más de una ocasión, la había esperado en la puerta de entrada, a la espera de que terminara su turno. Pero no la había visto.

Y al volver de nuevo a la habitación tras otra noche de insomnio sin descanso, su tía le avisaba de la visita de Julieta. Muy en el fondo, sabía que ella lo evitaba y con lo competitivo que era su carácter, el encontrarla se había convertido en un reto para él. No quería perder, sin importar que aquel reto, era el más difícil al que se había enfrentado en su vida.

El último día, antes de que Julieta le hiciera la última revisión a Lucía, Pablo se encontró con uno de sus colegas y se maldijo. Tras la revisión pertinente y unas nuevas radiografías fijaron la fecha para la próxima visita de su hermana y fueron dados de alta. Ahora, ya no tendría oportunidad de ver a Julieta.

Tomás observó cómo Pablo miraba la puerta cada vez que se abría. Sabía desde hacía tiempo que su amiga cometía un error y era más que evidente el motivo por el que lo hacía. Desde que ese joven entro en su consulta, Julieta no había vuelto a ser la misma.

Su amiga estaba envuelta en un halo de tristeza que no podía disimular y a la vez, podía ver el ansia del hombre que tenía frente a él. Sabía que no tenía que meterse, pero aun así, decidió ayudar a ambos sin importar si luego recibiría repercusiones por interferir.

—Lucía—dijo con una sonrisa en sus labios—. Tienes todas las indicaciones a seguir y lamento no poder ver de nuevo a esta chica tan guapa —la joven dibujó una pequeña sonrisa—. La doctora Cameron está de vacaciones, pero para cuando tengas la próxima cita será ella quien te atienda.

Lucía miró de reojo a su hermano esperando alguna reacción de su parte y luego a Tomás que le guiñó el ojo. Pablo fijó la mirada en Tomás.

«*Julieta ha vuelto a Escocia*» La frustración y la rabia que sentía fueron a

más. « *Tendré que esperar tres meses para volver a verla*». Su hermana chasqueó los dedos sacándole de sus pensamientos.

—¡Pablo! Me muero de hambre y me prometiste comprar un enorme cubo en *KFC*.

—Está bien, gracias doctor Fernández, no se ofenda, pero espero que ninguno de mis familiares tenga que volver a verle —Tomás rio.

—Ni yo, aunque creo que los deportes de riesgos son afines entre hermanos.

Los hermanos Olivas sonrieron a la vez y Pablo reprimió las ganas de exigirle que le dijera dónde y qué estaba haciendo Julieta. Una vez fuera del hospital ayudó a Lucía a acomodarse en la parte de atrás del coche y tras acomodarse en el asiento del conductor e incorporarse al tráfico, volvió a sumirse en sus pensamientos.

Lucía observó a su hermano en silencio. Puede que fuera joven, pero no era tonta. Pablo estaba de lo más raro y sobre todo desde que se encontró con la doctora el primer día. Lucía notaba que algo le pasaba a su hermano, aún más desde el conocimiento de las vacaciones de la doctora.

No era tonta, las veces que Julieta la había visitado estaba tensa y solo se relajaba al no estar a Pablo en la habitación. En cambio, su hermano había estado pasando más tiempo del necesario con ella y estaba segura de que era para tropezarse con la doctora, algo que no volvió a ocurrir después de la mañana tras la operación.

Estaba casi segura de que entre ellos dos había pasado algo más que solo una operación. Centró la atención por completo en su hermano, no iba a permitir que la tomara por tonta y le ocultara tonterías.

—¿Cuándo pensabas decirme que salías con mi doctora? —Pablo frenó de golpe, sorprendido por la pregunta de su hermana.

—¿De dónde has sacado eso?

—¡Venga, ya! No vivo en el siglo diecisiete, lo vi en el mismo momento que entraste como un orangután en urgencias, ella palideció y tu cara cambió también —Pablo volvió a retomar la cordura y siguió conduciendo en silencio. «*¿Tan evidente era?*».

Sabía que su hermana estaba esperando una respuesta y por el retrovisor vio a la joven observándole con suspicacia. Pablo soltó un largo suspiro y le dio un resumen, adaptado para hermanas menores, de cómo conoció a la mujer que le había robado el corazón.

—Los hombres sois idiotas. Pasado, presente o futuro no importa seguís siendo los idiotas de siempre —Pablo levantó una ceja y la observó de reojo

sorprendido.

—No sabía que mi hermana era *summa cum laude* en hombres.

—No, no lo soy, pero he visto bastantes de ellos para saber cómo funcionan. Por si no te diste cuenta, Julieta tiene bastante dónde elegir. Tomás que está de muy buen ver —Lucía dio un suspiro soñador—. Tiene unos ojazos y ni hablar de cómo el polo se le pegaba al cuerpo... —Pablo frunció el ceño, no tenía ni idea de cómo había llegado a esa conversación. No estaba para nada preparado para hablar de chicos con su hermana.

Entendía que a su edad, las hormonas estaban revolucionadas. Pero llegar a escuchar como describía como era *un tío bueno*, no era un buen trago.

—Debí hacerme una foto con él y pasarla al grupo de *WhatsApp*, iba a ser la envidia de todas —Pablo suspiró de impaciencia y Lucía soltó una carcajada ante la cara de su hermano—. Bueno a lo que iba. El doctor Fernández...

Pablo quiso reír, ahora era el doctor Fernández, cuando dos minutos atrás era Tomás. Algún día lograría entender a las mujeres y conseguir que no le patearan el culo en el proceso.

—El doctor Fernández dijo que Julieta estaba en Escocia.

Pablo volvió a mirarla a través del retrovisor y esta vez, fue Lucía la que suspiró de impaciencia.

—Pablo, te creía más espabilado. ¡Te estaba echando un cable!

—Lucía, no te entiendo.

—La verdad creo que tu fama, era una completa mentira —Pablo frenó un poco de nuevo «¿fama?» se preguntó.

—Pablo, te estaba diciendo que fueras a por ella —Pablo no pudo evitarlo y comenzó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas.

—¡Creo que los calmantes que te han dado te han nublado el cerebro!

—Y yo creeré que como no vayas a Escocia a buscarla, esas leyendas de *Pablote Olivas*, el conquistador, el que se las llevaba a todas de calle, son mentira.

Pablo volvió a reír, no ahondaría en el asunto. Era mejor no meterse en terreno pantanoso, ser realista y explicarle a Lucía que las relaciones adultas no eran como un noviazgo de adolescente, no tendría demasiado sentido. Y tampoco lo comprendería.

—Nuestra relación terminó como comenzó de forma rápida, no tengo nada que hacer en Escocia.

—¡Eres un idiota cabezota! —Protestó su hermana y no volvió a dirigirle la palabra el resto del trayecto.

Pablo negó con la cabeza, no quería forzar más la situación, esperaría a que volviese y si el destino quería que estuvieran juntos encontraría la forma de lograrlo y volver a juntar sus caminos.

Una vez en casa de su tía Rosa, acomodaron a Lucía de tal forma que pudiera andar sin problemas, salió a por el cubo de *KFC* y al regresar, se encontró acorralado por su tía, Gerard y su hermana.

—Le he dicho a Pablo que debería ir por Julieta, el doctor Fernández, sin venir a cuento, nos dijo dónde estaba.

—Esa chica —añadió Rosa—, ayer me dijo que me despidiera de ti y te deseara buena suerte.

—Sabes lo que pienso, *Pablote* —añadió Gerard.

Pablo tomó un largo suspiro profundamente antes de hablar.

—¡Qué fácil lo veis! Tengo una responsabilidad —señaló a Lucía y al unísono se escuchó resoplidos.

—Estaré con tía Rosa, por favor —volteó los ojos y negó con la cabeza—. Además, si mamá estuviera aquí y viera que por fin, encontraste una chica que te pusiera en tu lugar, estaría feliz.

Pablo echó la cabeza hacia atrás y observó la lámpara del techo. No quería volver a meter la pata y creía que ese distanciamiento era bueno para ambos.

—No puedo ir a Escocia y presentarme así como así.

—¡Claro que puedes! Eres Pablo Oliva y que yo recuerde, a mi primo nunca le ha gustado perder —aguijoneó Gerard, esperando que cayera en la trampa.

Pablo volvió a mirar a los tres. Lo pensó durante los siguientes minutos en silencio. Creyeron que se daría por vencido y cambiaron de tema, la puerta se abrió para dar paso a su tío que sonrió cuando vio a Lucía en casa.

Pablo seguía debatiéndose si arriesgarse o no, en silencio. No estaba seguro si la oportunidad que estaba pidiendo era esta o cuando ella volviese. Las palabras de su hermana acerca de lo feliz que hubiera estado su madre si supiera lo enamorado que estaba, le llegaron al corazón.

—Está bien, iré —todos fijaron su mirada en él, Lucía hizo un intento de levantarse.

—¡Cuidado! ¡Qué te vuelves a caer! —gritó su tía Rosa—. ¡Que si Pablo no la trae no está la doctora para operarte! —Advirtió asustada Rosa.

—Estás perdiendo el tiempo —señaló Gerard—. Ve al aeropuerto y coge el primer avión —Lucía no dejaba de dar saltitos en el sillón donde se encontraba.

—No te preocupes —le dijo cuándo la observó con culpabilidad—. Estoy en

buenas manos —y muy pícaramente, compuso una sonrisa típica de los Olivas —. Ya me lo compensarás cuando volváis... ¿Un finde en la Warner?

—¿A dónde va Pablo? —Preguntó su tío desconcertado

—A Escocia, ¡a buscar a su Julieta! — Resumió Lucía con una sonrisa en su rostro.

—¿Y Julieta no era italiana? —Lucía comenzó a reír.

—La de *Shakespeare*, la de Pablo es escocesa.

Julieta seguía riéndose sobre la subrealidad en la que se había convertido su vida. Había coincidido en el avión con Miguel, y en esta ocasión, convencieron al pasajero que iba junto a él para intercambiar sus asientos.

—¿Qué tendrán las ventanillas? —dijo Miguel riendo entre dientes. Julieta estaba feliz al enterarse que Miguel se trasladaba a Edimburgo y sonrió al escuchar lo ilusionado que estaba por esa nueva etapa de su vida.

El día que tomó la decisión comenzó la búsqueda y como caída del cielo encontró una vacante en una empresa de telecomunicaciones. Estaba más que dispuesto a pelear la mayor batalla de su vida y ganar el corazón de Caris.

Aunque ella le dio a entender que si participaba en la representación de la batalla de [Bannockburn](#), sería para siempre suya. Al principio creía que hablaba en broma, pero vio en sus ojos ese brillo especial y decidido. Moviéndose cielo y tierra hasta poder entrar como extra, iba a demostrarle a su pelirroja y a todos los Cameron que sus intenciones de una relación estable. Que lo que sentía por ella, estaba por encima de cualquier cosa.

—No puedo creer que hayas entrado como extra, apuesto a que no tienes ni idea de que va la cosa.

—July el cachondeo para otro día, es un momento crucial en mi vida.

—¿Por qué? —pregunto con una falsa inocencia.

Julieta casi no podía evitar sonreír, era gracioso escucharlo tan serio y tan decidido. Quería seguir haciéndole sufrir un poco más, solo por ver lo que sería capaz de hacer. No podía ocultar la felicidad que le embargaba al ver a su amigo tan enamorado. Estaba contenta por ambos, su prima y Miguel, merecían ser felices.

Recordar como Agnes lo había aceptado desde aquel sábado que jugaron a Rugby, un día que no olvidarían las primas Cameron. Caris había estado radiante ante la demostración pública de Miguel y Julieta, la menor de las primas, sufría

por la ausencia de su amado.

El caso era que, Miguel cayó inconsciente producto de un golpe dado por su cuñado Charles y eso hizo que Agnes Cameron reprendiera a su nieto después de que Caris la llamara llorando a mares.

—Eres retorcida —señaló Miguel dejándose caer en el sillón, una hora y media después de que aterrizaran en Edimburgo. Estaba cansado de las bromas de Julieta y las suposiciones sobre lo que podría pasarle en la representación.

Lucas entró en el apartamento seguido de Charles que le lanzó a su cuñado una mirada asesina. Aun podía escuchar el sermón que le había dado su abuela tras el partido. Agnes, había exigido una disculpa y eso empeoró las cosas entre Miguel y él. No era suficiente bueno para su hermana antes y mucho menos lo iba a ser ahora. El muy capullo había aparecido para arrebatarle su familia.

—Charles deja esa actitud —advirtió Lucas—. Aunque que vaya a ser inglés... aunque sea de extra...

Julieta no pudo retener las carcajadas y estalló. Su hermano que se sentaba a su lado también lo hizo también. Miguel observó cómo los Cameron se burlaban de él y suspiró.

—¿Por qué tuve que enamorarme de una Cameron?

—MacArthur —señaló Charles—. Eso mismo me pregunto yo todos los días —recalcó con sarcasmo.

Miguel puso los ojos en blanco y decidió ir a su habitación antes de ser asesinado por un escocés sin que la batalla se iniciara.

—Estaré en el trabajo —dijo Charles levantándose del sofá en el que se había acomodado de mala gana—. ¡Ahh! Lucas ayer vi a Leslie y estuvo preguntando por ti —Lucas, sorprendido, giró hacia su primo el pulgar en señal de victoria.

—Creo que me he perdido de algo —tanteó Julieta, esperando a que su hermano hablara.

—Puede ser. Te lo diré si me cuentas por qué has vuelto tan rápido —Julieta abrió la boca para hablar y la cerró al instante. Era su hermano y necesitaba desahogarse. Así que volvió a abrirla de nuevo y habló.

Pablo pisó suelo escocés menos de veinticuatro horas después de haber decidido arriesgar todo lo que le quedaba en esa relación. Alquiló un coche y fue directo a casa de Lucas, llamando incesantemente a una puerta que nadie abrió. Desesperado por encontrar a Julieta se dirigió a casa de Agnes.

Tenía que ser sencillo encontrar a Julieta en Edimburgo, si no estaba en casa de su hermano, estaría en el *pub* de sus primos o en casa de su abuela. Al

aparcar, Agnes salía con un pequeño bolso y al ver a Pablo, sonrió.

—Qué bueno verte, así no tendré que conducir —Pablo alzó una ceja sin entender, Agnes fue a él y le dio un afectuoso abrazo.

—He venido por Julieta —dijo sin rodeos.

—Sí, ya era hora de que lo hicieras. Está en *Stirling*.

Sus ánimos bajaron y la esperanza de llegar a Escocia y arreglar las cosas con Julieta nada más encontrarla se esfumaron. Agnes se acercó al coche y se puso delante del maletero.

—Pablo, hijo. ¡Se nos hace tarde! Quiero llegar a la hora del té.

Pablo no quería hacerle un desaire a Agnes, siempre había sido encantadora con él. Suspiró resignado, abrió el maletero, se sentaron en sus asientos y encendió el motor.

—¿A dónde debo llevarla?

—¡A *Stirling*! —Pablo miró a Agnes con una enorme sonrisa, después de todo, al final si vería a Julieta.

Stirling estaba a tope por el acontecimiento del año. La conmemoración de los setecientos años de la batalla de *Bannockburn* y la apabullante victoria de Escocia sobre Inglaterra era un acontecimiento importante.

Charles estaba feliz. Aquello era su terreno, estaba en su ambiente y se había reencontrado con varios familiares lejanos. Participarían al menos cuarenta clanes en el evento y, como era de esperar, logró lo casi imposible: alquilar una casa para todos. Eso sí, no pensaba perder de vista al español que decía que era su cuñado.

Miguel le rogó a Julieta le cambiara la habitación y ella se negó, si se enteraba Charles de que había cedido a los ruegos de Miguel era capaz de echarla de la casa por alcahueta.

Su amigo se resignó y se sentó en el sillón a la espera de saber que harían esa tarde, comenzaba a dolerle la cabeza y rezaba que no fuera gran cosa. Solo estaba nervioso por la representación del día siguiente.

No obstante, ese dolor de cabeza vino seguido de unos cuantos estornudos, como buena profesional, Julieta observó los síntomas de Miguel sin perder detalle.

—Nuestro extra británico se ha resfriado —advirtió a sus compañeros con sorna.

—¡Calla! ¡Calla! No seas pájaro de mal agüero—respondió Miguel, Julieta lo observó durante unos minutos más y le recomendó que se quedara en casa

descansando.

Miguel aceptó el consejo de Julieta cuando Caris se ofreció a quedarse a su lado, algo a lo que Charles se opuso. Julieta se llevó a su primo fuera de la casa, y lo arrastró para que fuera su acompañante y así no entrometerse en los planes que tenía Lucas para Leslie, que sorprendentemente había aceptado ir.

Pablo y Agnes llegaron al anochecer y no fue por un tráfico pesado, Agnes había decidido detenerse y visitar a un par de primas en el camino y eso los atrasó.

Al llegar, fueron a la casa de una vieja amiga, harían noche ahí. En un principio, Pablo se negó, pero Agnes tenía buenas armas para hacerle cambiar de opinión.

—Has sido un buen chico, mañana verás a Julieta.

—¿Pero...?

—Ten paciencia, ahora no es el momento. La ciudad está abarrotada y encontrarla será complicado. Aprovecha para ver lo que queda de desfile, es algo que nunca podrás olvidar y que no creo que vuelvas a ver nunca.

Pablo no estaba de ánimos para ver a los clanes entonando melodías con sus gaitas, solo quería encontrar a su Julieta y que las posibilidades se esfumaran no lo estaba poniendo de buen humor.

Caris volvía de la farmacia tras haberse hecho con lo que su prima había recomendado para el resfriado de Miguel. Los clanes pasaban por las calles con su algarabía y los turistas abarrotaban las calles tomando fotos cuando creyó ver a Pablo.

Su imaginación le tenía que estar jugando una mala pasada. Intentó localizarlo entre la multitud de nuevo. Buscó y buscó alargando entre los centenares de personas que se agolpaban a su alrededor hasta dar con él. Sí que estaba allí. No era una broma.

«¿*Qué demonios hacía Pablo en Stirling?*» buscó su móvil para avisar de inmediato a su prima pero Julieta había dejado el aparato en Edimburgo. Había dicho que necesitaba desconectar y estar pendiente del teléfono las veinticuatro horas del día, no era modo de hacerlo.

Pablo marcó varias veces el número de Julieta pero como en las anteriores ocasiones, era el contestador quien le recibía. La paciencia se le agotaba y estaba

empezando a comprender que tal vez, hacerle caso a Agnes no había sido una buena idea.

Guardó el teléfono en el bolsillo y volvió hacia la casa donde Agnes había decidido que se alojaran. Los festejos, a los que no había prestado atención, había acabado ese día para él.

Pero la casa tampoco estaba tranquila y al llegar, se encontró con un pequeño barullo, no tenía ganas de saber que ocurría pero era inevitable prestar atención.

—Gara, no te preocupes encontraremos a alguien que ocupe el puesto de Ewan. Figurantes de reserva debe haber de sobra.

—Ya lo sé, abuela, pero me da tanta pena que no pueda hacerlo, íbamos a combatir juntos.

«*Los escoceses se toman muy a pecho las representaciones de los hechos históricos*» pensó Pablo mientras atravesaba el salón. La chica le observó con curiosidad, mirandolo de arriba abajo. Pablo sabía que se notaba que ni de lejos era escocés. Pero tanta curiosidad hacia su persona lo estaba inquietando.

—¿Y tú eres? —Agnes intervino de inmediato.

—Es el novio de Julieta — Gara vio la solución a su pequeño problema y se alegró por Julieta. Le extrañó no verla ahí.

—¿Dónde está Julieta? —preguntó Gara.

—Ella está en...—Pablo fue interrumpido antes de que pudiera responder.

—No importa, la veré luego. Y tú, ¡serás mi compañero! —Dijo la joven con alegría dejando a Pablo estupefacto.

—¿¡QUÉÉ!?! —Pablo dudó sino estaba alucinando, todo aquello debía ser un extraño sueño y despertaría en cualquier momento.

—Soy extra en la reposición de mañana —le explicó Gara—. Y mi novio no puede asistir, ha tenido que quedarse en *Glasgow*, no puedo perdérmelo y no quiero que me emparejen con un desconocido.

Pablo la observó tratando de comprender las últimas palabras, esa mujer debía haberse vuelto loca.

«*No quería que le emparejaran con un desconocido ¿Y entonces, yo que soy?*» se dijo para sí. Aquello, como muchas cosas desde que había pisado suelo escocés se le estaba escapando de las manos y debía aclarar la situación. No tenía tiempo para todo aquello, tenía que encontrar a Julieta.

—Yo... —titubeó intentando encontrar en modo de librarse de aquello—. Me parece que soy un extraño, no te conozco de nada —la chica sonrió.

—No lo eres, eres el novio de Julieta y es más que suficiente para mí —Pablo se pasó la mano por el pelo, vio la cara de felicidad en Agnes y resignado aceptó.

Tal vez aún quedaba algo de esperanza si Agnes lo presentaba como novio de Julieta.

Caris llegó con las medicinas. El pobre Miguel estornudaba sin parar y con la nariz roja, se acercó para acurrucarse a su lado y besarle suavemente los labios.

Le acercó la bolsa de la farmacia, ofreciéndole las píldoras de vitaminas junto a un antigripal y Miguel se acostó en el sofá acomodando la cabeza en su regazo. Caris aprovechó para darle consuelo acariciando su pelo hasta que recordó que había visto a Pablo.

—Miguel, ¿tienes el número de Pablo?

—Lo borraré tras la putada que le hizo a Julieta —carraspeó Miguel—. ¿Para qué lo quieres?

—No te lo vas a creer, pero acabo de verlo a siete calles de aquí, si no es él tiene un hermano gemelo —Miguel se levantó de golpe y centró sus ojos en ella.

—¿Estás segura? —Caris asintió con la cabeza y Miguel se llevó la mano a la mandíbula pensativo. ¿Qué hacía Pablo en *Stirling*?

—Deberíamos llamar a Lucas y contarle. No creo que debamos decirle nada a Julieta hasta saber qué hace en *Stirling*.

Caris volvió a asentir, Miguel se estiró para coger su móvil y marcar el número de Lucas mientras se acostaba de nuevo en el regazo de Caris. Sonrió muy a su pesar, la representación al final, sí que iba a ser una batalla.

Lucas se había quedado helado ante la noticia, y también estuvo de acuerdo en no contarle nada a Julieta hasta saber que estaba pasando. Su hermana se había quedado hecha polvo cuando Pablo se marchó. Y podía ver los estragos de esos dos meses de ausencia nada más verla. Estuvo tentado en llamar a Pablo y exigirle que le explicara que hacía ahí de nuevo. Pero pese a que tenía muchas ganas de patearle el culo a su amigo por haber hecho sufrir a su hermana, eso podría terminar en una gran pelea y Julieta se enteraría de todo antes de que supieran que estaba ocurriendo.

Leslie observó a Lucas pensativo y antes que sacara conclusiones y perder la última oportunidad que le dio la noche anterior, decidió dejarlo en manos de Miguel.

Pablo estaba acostado observando el techo, deseoso de que las horas nocturnas pasaran a toda velocidad. El pequeño camastro en el que estaba acostado no era

lo suficientemente grande para él. Y sus extremidades inferiores colgaban a través de la parte inferior. Era pequeña, demasiado pequeña para él. Frustrado y deseoso de que el tiempo transcurriera a más velocidad, se alegró cuando escuchó su móvil sonar, se levantó para cogerlo y vio se sorprendió cuando el identificador le dijo que era Miguel quien llamaba.

—¿¡Pablo!?! —tosió y carraspeó Miguel mientras decía su nombre.

—Hola, Miguel —respondió cortante.

—Bien, como que esas tenemos. Iré al grano: ¿Qué cojones haces en *Stirling*?

Pablo se quedó en silencio, Miguel lo había visto y la esperanza de encontrar a Julieta creció en su interior. Ella estaba más cerca.

—He venido a buscar a Julieta.

Miguel se puso a la defensiva, dispuesto a mandar al carajo a Pablo y hacer que se alejara de Julieta. Pero un destello de un recuerdo del pasado le invadió y se vio reflejado en la situación que vivía Pablo. Se levantó para que Caris no lo escuchara, mientras ella estaba distraída en la cocina.

—¿Estás seguro en dónde te metes?

—Lo estoy, de hecho, quien me trajo hasta aquí, fue Agnes.

—¡Vaya, con la abuela!, así que estás con ella.

—Sí y no solo eso, Miguel, necesito ayuda, me urge hablar con Julieta y con esto de la representación va a ser difícil encontrarla.

—No entiendo.

—Estoy en casa de una amiga de Agnes y tiene una nieta que está loca, me obliga ir como su acompañante a la batalla, esto es un desastre. No tengo ni idea de que va la cosa. No sé qué tengo que hacer. Solo quiero encontrar a Julieta.

Miguel se carcajeó ante el creciente estado de pánico de Pablo. En el momento preciso, iba a participar en esa batalla por amor a Caris. Él se veía bastante identificado con la reacción de Pablo. Desde el día en que Caris había insinuado todo aquello, había estado en un constante estado de pánico y determinación. Quería demostrarle su compromiso, que haría lo que fuera para arreglar las cosas.

Parecía ser que para conseguir a las mujeres Cameron, un hombre tenía que arrastrar su orgullo por el fango de un campo de batalla escocés. Carraspeó y tosió antes de volver a prestar atención a la llamada.

—¿Quieres ganar el corazón de Julieta? —Miguel trató de no reírse ante la similitud de sus situaciones—. Entonces, participa en esa batalla —Julieta no esperaría aquello y al imaginarse la cara de su amiga, una sensación de plenitud le invadió, Julieta se merecía ser feliz.

—Ella estará mañana como espectadora, intenta que no te mate antes de comenzar. En todo caso, harás historia en participar en la conmemoración de los 700 años de *Bannockburn*.

—No le veo la gracia por ningún siti. —contestó malhumorado Pablo y Miguel rio de nuevo.

—No macho, tienes en tus manos la mejor forma de llamar la atención de Julieta para siempre.

Pablo suspiró y entendió lo que quiso decir. Miguel le explicó lo que harían e intentaría como fuera ir, ni loco se perdería ese espectáculo.

Trataría de hablar con Lucas, estarían atentos a donde estaba para empujarle hacia Julieta y que diera el paso. Pablo se lo agradeció y rogó que todo saliera como estaban planeando y no como su mente, invadida por el pánico, estaba imaginando. Le cansaba que las cosas nunca salieran como había planeado.

El día había llegado y Pablo nunca llegó a imaginar que participar en esa simulación sería el ridículo de su vida. Hubiera preferido mil veces que le dieran un balón de *rugby* o un palo de *hockey*, hasta uno de fútbol y no una lanza que pesaba mil demonios, ni hablar de la vestimenta medieval.

Y a eso, añade los respectivos *selfies* que su compañera de faena no dejaba de hacerse y en las que participaba directa e indirectamente. Estaba a punto de mandar todo al cuerno. Si no conseguía a hablar con Julieta, sería el peor día de su vida.

Julieta exigió a Miguel que se quedara, hacía frío y amenazaba lluvia, pero él se negó. Su excusa fue que no tendría idea de cuando volvería a ver un espectáculo de esa magnitud.

Esa excitación, que nació de la nada, no le cuadraba en su cabeza y de repente Caris, Lucas y Miguel actuaban de forma muy extraña. Se imaginó que a lo mejor los espíritus de algunos clanes descendieron en la noche y entraron en sus cuerpos.

Negó con la cabeza a esas ideas y es que Julieta estaba comprendiendo lo que una vez le dijo Pablo, ella estaba rodeada de gente peculiar. Su prima había impuesto a su novio participar en la batalla como muestra de su amor. Charles pensaba en algún plan para deshacerse del *sassenach*, como lo llamaba cada vez que su hermana era cariñosa con Miguel.

Y su hermano completaba el pequeño cuadro familiar. No estaba segura, pero creyó escuchar la noche anterior a Lucas pedirle a *Aevall* ayuda con Leslie. Pasó varios minutos pensando quien sería y al no recordar ese nombre, espero para preguntarle a Caris que se rio a carcajadas.

—Julieta pensaba que eras escéptica, no creía que le rezaba a los dioses celtas para buscar el amor.

Deseó retroceder el tiempo y no haber hecho esa pregunta, durante media hora

no dejó de gastar bromas.

No delató a su hermano. Ya tendría una conversación con él, sobre su intento desesperado para que Leslie cediera a sus intenciones.

Llegaron temprano al campo cerca del castillo de *Stirling* y tras varias exhibiciones comenzó el *Bannockburn*. Charles sin tener idea que ocurría, a quien primero divisó fue a su abuela.

—¿Agnes qué hace aquí? —Señaló a lo lejos. Giraron en busca de la nombrada y Julieta también se lo preguntó, dos días antes tuvieron una larga conversación y en ningún momento le manifestó que también estaría presente.

—Vamos a saludarla —alentó Caris, llevándose con ella a Julieta y a los demás.

Agnes se alegró al ver a sus nietos, Caris le hacía señales con la mirada, comprendiendo de inmediato que Julieta no tenía ni idea de quién estaba en el campo de batalla.

«*Si July no perdona a ese muchacho el día de hoy, no habrá nada que logre cambiar sus pensamientos*» concluyó Agnes para sí misma ante la excitación de sorpresa que le esperaba a su nieta. El sentimiento que flotaba en el ambiente le embargó y evitó que una lágrima de felicidad se le escapara.

Los primeros cuarenta y cinco minutos presenciaron los hechos históricos con la explicación que daba el presentador. Julieta se fijaba las vestimentas de los combatientes así como el orgullo por participar, se denotaba en sus gestos. Por un segundo, creyó ver a Pablo.

Negó con la cabeza. Parpadeó e intentó buscar al hombre que creyó parecerse a él, sin encontrarlo. Comenzaba a madurar la idea de que por mucho se alejara su corazón siempre lo querría.

Y a su mente vino su última conversación. No fueron las palabras más acertadas. Conocía lo sincero que era Pablo y tal vez, la mal interpretación de lo que le contó Miguel no era para tanto. Los hombres siempre iban a tener ese macho alfa ya que venía impreso en sus cromosomas.

Se llevó las manos a su cuello masajeándolo imaginando que había vuelto a equivocarse al rechazar las últimas llamadas.

«¿*Y ahora qué hago?*» se preguntó. No podía llamarlo y pedirle hablar cuando lo había evitado a toda costa.

—¡Maldita sea! —Gruñó Charles sacándola de sus pensamientos—. ¿Por qué los españoles persiguen a las mujeres de mi familia?

Julieta y el resto de personas fijaron sus ojos en él ante esa manifestación de odio. Charles señaló al campo con la mano.

—¡Ese no es el que está detrás tuya, Julieta!

Julieta siguió la mano de su primo y vio alguien que se parecía muchísimo a Pablo, su corazón se aceleró. Era el chico que vio minutos antes, era su Romeo español. Se llevó las manos a la cara sorprendida, no dudó y gritó.

—¡PABLO!

Si al principio a Pablo le pareció un disparate participar, al pasar varios minutos estaba con la adrenalina a mil. Ni en sus fantasías más alocadas, imaginó tener que luchar y sentirse como uno más en plena batalla.

Tendría que agradecerse a Agnes, por invitarlo a venir. A pesar de que era una gran experiencia que no olvidaría, el día pasaba y no había podido localizar a su Julieta.

Gara le indicó que era el momento de combatir cuerpo a cuerpo y en un pestañear se encontró en una supuesta lucha, hasta que escuchó su nombre. Se detuvo en busca de esa voz, la reconocería donde fuese. Miraba a su alrededor y era imposible encontrarla entre tanta gente. Un extra del bando opuesto lo golpeó a traición y Pablo cayó al suelo seguido de un sonido feo de su hombro.

—¡Joder! —gritó seguido de un quejido de dolor—. ¡Maldita sea! Es el otro hombro.

Julieta se tapó la boca e intentó bajar a toda prisa y Charles cogió su brazo.

—No puedes entrar ahí los de logística se encargarán de llevarlo a algún puesto de enfermería.

—¡Estoy segura de que se hizo daño! —Charles volteó los ojos, le recordaba a Caris en aquel partido de *rugby* cuando le dio el pequeño empujoncito al *sassenach*. Pero su prima movía la pierna nerviosa, Charles trataba de mantener la paciencia y no maldecir a esos españoles intrusos.

—Si fuera algún hueso roto los paramédicos hubieran entrado —respondió Charles aburrido.

Lucas escuchó como su primo respondía con ironía y se fijó en lo preocupada que estaba su hermana. Se levantó y cogió su mano para ir hacia la entrada donde se concentraban los extras.

Julieta caminaba de un lado al otro y se alzaba de puntillas, buscando ver entre las personas que se agolpaban en el lugar. Caminaba mordiéndose las uñas, Lucas la detuvo y apretó los hombros.

—Deberías calmarte.

—Es que... ¿no entiendo qué hace aquí? —Lucas supo que era hora de contar la verdad.

—Vino a buscarte —Julieta fijó su mirada en su hermano preguntándose que se estaba perdiendo, suspiró de nuevo.

—Ayer Caris vio a Pablo en la ciudad, no se acercó sorprendida de verlo en *Stirling*. Se lo contó a Miguel y decidieron llamarlo y preguntarle. Pablo le explicó a Miguel que necesitaba hablar contigo, lo que no tengo la menor idea de cómo terminó ahí —señalando el campo de batalla.

Julieta no daba crédito. Quiso reprocharle y gritarle que lo más probable era que Pablo tuviera una fractura y se alejaría para siempre gracias a todo lo que le había ocurrido desde que se conocieron. Escucharon los aplausos y su atención recayó en el campo de batalla.

—Tú y yo hablaremos luego —recalcó. Lucas afirmó resignado y en ese instante regresaban los extras de la simulación y ninguno era Pablo. Se pasó la mano por la cabeza y volvió a alzarse de puntillas, buscando al hombre que había aprendido a amar con sus defectos y virtudes.

A Pablo le dolía horrores el hombro y deseó que Julieta estuviera a su lado. Ella sabría cómo ayudarle. Se reprendió por seguir el consejo de personas que en definitiva, estaban muy mal de la cabeza y se lamentó aún más, por no tener cerca alguna botella de ron para poder combatir el dolor cómo sabía hacer.

Julieta mantenía sus ojos fijos a todo aquel que pasó por su lado y seguía sin encontrar a Pablo. Se impacientó y comenzó a recorrer el lugar hasta dar con la enfermería. Entró preocupada y al verlo con Gara terminó confundiéndose aún más.

—Hola, Gara —dijo titubeando. Pablo levantó la mirada hacia Julieta y agradeció al cielo en murmullos por el milagro.

—Hola, July. Cuanto tiempo si verte —la recibió con un abrazo. de reojo observó a los enamorados en silencio y prefirió dejarlos a solas.

—Te dejo en buenas manos —sonrió—. Gracias por acompañarme, espero que nunca olvides la experiencia —se despidió con un beso en la mejilla de Pablo y salió.

Julieta seguía sin comprender de dónde conocía a Gara, habían pasado tres años desde la última vez que se encontraron y la despedida con Pablo fue afectuosa llegando a confundirla más

Por otra parte, Pablo rogaba que no mal interpretara el gesto. Estaba cansado de malos rollos y antes que cualquier excusa se adelantó.

—Me pidió que la acompañase, su novio a última hora no podía venir — Julieta arrugó su nariz. Pablo se percató del gesto y añadió con rapidez—. Agnes me la presentó.

—¿¡Agnes!?! —exclamó.

Julieta dio un paso atrás. Pablo se levantó a detenerla como fuese. Esta vez no iba a perderla, al mover el brazo se quejó con un grito y maldijo por lo bajo. El médico que Julieta llevaba dentro apareció, logrando que se acercara de nuevo.

—Déjame ver ese hombro.

—No, lo que necesito es algo fuerte para combatir el dolor. No estaría mal una botella de Barceló Imperial —Julieta lo miró de reojo y sonrió. Pablo vio la curva de su sonrisa y supo al instante que era su última oportunidad de un nuevo comienzo.

—¿Qué te causa tanta risa? —señaló Pablo fingiendo mal humor. Julieta lo miró y él con su mano libre la atrajo hacia su cuerpo.

—No lo tengo claro, pero creo que viví hace unos cuantos meses una situación parecida —Pablo sonrió y acarició su cara.

—*No sé si mi mano podrá expresar lo que mi corazón siente.*

Declaró con sinceridad y la besó como ansiaba volver a repetir.

EPILOGO

Diez meses después de su reencuentro con Pablo, Julieta hablaba con su nuevo compañero sobre nuevos métodos de rehabilitación. Después de la excedencia que había pedido para ir a Escocia y alejarse de Pablo y su reconciliación en *Stirling*, disfrutaron de unos días juntos en Escocia antes de volver a España.

Julieta se tomó un tiempo de relax, necesitaba desestresarse y acostumbrarse a su nueva vida. Y sin llegar a saber cómo, al poco tiempo de emprender la complicada tarea de conocerse de verdad, se mudaron a una nueva casa los dos juntos, dónde han vivido muchos momentos de pasión.

Le había costado, pero su chico no era de los que se rendía ante los retos, y Julieta superó todos sus miedos. Aunque durante todo aquel tiempo, en ocasiones había ejercido más como médico de Pablo que de novia. Demasiadas lesiones jugando. Aunque no siempre era así, su novio había desarrollado una nueva afición por la mentira que pese a que la divertía, en ocasiones...

Aquella mañana, se encontraba tranquilamente trabajando en unos informes y hablando con su chico en su consulta cuando llamaron para cubrir una urgencia. Por lo que se despidió de él y bajó al box.

—Doctora Cameron, el paciente estaba jugando al *paintball* en el momento del accidente —Julieta levantó la vista intentando ver a través de la puerta entornada, pero no lo consiguió y centró su mirada en la enfermera que le estaba tendiendo el dossier con el informe.

—Por casualidad... ¿No será un hombre alto, de cabello castaño, ojos color miel y con una sonrisa atrayente? —la enfermera de guardia asintió con la cabeza y Julieta pudo evitar suspirar con resignación. No podía creer que su novio volviera a urgencias de nuevo con una lesión.

—Pero no es el paciente, viene acompañando a otro.

Eso le llamó la atención. Se dirigió rápidamente a la puerta y encontró a Pablo con un ramo de flores arrodillado.

—¿En serio? —Preguntó irritada cruzándose de brazos—. Pensé que lo del año pasado en *Stirling* había sido suficiente —Pablo rio y carraspeó.

—*Ojos, mirad por última vez. Brazos, dad vuestro último abrazo y labios, que sois puertas del aliento, sellad con un último beso* —Julieta le siguió el juego.

—Dudo que pueda cumplir lo que pides —Pablo volvió a reír. Le encantaba cuando su chica le llevaba la contraria en broma.

—*Es acaso una promesa que hacéis* —añadió Pablo. Julieta negó con la cabeza quería seguir con el juego, el cual cuando se trataban de las citas que le decía Pablo había terminado siendo seductor, pero fueron interrumpidos por un carraspeo.

—Lo siento, esta vez sí tenemos una urgencia, un niño —dijo la enfermera desde la puerta haciendo estallar la burbuja.

—Está bien, enseguida voy —se giró hacia Pablo y le señaló con el dedo—. Deja de venir a mi trabajo e inventarte historias, me despedirán por tu culpa.

—No me has respondido.

—Y no lo haré —Pablo hizo un mohín y Julieta le dio un ligero beso y salió hacia su nuevo paciente.

Algunos días después, Pablo estaba con la mosca detrás de la oreja. Julieta pasaba mucho tiempo al teléfono, algo que no pasó desapercibido a su novio. Sentía una enorme curiosidad. Y más cuando se acercaba, y ella bajaba la voz y sonreía.

Julieta quería reír a carcajadas con las constantes muecas que se dibujaban en el rostro de Pablo, cada vez que hablaba a escondidas con Charles, Gerard e incluso su madre, el humor de Pablo cambiaba, pero él no preguntaba y ella en el fondo lo agradecía, no quería estropear la sorpresa. No había un solo día en el que Pablo no la sorprendiera, esta vez, quería ser ella quién le diera una gran sorpresa a él.

Una noche que la madre de Julieta, Inés, los invitó a cenar, Pablo se dio cuenta que ambas mujeres se comportaban de forma extraña.

Al principio de su relación, Julieta no hablaba mucho de su madre, le costó sincerarse con él respecto a sus años adolescentes, le traía malos recuerdos. Un día quedaron para cenar los tres juntos y a Pablo, Inés, le pareció una mujer encantadora. Tenía algo en común con Julieta, las dos se desvivían por el trabajo.

El día que tenía planeado Julieta llegó y Pablo la notó más extraña de lo normal, está sumida en sus pensamientos. ¿Se arrepentía de que vivieran juntos? ¿Se había enfadado por su proposición en la consulta? ¿La habían despedido del trabajo por su culpa? Mi millones de posibilidades le roían la mente, y no tenía ninguna pista que lo llevase en la dirección acertada.

Le daría un poco de tiempo para que decidiera contarle por ella mismo o esperaría a que llegara la noche para poder preguntarle y aclarar su preocupación. Pablo nunca había sido un hombre conocido por su extensa paciencia. En Stirling habían acordado que no se irían nunca a la cama sin resolver sus problemas, ya fuera una discusión, mal entendido o duda. Hasta ese momento había funcionado, por lo que esa noche se enteraría por fin de qué se traía entre manos.

La esperó impaciente en la cama junto con el libro que estaba leyendo en esos momentos, cuando Julieta salió del baño con un nuevo *babydoll* y se le secó la boca.

Julieta, tenía un plan y había repasado cientos de veces lo que debía hacer y cómo debía actuar, para convencer a Pablo. Su cuñada Lucía era una fuente inagotable de conocimientos sobre artimañas para doblegar la voluntad de Pablo Olivas.

Se sentó en la cama con la intención de incitarlo. Esperó quieta para que se impacientara. Debía seguir comportándose de una forma extraña para captar su atención.

—¿July que ocurre?

Julieta no pudo seguir los consejos de su cuñada. Debía fijar su mirada en él y suspirar con drama. Los ojos de Pablo eran tan intensos que estaba a punto de correr a sus brazos y dejarse llevar por la lujuria, como le pasaba cada noche desde que vivían juntos. Pero el plan debía ser cumplido, e intentó continuar con su papel todo lo bien que pudo.

—Un equipo Escocés me ha pedido que vaya a una entrevista con el entrenador en Londres —Pablo se mantuvo en silencio. Julieta vio de reojo como reflexionaba y siguió haciéndolo sufrir un poco más—. Me marcho mañana por la tarde —Pablo se levantó y camino de un lado a otro por toda la habitación.

—¿A Londres? ¿Y es de Escocia? —preguntó sin entender.

—Sí, es que allí está el entrenador —Pablo se sentó a su lado.

—¿De qué demonios es ese equipo? — Julieta no podía seguir ocultándolo y

fijó sus ojos en él con morritos—. ¡Cariño! Dímelo de una vez.

Julieta lo empujó a la cama para sentarse a horcajadas, fijó sus ojos en los de Pablo y sin más contestó.

—*El tiempo es muy lento para los que esperan, muy rápido para los que temen, muy largo para los que sufren, muy corto para los que gozan, pero para quienes aman, el tiempo es eternidad.*

Pablo abrió los ojos perturbado ante el inusual comportamiento de su chica, primero le dijo que tenía una entrevista de trabajo y que tendría que ir a Londres, luego sin venir a cuento, lo tumbaba en la cama con una frase de Shakespeare.

—¿Julieta, dime qué coño está pasando!?! —gritó Pablo, mientras ella se acercó más y empezó a besarle y mordisquearle la oreja; logrando confundirlo aún más. Pablo se debatía entre el deseo y lo racional. Aplicó toda su fuerza de voluntad y ganó la razón.

Agarró a su chica de la cintura para hacerla a un lado y notó algo distinto en ella. En los labios de Julieta se dibujaba esa sonrisa que tanto le gustaba. En su pecho halló un papel, lo levantó para poder ver lo que era, mientras que Julieta estaba pendiente de su reacción.

Pablo, enseguida se dio cuenta de que era un resguardo. Leyó su contenido y abrió mucho los ojos cuando averiguó que se trataba de un pase para el mundial de rugby. Curvó sus labios en una sonrisa y miró a Julieta, que le mostraba los billetes.

—¡Has sido una mala chica!

Julieta rio. Pablo se levantó para besarla, pero ella le detuvo con la mano, volviendo a iniciar su placentero juego. Pablo estaba pletórico por el regalo que le había hecho su chica. Soltó las entradas con mucho cuidado sobre la mesilla y fue en busca de la huidiza Julieta.

Unos meses atrás, en una visita que hicieron en Edimburgo, Pablo junto a su cuñado Lucas, Miguel y Charles hablaron sobre el mundial de rugby. Llevaba años queriendo asistir, pero este, más porque su equipo estaba en la final. Pero el trabajo se lo impedía. Julieta había estado muy atenta a dicha conversación y empezó a planearlo todo ese mismo día.

La amaba con locura, para él Julieta era única. Se sentó en la cama y Julieta le empezó para volver a colocarse encima de él.

—Ovidio dijo una vez: *que todo amante es soldado en guerra.* Este soldado está feliz, pero un poco insatisfecho por lo mal que lo he pasado —Julieta rio entre dientes.

—¿Y qué satisfacción quieres esta noche? —pregunto Julieta con mirada

picara, mientras se deshacía de la camiseta de Pablo.

—*Quisiera el juramento mutuo de amor fiel* —respondió él.

—Siempre haces lo mismo —señaló Julieta con la voz entre cortada. Pablo había intercambiado su posición, dejándole un reguero de besos en el cuello mientras sus manos acariciaban el cuerpo de Julieta.

—No siempre. A veces, comemos y luego te desnudo o viceversa —Pablo atrapó de nuevo los labios y lo mordió con ansias—. Pero cuando me sorprendes, me dejas sin habla y es mi mayor placer. Nunca me arrepentiré del primer día que te vi y supe que serías para mí.

—Eso lo dices porque en estos momentos quieres desnudarme y poseerme — Pablo rio.

—Está claro que eso lo haré. Ahora me pregunto si te gustaría ser seducida por un chico raro que le gusta la adrenalina, la literatura clásica y pelea en batallas simuladas —Julieta rio como nunca.

—Me gustan los retos, sobre todo aquellos que aparecen sin que los pidiera mi corazón.

FIN

agradecimientos

A mi familia y aquellas personas que llegan a mi vida brindándome un apoyo incondicional.

A todas las personas que han leído mis novelas y me han dado ánimos de seguir.



Red Apple Ediciones

Jossy Loes©2016

[1] Cafetería donde J. K. Rowling se escribió Harry Potter.

[2] Abuela en Escocés.

[3] Sí, claro En escocés (Scots)

[4] Hola, que tal En escocés (Scots)

[5] Guapo en escocés(Scots)

[6] [Franz Schubert](#).